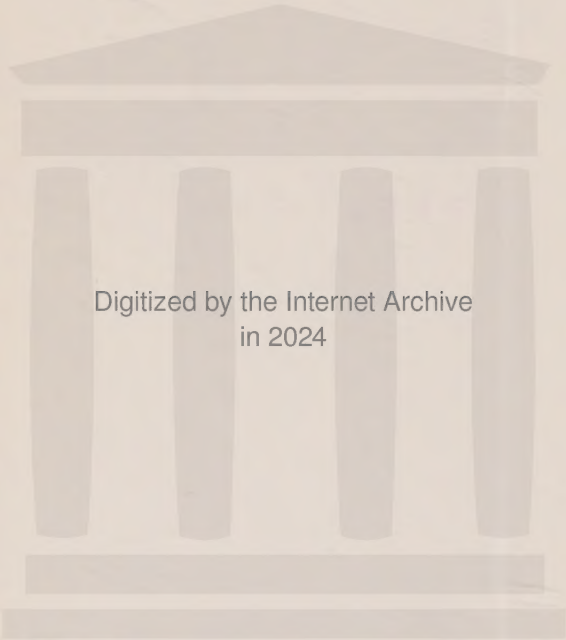
UNIVERSITY OF ARIZONA
39001004128586



Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/elcristoinvisibl0000rica

A Alejandro Rizo Patrón
Con la simpatía y admiración
de su profesor y amigo -
1937
Isaac Bueno

EL CRISTO INVISIBLE

LIBRERÍA «LA FACULTAD»
de JUAN ROLDÁN Y CÍA., editor
Florida, 359.—Buenos Aires

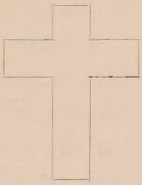
Hecho el depósito de ley.

2.ª EDICIÓN

PQ
7797
R7
C7
1928

RICARDO ROJAS

EL CRISTO INVISIBLE



BUENOS AIRES

MCMXXVIII

Librería é Imprenta
CENTRAL
E. C. MATOS y Cía. S. en C.

Imp. de G. Hernández y Galo Sáez.—Mesón de Paños, 8.—MADRID

INTRODUCCIÓN A LOS DIÁLOGOS

Los tres diálogos de este volumen presentan en forma que podríamos llamar estilizada, tres conversaciones que mantuve con un obispo de provincia, en su propia casa de la sierra, donde él pasaba los veranos.

Yo me encontraba a la sazón en la capital de la diócesis, también gozando de mis vacaciones, cuando un sobrino de monseñor me invitó a visitar la finca de su tío, lugar famoso en la montaña, por la belleza del paisaje y por la hospitalidad de su dueño.

La casa del obispo, como la llamaban, era una construcción colonial, con cimientos de piedra, puertas de medio arco, muros blanqueados y techumbre de tela roja, ya muy patinada por la intemperie. Una galería de pilares salomónicos, tallados por artesanos indios en madera del país, rodeaba el edificio, dando frescor y sombra a los aposentos. Desde el jardín exterior, en el cual había muchos rosales

y dos grandes lapachos, se podía contemplar todo el valle y escuchar el rumor del río que rodaba por la quebrada pedregosa.

Gobernaba la casa una hermana de monseñor, madre de tres vástagos, el mayor de ellos mi amigo. La señora vestía siempre de negro, en memoria de su esposo muerto hacía ya muchos años. Aquella vestidura, que era una especie de monjil castellano, acentuaba la palidez de su rostro en la austeridad de su persona. La señora reinaba en la despensa y en el oratorio, María para la devoción y Marta para el afán, poniendo en el hogar un sentimiento castizo, que lo sahumaba de aromas espirituales. La servidumbre, toda ella mestiza, adoraba a la señora, tanto como ésta cuidaba de sus criados, verdadera extensión de la familia, según la usanza romana que aun se conserva en algunas estancias del interior.

El primer día, al empezar el almuerzo, todos los comensales se pusieron de pie, para signarse y rezar una oración de gracias. Su señoría bendijo el pan, en memoria de la última cena de Jesús, y lo distribuyó a sus comensales, como en los refectorios de los conventos. Rodeaban la mesa, además del señor obispo y sus familiares, el ama y sus hijos, siendo yo el único que podía considerarme un extraño en la mesa. Monseñor vestía el traje episcopal, que encendía con vivos reflejos su tez sanguí-

nea y todavía joven, a pesar de las canas que ya plateaban su cabeza de cincuentón.

A la tarde, paseando por el cerro a caballo, el sobrino de monseñor me dijo:

—Mi tío me ha preguntado por tus ideas religiosas: ha observado que no te persignaste en el almuerzo. Me gustaría que hablaras con él sobre lo que otras veces te he oído decir de Cristo; sé que él tiene deseos de escucharte.

Por la noche, concluída la cena, los comensales me dejaron solo con el dueño de casa, y allí nacieron estos diálogos cristianos.

Era monseñor un hombre de ingenio y de copiosas lecturas. Había cursado estudios teológicos en Roma; conocía muy bien el arte italiano; peregrinó hasta Jerusalén en sus mocedades. Los fieles de su diócesis lo veneraban por sus virtudes en el consejo y lo admiraban por su elocuencia en el púlpito. Algo de esto se vislumbraba en su conversación: los ademanes eran suaves; la voz, dulce; la plática, erudita; el ánimo, vigilante en las cosas de la fe, aunque al cabo de nuestros coloquios, pude ver que se inclinaba a perdonar mis herejías.

La víspera de mi visita, yo había conseguido por azar una pieza pictórica muy rara, que aun conservo en mi poder. Es una tela que representa a la Santísima Trinidad, en acto de coronar a la Virgen, tronante sobre las nubes del empíreo. La pieza ofrece interés arqueoló-

gico por las tinturas indígenas y por la técnica simple, de planos sintéticos y de línea hieráticas, que recuerdan un poco a los primitivos europeos, aunque seguramente proviene de talleres coloniales, fundados en el Perú por los jesuítas. Pero lo más notable de esta composición, es el asunto, porque las tres personas de la Trinidad aparecen allí representadas por tres figuras iguales, en literal transcripción del dogma: tres personajes que repiten una sola figura humana. Las tres, en ademán simultáneo, de cierta elegancia rítmica y amanerada, coronan a la Madre, la materia virgen y fecunda del Cosmos. No recuerdo haber visto nada igual ni en los museos ni en las iglesias de Europa; y yo adquirí esa tela en la capital de la provincia, por mis aficiones sobre la iconografía cristiana, que desde años atrás me preocupaba. Como se la mostrara al señor obispo, comenzamos a hablar acerca de los cambios que las imágenes del culto han sufrido dentro de la Iglesia, a través de los tiempos.

Tal fué el origen de nuestro primer diálogo, sobre la efigie de Cristo, que se realizó durante la sobremesa, cuando, como he dicho, su señoría y yo quedamos solos.

El segundo diálogo se desarrolló a la noche siguiente en el escritorio de su señoría, después de la cena. En el gabinete había algunos raros idolillos indígenas, hallados en los ce-

rros al excavar una acequia. Junto a ellos, en los anaqueles, se alineaban numerosos libros de mística y teología, entre los que recuerdo las Cartas *del beato Juan de Ávila, un tomito del* Kempis, *la* Ciudad de Dios, *de San Agustín. Sobre la mesa de trabajo, con las señales de lecturas recientes, vi un ejemplar magnífico de la* Biblia, *y otro de la* Vida, virtudes y milagros del apóstol del Perú el venerable padre fray Francisco Solano de la seráfica orden de los menores, por el padre fray Diego de Córdoba, natural de la ciudad de Lima, *como reza la portada en la edición de 1643. Díjele a monseñor que yo poseía un ejemplar de esta obra, encuadernado en viejo pergamino, gemelo del suyo, lo cual le agradó; y mientras tomábamos una rica taza de yungas, nos pusimos a platicar sobre los libros que allí estaban, hasta que entramos a hablar de los Evangelios.*

Así comenzó nuestro segundo diálogo, sobre la palabra de Cristo, que duró hasta la medianoche.

La tercera velada, última que pasé en la casa del obispo, salimos, también después de la cena, a sentarnos en el jardín. Era domingo, y por la mañana el prelado había dicho en su oratorio la misa a que asistían todas las buenas gentes del fundo. A propósito de esto, comenzamos a discurrir sobre la fe de los indios cristianizados en la época colonial; sobre el ca-

tolicismo hispanoamericano, imbuído de fanatismo español y de fetichismo indígena; hasta que, finalmente, vinimos a tratar sobre la liturgia romana y sobre la misión del Redentor. La noche era serena; el aire estaba impregnado de perfumes agrestes; y en el silencio nocturno, las constelaciones, encendidas sobre la montaña, parecían comunicarnos su misterio.

Así se desarrolló nuestro tercer diálogo, sobre el espíritu de Cristo, bajo la Cruz del sur, luminosa en su símbolo oportuno.

Claro es que al dar en un libro la versión de esos tres coloquios, éstos han sido recompuestos según necesidades de claridad dialéctica y de ordenación estética. Gracias a una buena memoria, y a los apuntes que recogí en mi libreta de viajero, he conservado el argumento, guardando toda la fidelidad posible a las ideas del señor obispo, que en el texto aparece con el nombre de Monseñor, *designándome yo con el de* Huésped, *simplemente. La versión escrita corresponde a la realidad, como una figura geometrizada por el arte corresponde a un modelo vivo. Las citas, por ejemplo, fueron leídas, a veces, en los libros que teníamos a mano, y, aunque generalmente se hicieron por alusiones o reminiscencias fragmentarias, en estas páginas las he transcrito de sus fuentes para mayor precisión, cuando tal cosa convenía a la autoridad del relato. El tratamiento fué el us-*

ted habitual entre argentinos, y no el vos, que en el libro empleo; pero el vos, en diálogo con un obispo, me ha parecido que daba a los pensamientos una cierta solemnidad no extraña al asunto.

He postergado algún tiempo la redacción de estos diálogos, hasta que, hace poco, hallándome enfermo, sentí la necesidad íntima de escribirlos, como quien realiza un examen de conciencia. Nada de artificio literario hay en todo esto, ni siquiera en el tríptico del plan: La efigie de Cristo, *sobre el Hijo y la Cruz;* La palabra de Cristo, *sobre el Padre y el Verbo;* El espíritu de Cristo, *sobre el Mesías y la redención del Hombre. La forma dialogada, propicia a la controversia, proviene, como ya lo he dicho, de su origen real; y los dos interlocutores que en el diálogo intervienen, presuponen un tercer personaje tácito,* el lector, *a quien supongo conocedor de los Evangelios, y mentalmente activo, como parte de la controversia, a fin de que la doctrina pueda encender su propio sentimiento.*

*Ignoro qué valor tenga esta obra cuyo título—*El Cristo invisible*—desentraña su pensamiento más profundo, persistente en la unidad de los tres diálogos. La emoción mística que despunta en estas páginas, no es ajena a mis libros anteriores; y el conocimiento del asunto no es el resultado de una improvisación. Con-*

traído al estudio de la literatura castellana en el ejercicio de la cátedra durante cuatro lustros, ahondé en la mística española y entré en las «moradas» de Santa Teresa, meditando con fray Luis de León en Los nombres de Cristo, *con fray Luis de Granada en* Los símbolos de la fe, *con Calderón en* Los autos sacramentales. *Posteriormente investigué los orígenes de la cultura argentina, penetrando en las intimidades de la conquista evangélica y de la reacción liberal contra el catolicismo. Entretanto, por afición de arte, documentaba en mis viajes la iconografía cristiana, y, por inclinación de ánimo, abarcaba en mis lecturas la metafísica oriental. Estudios de folklore, de ocultismo y de historia de las religiones, también concurrieron a definir el ideal que expongo en esta obra.*

Pido a los católicos que no me condenen por hereje, y a los herejes, que no me desdeñen por supersticioso. Los errores que pueda haber cometido en el mecanismo dialéctico y en la exégesis doctrinaria, valen menos que la sinceridad con que he buscado comprender el sentimiento cristiano como inspiración de la vida. Tal es el tema de El Cristo invisible, *y el móvil sinceramente espiritualista de quien lo escribió.*

El interlocutor de estos diálogos, que ya ha fallecido, me conservó hasta su muerte una

simpatía benévola, quizá con la secreta esperanza de convertirme un día a su fe. Por eso, al concluír este prólogo, vuelvo mis recuerdos a la última velada, cuando las montañas obscuras recortaban sus cumbres en el horizonte del valle, sobre el cielo nocturno, de una diafanidad prodigiosa. Yo discurría aquella noche acerca del sentimiento religioso en ambas Américas, señalando la superficialidad del culto y de la vida en el alma argentina de nuestro tiempo.

I

LA EFIGIE DE CRISTO

El Maestro dice:
—Yo soy el camino...

LA EFIGIE DE CRISTO

HUÉSPED

La imagen de Dios no ha sido inmutable dentro de la Iglesia católica, a pesar de la severa disciplina eclesiástica.

MONSEÑOR

Afirmáis una cosa temeraria, amigo mío.

HUÉSPED

Bien lo comprueba, Monseñor, la Trinidad que esta mañana os enseñé; en esa pintura, la paloma, símbolo del Espíritu, ha sido eliminada, y al anciano Jehová lo ha substituído un mocetón barbado de guedeja negra.

MONSEÑOR

He meditado toda la noche en esa arcaica figura. El Dios Padre, en efecto, fué siempre representado por una figura patriarcal, pues

los hebreos llamaban a Jehová el «Anciano de días», y el Espíritu Santo, «hálito de Dios», como lo llama el Profeta, fué representado siempre bajo la figura de la paloma que se vió descender del cielo, cuando Juan el Precursor bautizó a Jesús, según lo describe el Evangelio.

HUÉSPED

Las variaciones de esa tela, cuya autenticidad no puede discutirse en cuanto a su origen colonial, podríamos explicarlas diciendo que se eliminó a la paloma para que los indios no recayesen en la zoolatría, y esto, probablemente, condujo a identificar las tres Personas en la tradicional figura de los Cristos litúrgicos.

MONSEÑOR

Dios Padre es Cristo en Él; Dios Hijo, Cristo por Él, y el Espíritu Santo, Cristo con Él... Esto explica la imagen que me habéis mostrado.

HUÉSPED

Encuentro igualmente aceptables tanto mi explicación histórica como vuestra interpretación teológica; pero ambas corroboran la tesis de que las representaciones de la Divinidad cambiaron en la iconografía del culto católico.

MONSEÑOR

La Iglesia no ha autorizado esos cambios.

aunque los consiente cuando no comprometen el dogma. Por otra parte, la tela de que hablamos es un documento excepcional.

HUÉSPED

No, Monseñor: una estampa de los Niños Expósitos, reproducida por la *Bibliografía de la imprenta en el Plata*, la famosa obra de Medina, obedece a la misma concepción; y el doctor Estanislao Zeballos poseía una tela semejante a la mía, y otra el arqueólogo don Juan Ambrosetti, aunque de menores dimensiones. Mi documento no es único en nuestro país.

MONSEÑOR

¿De veras?

HUÉSPED

He conocido los originales.

MONSEÑOR

Pero en Europa no se halla nada semejante, y esa Trinidad, que llamaremos «americana», sólo demuestra la precaución con que la Iglesia debió sugerir el dogma a la rudimentaria conciencia de los indios.

HUÉSPED

Tal precaución didáctica ha originado en este caso, como lo veis, una imagen más lógica de

la Trinidad, y acaso una representación más profunda de ese Misterio, que las Trinidades europeas.

MONSEÑOR

Pudiera ser, a lo menos para ciertos entendimientos fantasistas...

HUÉSPED

Y luego, ¿cómo negar que esos tres mozos barbados de mi tela, con su melena obscura sobre la frente pálida y su túnica blanca de vueltas escarlata calzada sobre los hombros, trasladan el símbolo de Jehová y el de la Paloma a la imagen humana de Jesús, identificando en la de Éste a las tres personas?

MONSEÑOR

El Mesías fué el Padre manifestado en el Hijo, y el Hijo obraba bajo la inspiración del Espíritu Santo.

HUÉSPED

Así es, en efecto; pero las formas de la Divinidad no resultan inmutables, según estos documentos, puesto que la imagen del Hijo puede ser también la del Padre y la del Espíritu.

MONSEÑOR

El Padre y el Espíritu son lo Inefable en

sí; aunque Cristo es Aquéllo manifestado en Jesús.

HUÉSPED

Jesús sería en tal caso lo visible, y Cristo lo invisible.

MONSEÑOR

Quizá.

HUÉSPED

Según eso, la efigie de Jesús, al menos, debió ser inmutable en la tradición de la Iglesia, y no lo fué tampoco.

MONSEÑOR

El culto de las imágenes originó muchas inquietudes dentro de la Iglesia, desde los primeros tiempos.

HUÉSPED

Las múltiples efigies de Dios son como los múltiples nombres que para designarlo inventó la inspiración literaria de los místicos. Fray Luis de León escribió muy eruditos diálogos en su libro *Los nombres de Cristo,* desentrañando el sentido de las varias denominaciones con que al Mesías designan las Escrituras.

MONSEÑOR

Las Escrituras llaman a Cristo: Camino, Es-

poso, Cordero, Monte, Pastor, Rey, Príncipe de Paz, Brazo de Dios, Hijo de Dios y Faces de Dios, cuando el Salmista dice al Eterno: «Muéstranos tus faces y seremos salvos», o cuando Isaías le dice: «Delante de tus faces se derritieron los montes.»

HUÉSPED

Estas imágenes de la Escritura son, pues, como las imágenes de la liturgia, y fray Luis dice que se le llama *Faces* porque Dios tiene numerosos rostros o apariencias. Todos ellos se han de reducir a la Unidad Invisible, sin forma y sin nombre, pues tales nombres fueron dichos en el frenesí de los éxtasis o en el esfuerzo por expresar lo Inefable. En el *Cantar de los Cantares*, el Esposo, el Amado, que según la Iglesia es Cristo, sugiere imágenes de una sensualidad peligrosa si se las interpreta literalmente. Por eso el maestro León dice con San Pablo: *Cristo es imagen de Dios invisible*, y así lo comenta: «Porque Dios, que no se ve, por esta imagen se muestra, por ser oficio de ella sacar a luz y poner a los ojos del público lo que se encubre sin ella.» Pero siendo Jesús Dios él mismo, lo propio se ha de decir de su cuerpo en las variadas representaciones de la iconografía cristiana, semejantes en ello a las Escrituras, por sus expresiones metafóricas o alegóricas.

MONSEÑOR

Es indudable que sólo nuestra religión, tan preñada de verdades eternas, ha podido sugerir al hombre tantas expresiones para representar y para nombrar al Creador, que, aunque es único, se nos revela en la multitud de sus criaturas; «símbolos de la fe», como el padre Granada las llamó con acierto.

HUÉSPED

Perdonad, Monseñor, si en este punto me atrevo a rectificaros: la fertilidad de las imágenes, en el lenguaje de los místicos y en la iconografía religiosa que ellos inspiran, es común a todas las religiones.

MONSEÑOR

¿A todas?

HUÉSPED

El Corán, por ejemplo, alude a Dios como un Ser de múltiples y bellos nombres.

MONSEÑOR

¡Oh, el Corán!

HUÉSPED

En el diálogo hindú de la *Bâhagavad Ghita*, Krishna llama a Dios: Alma Suprema, Señor de la Santa Unión, el Antiguo Principio, el

Indivisible, el Tiempo, Hari, Vichnú, Kala y, Montaña de luz de todas partes resplandeciente. Como veis, los nombres divinos de la mística hindú, no se diferencian mucho de los que emplea la mística cristiana. Y cuando el Bienaventurado, elevándose a la íntima perfección por el aniquilamiento de lo corporal y terreno, llega a contemplar la Unidad Suprema del Universo y quiere describir la Figura Augusta, lo que se ve sin haber sido visto, se nos aparece un Ser de múltiples ojos, de innumerables brazos, de rostro vuelto a todos los rumbos y envuelto en luz de todos los soles, porque esa fuente de luz que llena el espacio entre la tierra y el cielo, está afuera y dentro de todos los seres.

MONSEÑOR

Los hindúes han dado a la divinidad representaciones monstruosas.

HUÉSPED

Tal visión de la *Bâhagavad* no se diferencia mucho de otras que describe el *Apocalipsis*, cuya apariencia alucinatoria no puede explicarse sino por la simbología, como Swedenborg, el místico sueco, lo ha hecho en su *Arcana Cœlestia*. Pero apenas las artes plásticas se apoderan de la una y de la otra, crean las monstruosidades de los ídolos, aprisionando a Dios

en las groserías de la materia, si bien con el intento de elevar la materia del Hombre hasta las sutilezas del Espíritu, que es incorpóreo e invisible.

MONSEÑOR

Las visiones del *Apocalipsis* no pueden ser comparadas con los monstruos de la gentilidad.

HUÉSPED

Muchos dioses precolombianos hallados en América, así el Sol antropomorfo en Tiahuanaco y la Diosa Teatlicúe en México, parecen monstruos, como la Quimera griega y la Esfinge egipcia, pero son expresiones plásticas de conceptos profundos, comunes a todas las viejas religiones, bajo la diversidad de un simbolismo que para muchos resulta caprichoso o impenetrable.

MONSEÑOR

La representación se simplifica tratándose de Jesucristo, puesto que es el Dios-hombre.

HUÉSPED

No se simplifica tanto, que podamos eludir el problema.

MONSEÑOR

La efigie de Jesús, profusamente difundida

en el mundo por su Iglesia, logró, desde los primeros siglos de nuestra era, individualizar al Dios Padre bajo la figura humana del Dios Hijo, en quien todos reconocemos al fundador de nuestra religión.

HUÉSPED

La efigie de Jesús ha dado a las gentes, mejor que la simple evocación oral, la certidumbre de verdad histórica y de realidad humana, que es fundamento del cristianismo en sus orígenes; pero se me ocurre decir que si se ha discutido largamente sobre la autenticidad de los testimonios escritos que forman el Nuevo Testamento, no se podría disputar menos sobre el valor de la iconografía cristiana.

MONSEÑOR

Disputar es fácil; lo difícil es hacerlo con algún fundamento.

HUÉSPED

Yo tendría razones serias que aducir sobre el origen, identidad y significados de la iconografía cristiana.

MONSEÑOR

¿Qué razones son esas?

HUÉSPED

Me bastaría preguntar si hubo un retrato de

Jesús que sirviera de fuente a las primeras representaciones de Cristo, para comprobar algo cierto sobre la antigüedad y valor de ese documento plástico.

MONSEÑOR

Graves cuestiones me proponéis, y no de fácil respuesta, mas se me ocurre contestaros que la efigie de Jesucristo es universal y antiquísima.

HUÉSPED

Cierto es, y ahora os invito a recordar si las innumerables imágenes de Jesucristo que habéis adorado en el ejercicio de vuestro santo ministerio, reproduce un solo modelo, un prototipo inicial, consagrado por la autoridad eclesiástica.

MONSEÑOR

Consagrado de un modo expreso, no lo sé; consagrado por el asentimiento de una tradición dos veces milenaria, eso sí...

HUÉSPED

Avisadme cuál sea.

MONSEÑOR

El milagroso de la Verónica, pintado con el sudor y la sangre de Nuestro Señor, que lo

consagran retrato auténtico, tan antiguo como su propio modelo.

HUÉSPED

Permitidme que os presente mis dudas.

MONSEÑOR

Podéis hacerlo.

HUÉSPED

La mujer que enjugó el rostro sudoroso y sangriento de Jesús, ¿ha existido?

MONSEÑOR

¡Cómo dudarlo, santo cielo!

HUÉSPED

Cuenta la tradición que una dama de alcurnia habría salido de su palacio para enjugar el rostro de Jesús, cuando el Señor pasaba hacia el Calvario. Acto semejante era una costumbre piadosa en Jerusalén para los condenados a la cruz. Pero los Evangelios canónicos no dan el nombre de la Verónica, ni refieren la anécdota, ni afirman el milagro de la efigie trasuntada al paño. Todo esto nace de otras fuentes menos autorizadas, que atribuyen a esa mujer el nombre de Berenice o Verenike, de donde provendría, como lo afirma Meille en un libro insospechable, el nombre de Verónica, y de éste el

equívoco de *Vero-ikon:* icono verdadero, retrato auténtico, según cierta etimología un poco bárbara. Como veis, andamos en la zona incierta de los mitos. Una palabra puede crear una leyenda.

MONSEÑOR

Pero el paño existe, y su imagen perdura, aunque borrosa por los siglos transcurridos. El paño se conserva en Roma.

HUÉSPED

Allí se conserva; lo he visto en San Pedro.

MONSEÑOR

¡Oh ¿Por qué dudáis, entonces?

HUÉSPED

Porque el trasunto del rostro al paño y su persistencia secular, me parecen de por sí cosas extraordinarias.

MONSEÑOR

Cosas más extraordinarias hubo en la vida de Nuestro Señor, y no es imposible para la fe la aceptación de esa imagen, puesto que todo fué maravilloso en la vida de Cristo.

HUÉSPED

Entiendo que la Iglesia, fundada en la tradición o en la revelación o en la evidencia ín-

tima, pudo consagrar el retrato de la Verónica como fuente única de la iconografía cristiana, y sin embargo no lo hizo. Antes, por lo contrario, dejó al arte litúrgico en una completa libertad de creación y de interpretación.

MONSEÑOR

La Iglesia nunca se equivoca.

HUÉSPED

Concedo que así sea, y me gustaría saber cuál fué su acierto en este caso.

MONSEÑOR

Yo soy apenas un humilde siervo de la Fe, y nunca osaría interpretar designios que vienen de lo Alto y que tienen para el verdadero creyente la autoridad de sagrados misterios. Quede eso para las almas soberbias y para los entendimientos pedantes.

HUÉSPED

Veo que os impacientáis sin motivo, Monseñor. Yo no soy un alma soberbia, ni un entendimiento pedante. Inquiero con humildad y acato la sabiduría de los que, por su ministerio sacerdotal, podrían aquietar mis dudas, como Jesús, en la noche del Evangelio, aquietó las aguas tempestuosas del lago.

MONSEÑOR

No me impaciento, y hasta declaro que os escucho con deleite, porque siempre lo merecen la erudición y el ingenio; pero me apena ver cómo los más bellos espíritus se extravían cuando se apartan de nuestra Iglesia.

HUÉSPED

Si soy la oveja descarriada de que habla el Evangelio, deber del buen pastor es conducirla de nuevo a su redil.

MONSEÑOR

Bien querría lograrlo con vos...

HUÉSPED

Pregunto solamente por qué la Iglesia, que ha adoptado un canon para los Evangelios y que vigiló con su autoridad las versiones vulgares del texto primitivo, no adoptó un canon para la figura corporal de Jesús.

MONSEÑOR

He dicho que el retrato estampado en el paño de la Verónica es el vero icono, la *vera efigies*, el más antiguo y auténtico retrato de Nuestro Señor.

HUÉSPED

Luego ese debió ser el documento prototípi-

co, la matriz histórica de toda iconografía posterior. Pero he aquí que yo he visto ese retrato y aseguro que, siendo muy borroso, es imposible saber por él cómo era Jesucristo.

MONSEÑOR

Me dejáis perplejo.

HUÉSPED

¿Representa esa imagen un hombre moreno o rubio?

MONSEÑOR

No lo sé.

HUÉSPED

Imposible saberlo, y ello explica que habiendo persistido el tema de la Verónica en la obra de artistas posteriores, ninguno lo reproduce exactamente y muchos se apartan del original, con libertad que la Iglesia no consentiría, por ejemplo, en una traducción del texto evangélico.

MONSEÑOR

¿A qué obras os referís?

HUÉSPED

Me refiero a un anónimo francés del siglo XV, que no tiene la corona de espinas y que muestra una Santa Faz serenísima; figura diferente de otra de Quentin Matsys, en el Museo de

Anvers, que tiene la corona de espinas y muestra el rostro del Señor angustiado por el martirio. Podría citar, asimismo, la de Guillermo de Colonia, en la galería de Munich, con la corona muy estilizada y la guedeja muy simétrica, y al *Ecce homo*, de Gabriel May, con la corona apenas insinuada, la greña suelta y toda la figura esfumada como en un sueño. Recordaré, finalmente, otra de Crivelli, que se conserva en la colección Malaspina, de Pavía, en que la cabeza de Jesús aparece cubierta por una especie de turbante morisco. Todas estas figuras pretenden reproducir el paño de la Verónica, pero no son copias del presunto original y corresponden a modelos humanos diversos uno de otro, por su color y sus facciones.

MONSEÑOR

Acaso ninguna de esas imágenes haya pertenecido al culto.

HUÉSPED

Pertenecieron, por lo menos, al culto de capillas privadas.

MONSEÑOR

Sutilizáis demasiado.

HUÉSPED

No tanto como los escolásticos.

MONSEÑOR

Más que ellos; habéis errado la vocación.

HUÉSPED

No ironicéis sobre las cosas santas, Monseñor; sobre todo si ha de ser para eludir las respuestas.

MONSEÑOR

No eludo mis respuestas, puesto que me he resignado a oír vuestras preguntas. Por otra parte, sabéis tanto, que os respondéis vos mismo. De no ser así, me atrevería, ya que objetáis el retrato de la Verónica, a recordaros el retrato atribuído a San Lucas.

HUÉSPED

Atribución sin pruebas, y boceto hecho sobre un modelo distinto del otro que en Roma se atribuye a San Pedro.

MONSEÑOR

No recuerdo de ése.

HUÉSPED

Se lo halló en la iglesia de Santa Praside, y se afirma que el propio San Pedro, huésped de un tal Prudencio, lo habría trazado como una evocación de su Divino Maestro, sobre el muro

de la casa romana donde se levantó después el templo.

MONSEÑOR

Confieso que no me acuerdo de él.

HUÉSPED

Lo reproduce un álbum muy interesante de la iconografía cristiana. Trátase de un boceto asaz borroso, apenas esquemático, y que no corresponde a ningún modelo definido. Ni siquiera se sabría por él si Cristo fué lampiño o barbado.

MONSEÑOR

Podríamos aducir también el retrato llamado del rey Abgar, que, según he leído, se conserva en San Bartolomé de los Armenios, un templo de Génova, y que corresponde al tipo tradicional.

HUÉSPED

A ése yo no conseguí verlo cuando estuve en Génova. En la catedral de esta ciudad se conserva, en cambio, el plato en que Jesús comió durante la última cena, según dicen algunos; aunque otros dicen ser el vaso en que José de Arimatea recogió la sangre del Crucificado, el Santo Graal de la leyenda. Este plato, o vaso, habría sido traído de Cesárea en 1101, y se

rompió cuando Napoleón mandó transportarlo a París. Los viajeros aprenden esto en el Baedecker y preguntan por la reliquia, como en otros casos análogos. Pero todo ello es una hermosa tradición, análoga a la del rey Abgar.

MONSEÑOR

Sois un escéptico incorregible.

HUÉSPED

Bien lo sabéis, Monseñor: Abgar habría sido un rey de Mesopotamia que, hallándose enfermo, llamó a Jesús para que lo curase, pues había llegado hasta Abgar la fama del Mesías y creyó en él. Cuando Jesús vino a casa del rey, el pintor Ananías lo habría retratado, según cierta versión; pero, según otra, Jesús se habría secado la faz con un pañuelo del rey y dejado en él su rostro, como en el caso de la Verónica. En su libro *La vie merveilleuse de Jésus*, Seché afirma que este retrato proviene de un texto apócrifo del siglo XV, y no figura el caso en los Evangelios.

MONSEÑOR

Tal es vuestro escepticismo que, según infiero, tampoco debéis creer en el retrato que llaman de la Esmeralda, retrato tallado en esa piedra preciosa.

HUÉSPED

No conozco la pieza original, pero sí algunas reproducciones: la técnica es perfecta, y el tipo de Jesús aparece en ella con los rasgos ideales en que lo fijó el arte del Renacimiento. Basta observar esto último para reconocer que no se trata de una obra contemporánea de Jesús, como la tradición lo pretende.

MONSEÑOR

Sin embargo, la tradición asegura que Tiberio César la habría mandado tallar para conservar la efigie del Dios-hombre que murió bajo su reinado. Después habría pertenecido al emperador de Constantinopla, que, hacia el siglo XV, la regaló al Papa Inocencio VIII para rescatar a un hermano. Como veis, los datos son muy concretos.

HUÉSPED

Es lo que torna sospechosa esa tradición. Tantos datos sin prueba, a través de mil quinientos años y de tales vicisitudes, descubren el esmero de una superchería histórica.

MONSEÑOR

Oponéis al hecho externo una simple duda personal.

HUÉSPED

Mi duda se funda en el hecho mismo. La técnica de la talla y el sentimiento de la figura, sin contar el tipo del presunto modelo, demuestran que no es la obra de un artista pagano ni de un artesano primitivo. Es una obra del Renacimiento, hecha quizá en Constantinopla, si no en Venecia, de donde acaso proviene.

MONSEÑOR

Inútil proseguir, puesto que ningún documento os satisface.

HUÉSPED

Tan sólo busco el que pudiera haber satisfecho a la Iglesia; pero la Iglesia, tan dogmática en todo, ha callado en este punto.

MONSEÑOR

No ha callado, desde que conserva en el mayor templo de Roma el paño de la Verónica, en cuyo haz quedó pintado, hace diez y nueve siglos, el rostro del Nazareno.

HUÉSPED

Sin duda, ese retrato es, entre todos los que habéis recordado, el más prestigioso en la tradición; pero no sería honrado afirmar que en las borrosas manchas de la santa reliquia pue-

da hoy verse un retrato, o siquiera una figura de líneas acabadas y de tintas precisas. Por otra parte, insisto en recordar que ninguno de los cuatro Evangelios habla de este milagro.

MONSEÑOR

Hay allí la cara de un hombre, una cara de armoniosas facciones, de luengas guedejas y de barba cerrada, tal como tradicionalmente concebimos todos a Nuestro Señor.

HUÉSPED

Tal vez aquella efigie corresponda a la creencia, hoy universal, que imagina a Jesús como un hombre barbado, cuya cabellera larga modela una cabeza de armoniosos contornos; pero no se podría, con sólo esa precaria imagen, resolver si el modelo original fué un hombre de tez morena o blanca, de cabellos rubios o negros, de frente arrugada o tersa, de ojos azules o castaños, de mejillas rosadas o pálidas, de nariz recta o aguileña, y menos indicios presenta aun sobre la edad, la raza o la estatura del Nazareno. Reliquia suficientemente expresiva como evocación de un arquetipo humano o de un divino mártir, no lo es, en cambio, como retrato de un hombre determinado, pues deja en duda todos los rasgos que podrían individualizarlo. Y eso es lo que yo busco: la

persona humana de Jesús, como evocación de su personalidad sobrehumana.

MONSEÑOR

Según eso, ¿la Iglesia habría debido prescindir del paño de la Verónica?

HUÉSPED

Todo lo contrario: consagrarlo como única reliquia, si es que hay pruebas para ello, y, si este retrato fué claro en otro tiempo, darnos en tal figura el prototipo pictórico de que hoy carecemos.

MONSEÑOR

La pintura cristiana de los grandes siglos habría quedado estirilizada.

HUÉSPED

Si la Iglesia prefirió la libertad del arte, debió tener algún motivo, pues la Iglesia ha procedido siempre bajo la inspiración de muy certeros propósitos.

MONSEÑOR

¿Cuál podría ser en este caso?

HUÉSPED

La fecundidad del mito a través de las almas.

MONSEÑOR

¿Del mito, decís?

HUÉSPED

No os sobresaltéis, Monseñor. No enuncio herejía alguna. Cuando digo el mito, quiero decir el espíritu. Pero mejor será no explicarlo por ahora. Abrigo la esperanza de que podremos entendernos, si ahondamos en nuestro asunto. El arte suele llegar a ser un mensaje de mundos invisibles.

MONSEÑOR

Siendo así, quizá pudiéramos desde ya entendernos, considerando que en la iconografía de las Catacumbas también aparece el rostro barbado que enjugó la Verónica.

HUÉSPED

Yo he visitado las Catacumbas de Roma hace veinte años, cuando inicié estos estudios. Conozco principalmente las de San Calixto y su profusa imaginería. Recuerdo muy bien los Cristos barbados de sus antiguas criptas, que recorrí evocando el drama de las persecuciones, cuando la Iglesia, semiorganizada, sólo aspiraba a defenderse.

MONSEÑOR

¡Tiempos heroicos en que la Iglesia, según

el *Octavius* de Minutus Felix, citado por Batiffol en su libro *L'Église naissante*, era llamada *factis illicita, profana coniuratio, execranda consensio*, como si fuese una secta secreta de malhechores! Así fué aquel duro tiempo de las Catacumbas...

HUÉSPED

En sus galerías subterráneas sentí la emoción de las cosas auténticas y remotas. En aquellas cuevas empezó el cristianismo, pero a la nueva fe se mezclaron resabios de la vieja fe, leyendas del judaísmo y símbolos de la gentilidad romana. Junto al Cristo barbado, hay en las Catacumbas muchos Cristos lampiños. No olvidéis, además, que en las Catacumbas se representa a Cristo bajo el emblema iniciático del Pez y del Cordero.

MONSEÑOR

El Pez era un jeroglífico del nombre de Cristo, y el Cordero un emblema de la bondad sacrificada.

HUÉSPED

Acaso la figura humana haya sido también un símbolo, es decir, un velo que cubre lo que está más allá de las formas.

MONSEÑOR

Veo que conocéis de los orígenes cristianos

las cosas más venerables, pero que las conocéis sin amor.

HUÉSPED

Sin amor, no habría peregrinado para conocerlas. Visité las Catacumbas, estudiando las más arcaicas imágenes de Cristo, y luego recorrí oratorios, bibliotecas, museos, buscando representaciones del Dios-hombre, desde en las miniaturas de los misales, hasta en las esculturas de las milenarias basílicas. No he realizado estas andanzas por vanidad de conocer la verdad histórica, sino por necesidad de poseer la verdad mística. A veces, los hallazgos me desconcertaron, como aquella caricatura del Museo Kircheriano, en la cual aparece un asno crucificado, y a los pies de la cruz un hombre de hinojos, con esta leyenda en griego: «Alexamenos adorando a su Dios.»

MONSEÑOR

¡Sacrilegio inexpiable!

HUÉSPED

Vos sabéis que el padre Kircher, fundador del museo que lleva su nombre en Roma, fué un misionero jesuíta que reunió en su colección objetos de suma curiosidad.

MONSEÑOR

Lo sabía y conozco el museo; pero no re-

cuerdo haber visto esa horrenda caricatura del asno que decís.

HUÉSPED

Un arqueólogo alemán, el sabio Helbig, se ha ocupado de ella en su obra *Los museos de Roma*, y él atribuye esa pieza a algún pagano que se mofaba de un amigo cristiano, allá por el primer siglo.

MONSEÑOR

Ya veis el peligro de los documentos gráficos más antiguos, por los cuales me preguntabais hace un instante.

HUÉSPED

No preguntaba por los de ese carácter, sino por los que tienen autoridad, pues presento el problema de mis dudas sin acritud sectaria, y donde un católico ortodoxo no puede negarme el auxilio de sus luces.

MONSEÑOR

¿Pues qué documentos se podría invocar, si a todos vais destruyéndolos con vuestro implacable espíritu de negación?

HUÉSPED

Nada he negado definitivamente.

MONSEÑOR

Pero nada afirmáis, tampoco.

HUÉSPED

Me reduzco a evocar las imágenes de veinte siglos, para ver si es posible, a través de sus formas cambiantes, encontrar la verdad del Espíritu invisible que en ellas se esconde.

MONSEÑOR

Habéis elegido el camino más tortuoso. La verdad está en la Iglesia. No hay otro camino recto sino el de la fe.

HUÉSPED

Yo recurro a las imágenes de la Iglesia católica. A la fe le basta el asentimiento íntimo de lo que se tiene por verdad; pero tal no es el caso de esas múltiples figuras, tallas o telas que los hombres labraron, análogas a otras reliquias del pasado, que la historia recoge. Todo lo que yo pretendo es descifrar el significado de esas figuras, si es que tienen algún significado.

MONSEÑOR

No estoy seguro de entenderos bien.

HUÉSPED

Yo espero, en cambio, que llegaremos a en-

tendernos. La duda y la fe son hermanas gemelas. No dudamos sino de aquello en que antes hemos creído.

MONSEÑOR

De la fe combatida por la razón nace la duda.

HUÉSPED

De la duda fecundada por la razón puede nacer una nueva fe.

MONSEÑOR

Eso es una quimera.

HUÉSPED

La duda cuando niega no es menos subjetiva que la fe cuando afirma. La creación religiosa viene del espíritu, y la crítica no puede siempre destruirla por los métodos del conocimiento científico, porque la fe no pertenece a la realidad externa.

MONSEÑOR

Vos pretendéis destruirla.

HUÉSPED

No, Monseñor. Protesto de ello. Por otra parte, hay una gracia del entendimiento, que Dios puede conceder a quien le busca en las imágenes del arte. Por eso insisto en que podremos entendernos...

MONSEÑOR

¿Cómo lograrlo?

HUÉSPED

Definiendo con claridad nuestro punto de partida.

MONSEÑOR

¿Cuál?

HUÉSPED

Si la imagen litúrgica de Jesucristo es una evocación ideal, una interpretación arbitraria, un símbolo metafórico, o si es, por lo contrario, un documento, un retrato histórico, fiel a un modelo real, de acuerdo con un canon eclesiástico.

MONSEÑOR

El modelo es Jesús mismo, y el canon la tradición de su Iglesia.

HUÉSPED

Volvéis a lo que había demostrado ya: que no hay un documento prototípico y que la tradición de la Iglesia ha sido al respecto de la más heterodoxa diversidad. La Iglesia pone indistintamente en sus altares a Cristos de opuestas fisonomías y, cuando nos acercamos a la época primitiva, la vaguedad es más des-

orientadora. Sólo encontramos el fantasma de la Verónica y el sospechoso retrato de la Esmeralda, entre varias reliquias apócrifas, o bien el polimorfismo simbólico de las Catacumbas, en cuyas tenebrosas criptas penetró la declinante luz de la mitología pagana, para desconcertarnos del todo.

MONSEÑOR

Confieso que vos me desconcertáis, realmente. ¿Qué queréis decir cuando así habláis de la mitología pagana? ¿Creéis que sus falsos dioses hayan influído en la iconografía del Dios verdadero?

HUÉSPED

En el cielo de la cristiandad vagan las sombras de los antiguos olimpos. El presunto San Pedro de bronce que se adora en Roma, fué una estatua de Júpiter, cuyo pie besan hoy los católicos. Mas yo no quiero referirme ahora sino a la imagen de Jesús...

MONSEÑOR

Bien, pues, ¿qué influencia pagana podéis hallar en la imagen de Jesús?

HUÉSPED

Durante los primeros siglos de la Era, en las Catacumbas, Cristo fué representado por una

especie de Orfeo con su lira, simbolizando en ello el poder de su palabra sobre las pasiones y los instintos, las fieras domadas por la música en el misterio de Orfeo. También se lo representaba como un Hermes Criophoro, el Hermes portador del cordero en la mitología griega, traduciendo estrictamente la figura del Buen Pastor, un mancebo sin barba con su oveja al hombro, que se repite profusamente. Una estatuita del Buen Pastor, proveniente del siglo III, que se conserva en el museo de Letrán, es concluyente prueba del viejo mito subsistente en el nuevo.

MONSEÑOR

Acaso esas figuras no fueron sino emblemas para el iniciado, en tiempos de las persecuciones, que obligaban al secreto. Pudieran ser también simples representaciones de la imagen que pinta la parábola de la oveja perdida, tal como San Lucas la refiere: «¿Quién de vosotros que teniendo cien ovejas y habiendo perdido una no deje las noventa y nueve en la dehesa y no vaya en busca de la que ha perdido, hasta encontrarla? En hallándola, se la pone sobre los hombros muy gozoso.» Ver en la imagen plástica que evoca este pasaje evangélico una identidad con el Hermes Criophoro, es cosa que corre por vuestra cuenta. Asimismo el pez, tan frecuente en los primeros tiempos,

sería no solamente un jeroglífico, sino una alusión al agua del bautismo, en el cual vive el verdadero cristiano, o al milagro de la multiplicación de los peces para alimento de los discípulos, o a la parábola del Pescador, simplemente.

HUÉSPED

Yo creo que como esos, los Cristos actuales son igualmente símbolos para una iniciación más elevada.

MONSEÑOR

Avanzáis muy de prisa.

HUÉSPED

Quisiera no hacerlo, pero vos me precipitáis. Por mí, sólo deseaba deciros que de los Orfeos y los Hermes del primer tiempo, se pasó a la figura del Buen Pastor, y de éste a los Cristos adolescentes, que se inspiran en un tema anecdótico, y a los Cristos lampiños, concepción distinta de los Cristos barbados.

MONSEÑOR

Os ruego que aclaréis más vuestras ideas en este punto, pues presiento que nos hallamos en una encrucijada peligrosa. La ilustración anecdótica de la vida de Cristo explica de sobra estas variaciones. Es indudable que los

Cristos adolescentes representan al Mesías en los comienzos de su predicación, cuando, siendo niño aún, asombraba a sus padres y a los fariseos.

HUÉSPED

Un cuadro de Grosso, intitulado *Cristo en casa del carpintero*, tela moderna, cuyo original, de vastas proporciones, me mostró su autor en Turín (y de la cual me regaló como recuerdo una fotografía con la que yo obsequié a mi madre), es una composición que representa el taller de José, y en el primer plano aparece Jesús hablando ante sus padres, asombrados del poder divino que ya se descubre en el niño prodigioso. Este es un caso típico de composición anecdótica.

MONSEÑOR

Luego estáis de acuerdo conmigo.

HUÉSPED

En ejemplos como ese, lo estoy, sin duda; pero yo deseo referirme ahora a otros Cristos adolescentes que recuerdan en su efigie a los Apolos del paganismo.

MONSEÑOR

Poned freno a vuestra imaginación.

HUÉSPED

Si yo tuviera delante algunos de los Cristos adolescentes, veríais que no son devaneos de mi imaginación. Por ejemplo, el de Bernardino Luini en la Ambrosiana de Milán y el de Beltraffio en la Academia de Pergamo. ¿Cómo negar que estos Cristos, de filiación apolínea, son distintos de los otros, dolientes y barbados, más bien dionisiacos en su sangrienta virilidad?

MONSEÑOR

Da vértigo el seguiros, y no sé adónde vais...

HUÉSPED

Nada temáis, porque ahora vienen a mis labios dos nombres que no podéis temer.

MONSEÑOR

¿Cuáles?

HUÉSPED

Rafael y Miguel Ángel.

MONSEÑOR

Escucho con atenta curiosidad cuanto vais a decirme.

HUÉSPED

El *Redentor*, de la Academia comunal de

Brescia, pintado por Rafael en pleno Renacimiento, bajo el mecenazgo pontificio, es un Cristo mancebo, sin barba, con el cuerpo desnudo, la frente luminosa, la diestra en alto, y nadie al verlo podría librarse de la evocación apolínea.

MONSEÑOR

¿Y el de Miguel Ángel?

HUÉSPED

Más significativo para mi razonamiento es el Cristo de Miguel Ángel, que se llama *Jesús maldiciendo a los réprobos*, y que puede verse en la Capilla Sixtina. Ya no se trata de Jesús adolescente ni de la anécdota evangélica, sino del Cristo excelso en pleno Juicio Final, y, sin embargo, el artista lo ha pintado lampiño, lleno de fuerza juvenil en el torso y en el rostro, envuelto en luz celestial, como si fuese él mismo un dios de la luz. Este Cristo de Miguel Ángel, arquetipo espiritual del Mesías, es un Apolo perfecto, y se halla, como veis, en pleno Vaticano, desde donde el Papa gobierna a la cristiandad.

MONSEÑOR

Me argumentáis con obras excepcionales, que acaso tienen el prestigio del genio, pero que provienen de una época que la Iglesia mis-

ma ha considerado posteriormente como de grave relajamiento en sus ideas y costumbres.

HUÉSPED

En la Capilla Sixtina, bajo la bóveda en que está ese Cristo Apolo, el Santo Padre dice hoy su misa.

MONSEÑOR

Si se mandara cubrir esa figura o demoler esa Capilla, los estetas de nuestro tiempo, como vos, declararían bárbaros al Santo Padre.

HUÉSPED

Yo prefiero pensar que todo ello fué creado por el genio del arte y que todo ello subsiste bajo la autoridad de la religión, porque todo eso tiene una significación más profunda, que debemos buscar.

MONSEÑOR

Buscándola como vos la buscáis, sólo conseguiremos multiplicar las herejías del libre examen.

HUÉSPED

No lo creo, ni esa es mi intención. En San Lucas se lee: *Nada hay oculto que no deba ser descubierto.* Y afirmo que por ahí llegaremos a concebir un Cristo más universal y más vi-

viente como Salvador de los hombres. Él ha dicho: «Buscad y hallaréis.»

MONSEÑOR

No veo por qué medios en este caso.

HUÉSPED

Por estos que ensayamos en nuestro diálogo: por el examen de documentos que no son excepcionales ni caprichosos, sino que obedecen a filiaciones espirituales complejas, pero no impenetrables. Muchas cosas que la palabra articulada del hombre no alcanzó a expresar en las Escrituras, ni siquiera bajo la forma poética de las parábolas, se descubre mejor en los símbolos litúrgicos. Tal es, por ejemplo, lo que ocurre en la misa actual.

MONSEÑOR

La Misa es el Evangelio dramatizado; pero el Santo Sacrificio consiste esencialmente en la Eucaristía, que no es un símbolo, sino la comunión real de los fieles con el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, bajo las especies del pan y del vino, transubstanciados por misterio del Espíritu Santo.

HUÉSPED

No temáis que yo profane ante vos aquel Misterio. Sólo os pido licencia para decir que

contemplando la misa con mirada espiritual, profundos significados místicos se me han revelado en ella; uno de éstos es la forma redonda de la Hostia, redonda como un Sol y como un Sol luminosa en la aureola ritual que la circunda. El cristianismo supera, con el disco blanquísimo de la Sagrada Forma, la heliolatría natural de los caldeos o los incas, para consumar la evolución de un sol antropomorfo, iniciada por el Apolo de los griegos, remontándose, con el misterio cristiano, por el pan de la tierra, a la idea de un Sol Espiritual. La primitiva concepción solar trasciende así de lo cosmogónico a lo antropogónico, y de aquí a lo teogónico, resumiendo todo el ciclo de la luz y de la materia y de la vida, en la superación celestial del hombre. No olvidemos que Cristo dijo: *Yo soy la luz del mundo*, como podría haberlo dicho Apolo; y esto puede explicar la creación miguelangelesca...

MONSEÑOR

Prefiero no seguiros en esta senda de tan peligrosos desvaríos.

HUÉSPED

Y si del Hermes Criophoro de las Catacumbas hemos llegado al Apolo miguelangelesco de la Sixtina, pasando por una serie multisecular de Cristos mancebos, aun podemos discernir

otra serie paralela de Cristos generalmente desbarbados; Cristos ambiguos, sin edad y sin sexo.

MONSEÑOR

¿Cristos sin edad?

HUÉSPED

Sí, algunos hieráticos Cristos bizantinos.

MONSEÑOR

¿Cristos sin sexo?

HUÉSPED

Sí, algunos ambiguos Cristos italianos.

MONSEÑOR

Declaro que me horroriza el ver a qué abismos de verdadera perdición, puede conducir la ciencia de un incrédulo.

HUÉSPED

Si me escucháis con paciencia y con piedad, veréis que no soy un incrédulo y que tan sólo busco la salvación de mi alma en el espíritu de vuestro Salvador.

MONSEÑOR

¡Los Cristos ambiguos!

HUÉSPED

Un mosaico del siglo VI, en el mausoleo de Galla Placidia, en Ravena, presenta al Buen Pastor rodeado de sus ovejas, con la cruz por cayado, y en él se ve al Hermes de las Catacumbas ya transfigurado bajo la imagen de un hombre sin barba pero adulto, cuyos rasgos carecen de toda significación biográfica. Un Cristo análogo, sentado en su trono y rodeado por la corte celestial de los Apóstoles, decora otro mosaico del siglo VI, en el ábside de la basílica de Parenzo, y de la misma época proviene un tercer mosaico sobre la vocación de Pedro y Andrés, en el que un Jesús lampiño, junto al lago, bendice a los nuevos discípulos. Todos estos Cristos, de técnica bizantina, difieren del tipo clásico de Jesús, ya sea el de la infancia o el de la madurez, y no descubren en su estilizado hieratismo, ningún carácter racial. Presentan simplemente un ser de forma humana casi abstracta.

MONSEÑOR

Habladme ahora del otro.

HUÉSPED

¿De cuál?

MONSEÑOR

No me atrevo a nombrarlo...

HUÉSPED

¡Yo no he dicho eso!

MONSEÑOR

Pero lo habéis pensado, que tanta es vuestra irreverente procacidad.

HUÉSPED

Monseñor: necesito sincerarme ante vos. Yo no he pensado en semejante cosa, sino en un puro tema teológico. Los dioses creadores de las antiguas cosmogonías no tuvieron sexo, o tuvieron los dos; como a macho-hembra los invocan el himno asiático y la plegaria americana. El primer hombre del Génesis tampoco tuvo sexo, o bien tuvo los dos, antes de que Eva fuese creada, según ciertos exégetas. Los doctores de la Iglesia católica han disputado largamente sobre el misterio sexual de los ángeles, y la duda de si son hombres o mujeres, o de una tercera condición asexuada, era tema de examen en las Universidades teológicas, entre las que se contaba nuestra Córdoba del siglo XVIII. ¿Por qué os indignáis, con esos precedentes, de que la milagrosa figura de Jesús, Dios hijo igual a su Padre Creador y Dios hombre por encarnación del Espíritu, según la anunciación angélica, pueda haber sugerido a los grandes artistas del Renacimiento la am-

bigüedad inherente a la materia misma en la cual se encarnó el hijo de Dios?

MONSEÑOR

Porque los Evangelios refieren que Jesús fué circuncidado y porque la Iglesia celebra la circuncisión de Jesús como una fiesta solemne.

HUÉSPED

Si Cristo es el Señor del Universo, el Maestro del Mundo, el Ángel de la Tierra; si su Madre Virgen lo concibió sin cópula de varón, como dicen las Escrituras; si Él pasó por la vida, célibe y casto, sin intimidad con mujeres; si fué arquetipo de perfección espiritual, ¿cómo asombrarse, no obstante la circuncisión, de que algunos artistas del Renacimiento lo hayan evocado como una lánguida figura juvenil, de peregrina y equívoca belleza?

MONSEÑOR

¿Pero hubo realmente artistas que así lo evocaran?

HUÉSPED

Los hubo, Monseñor, y de ello no me sorprendo, pues la época era propicia para semejantes concepciones. Hay en la galería de Brescia un *Jesús adolescente*, de Timoteo Viti, que podría titularse «retrato de mujer», pues la tú-

nica suntuosa, la cabellera suelta, el rostro desbarbado, el gesto pudibundo, no dejan ver que sea un varón. Fr. Bartolomeo ha dejado en la Galería de Florencia un *Jesús de Nazareth* tan afeminado, a pesar de la barba, que hasta la corona de espinas parece una diadema mundana, sobre la frente bien peinada y los bucles sueltos hasta los hombros, sin que haya en la boca pulcra y en los lánguidos ojos, ningún reflejo de dolor. Dolor parece haber querido infundirle Boticelli, o un discípulo suyo, al *Redentor bendiciendo* de la Academia de Bergamo, pero trátase de un Cristo animado por la decorativa ondulación de los Céfiros, como en el cuadro de la *Primavera* por el mismo autor. Vos conocéis probablemente esas figuras, porque se las halla en los tratados de arte y en las tarjetas postales que los argentinos suelen traer de Europa como recuerdo de los museos e iglesias que visitaron.

MONSEÑOR

Yo mismo conservo algunas, desde mis inolvidables días de Italia, y aunque no recuerdo las que vos citáis, infiero que erráis en vuestras interpretaciones.

HUÉSPED

Circula un álbum de arte sobre la iconografía cristiana, intitulado *L'Image de Jésus*,

que reproduce en buenos fotograbados las efigies que acabo de citar. Si yo pusiera ante vuestros ojos tales figuras, no diríais eso.

MONSEÑOR

Lo diría igualmente.

HUÉSPED

Acaso por obstinación.

MONSEÑOR

O por repugnancia moral.

HUÉSPED

Me permito observaros con todo respeto que consideráis esta grave cuestión con los prejuicios del confesonario. Yo me coloco en un plano de elevada pureza espiritual, lejos de las miserias del sexo y de sus claudicaciones monstruosas. San Marcos en su Evangelio refiere que por tentar al Maestro con una pregunta difícil, varios suspicaces le presentaron el caso de la viuda que, según el Deuteronomio, debe casarse con el hermano del marido muerto, y así le interrogaron de cuál de los dos hermanos sería esposa la viuda el día de la resurrección. A esto respondió Jesús: «¿No veis que habéis caído en error por no entender las Escrituras ni el poder de Dios? Porque cuando hayan resucitado de entre los muertos,

ni los hombres tendrán mujeres ni las mujeres maridos, sino que todos serán como los ángeles que están en los cielos.» Esto declara que el sexo desaparece en la condición angélica.

MONSEÑOR

En la condición angélica; pero Cristo, al encarnarse en Jesús, tomó la condición humana, con todos los atributos de la vida terrenal.

HUÉSPED

Jesús entra en la vida terrenal mediante un suceso maravilloso: la Inmaculada Concepción.

MONSEÑOR

Así es, y sale de ella mediante la Resurrección, suceso igualmente maravilloso.

HUÉSPED

Dos misterios de la carne—el sexo abolido y la muerte abolida—marcan el comienzo y el fin de su biografía.

MONSEÑOR

Ambos demuestran la naturaleza divina de Nuestro Señor. Puesto que era el Hijo de Dios anunciado por los profetas, debió nacer de una Virgen, sin padre carnal, pues su padre es Jehová, que fecundó a la madre por acción del Espíritu Santo, como dicen las Escrituras.

Por eso pudo resucitar al tercer día, como el mismo Jesús lo había anunciado en Jerusalén, para dar el último testimonio de su divinidad, antes de ascender al reino de los cielos, de donde había venido.

HUÉSPED

Todo esto nos revela que si bien Cristo se encarnó en Jesús, no fué Jesús un hombre como nosotros. Su cadáver desapareció del Santo Sepulcro. Algunos supusieron, y suponen, que fué robado o trasladado de allí. Sin embargo, el Señor, reencarnado, aparecióse a la Magdalena y a los discípulos, después de su muerte. Ignoramos si su cuerpo de polvo en polvo se convirtió, o si se llevó su cuerpo al cielo el día de la Ascensión, cuando fué a sentarse a la diestra del Padre.

MONSEÑOR

Cristo se humanó en Jesús, pero no fué un hombre como nosotros, desde el punto de vista moral, según lo demuestran todos los actos de su vida terrena.

HUÉSPED

¿Todos?

MONSEÑOR

Todos, incluso la castidad con que pasó entre mujeres de vida licenciosa.

HUÉSPED

Entre las mujeres del Evangelio, hubo algunas que lo adoraron en vida.

MONSEÑOR

Sí, mujeres que por él habían sido libradas de los espíritus malignos, o curadas de sus enfermedades y perdonadas de sus pecados. A esas las movía la gratitud.

HUÉSPED

San Lucas, en el capítulo VIII, se refiere a Juana, mujer de Chuza, mayordomo del rey, que creyó en el Maestro, y a una tal Susana y otras que lo ayudaban con sus bienes.

MONSEÑOR

A esas las movía la piedad.

HUÉSPED

¿Y María Magdalena?

MONSEÑOR

¡Esperaba su nombre!

HUÉSPED

Según el *Jesus Christ* del padre Didon, María Magdalena es la mujer adúltera, y la que ungió a Jesús con sus perfumes, y la que fué a

buscar su cadáver en la tumba, identificadas hoy las tres en una sola por el definitivo dictamen de la Iglesia, aunque antes se las creyó tres mujeres distintas.

MONSEÑOR

Ya sé que entre los blasfemadores hay quienes han llegado hasta decir que María Magdalena estuvo enamorada carnalmente de Jesús, y poco falta para que los miserables lleguen a afirmar que Nuestro Señor la tuvo por manceba.

HUÉSPED

Yo no conozco ningún libro que diga eso.

MONSEÑOR

La especie ha llegado a mi confesonario como el eco de una conversación entre hombres que presumían de doctos.

HUÉSPED

Yo también he oído esa liviandad que no tiene base alguna. La Magdalena estuvo enamorada de Jesús; pero enamorada espiritualmente, porque la había purificado, haciéndola concebir un amor distinto del de sus antiguas concupiscencias. Cuando ella ungió al Maestro con sus perfumes, y el Maestro dijo, respondiendo a la murmuración de Judas, que esta

mujer sería perdonada porque mucho amó, el Maestro enunciaba una de sus más hermosas parábolas sobre el amor espiritual que santifica a la vida. La murmuración de Judas ese día, me sugiere, en cambio, que Judas, él sí, estuvo carnalmente enamorado de la Magdalena, y que ésta lo desdeñaría porque ya amaba al verdadero Dios, que está en el hombre. El amor despechado y la fe incomprendida, podrían darnos la clave de su traición, junto con la venalidad de los treinta dineros.

MONSEÑOR

Al de Keriot podéis atribuirle todas las maldades que se os ocurran, pues, al fin, todas serán pequeñas junto a la traición sacrílega, alevosa y venal que perpetró en el Huerto.

HUÉSPED

¿No le tenéis compasión?

MONSEÑOR

¡Ninguna!

HUÉSPED

Sin embargo, quizá la merece...

MONSEÑOR

¿Compasión? Tal vez... Justificación o perdón, ¡eso nunca!

HUÉSPED

Hay algo inflexible en el Evangelio, como en la realización fatal de las tragedias antiguas. En tal caso, los agentes del mal son víctimas del destino, como los que padecen la agresión del mal. El Evangelio de Mateo cuenta que cuando Judas entró en el Huerto con la multitud, Jesús le dijo: «Amigo, ¿a qué vienes?», y al darle Judas el beso que era la señal convenida por el entregador con los enemigos del Maestro, uno de los discípulos sacó su espada para defenderle e hirió a un siervo del Sumo Sacerdote; pero Jesús lo detuvo diciéndole: «Vuelve tu espada a su lugar, ¿o piensas que no puedo ahora orar a mi Padre y él me daría más de doce legiones de ángeles? Mas ¿cómo se cumplirían entonces las Escrituras, de que así es menester que suceda?» Y luego, dirigiéndose a la multitud, agregó: «Como a ladrón habéis salido, con espadas y palos, a prenderme: cada día me sentaba con vosotros, enseñando en el Templo, y no me prendisteis. Mas todo esto se hace para que se cumplan las escrituras de los profetas.» Entonces todos los discípulos huyeron, dejándole solo en medio de sus enemigos. Judas hace con la prisión del Maestro que su muerte se cumpla, y así el drama resulta más patético en sus contrastes humanos, para el fatal cumplimiento de las profecías.

MONSEÑOR

Lo que decís no sería una blasfemia, si no fuese que ella, además de postular la fatalidad pagana, contraria al albedrío cristiano, presupone celos eróticos de Judas contra el Maestro, como origen de su traición. Tal pensamiento os pone, además, en contradicción con vos mismo, pues asignáis a Jesús un papel varonil que hace pocos instantes le negabais.

HUÉSPED

Ni se lo he negado, ni se lo atribuyo. He recordado, simplemente, algunos afeminados Cristos del arte italiano. Por contraste de ideas, hemos pasado de ese extremo al otro, nada más. Yo me mantengo en el justo medio, el enigma de Cristo en la carne.

MONSEÑOR

No hay tal enigma.

HUÉSPED

La belleza varonil de su tipo, su carácter nada voluble, su concepción heroica de la moral, sus cóleras contra el adversario, su paciencia en el propio infortunio, revelan suficientemente la salud viril de su personalidad formidable. Y sobre todo, considerad la muerte de Jesús: lo femenino es morir por un hombre,

por un ensueño de felicidad individual, por un bien concreto que se nos arrebata. Lo masculino es morir por una idea abstracta: la patria, la libertad, la verdad. Así murieron Sócrates y Bruno. Jesús muere por la salvación de todo el género humano, como un héroe de la moral.

MONSEÑOR

Muere como el Dios del amor.

HUÉSPED

Tenéis razón.

MONSEÑOR

Luego...

HUÉSPED

Sin olvidar que la moral, desde luego, es un invento masculino, digo que el enigma aparece cuando se consideran otros rasgos de Jesús, tales como su maternal amor a los niños, su indulgencia para con los pecados femeninos, la dulzura de su voz y de sus maneras habituales. Esto es lo que vieron algunos artistas del Renacimiento, mientras algunos artistas modernos prefieren presentarlo bajo los aspectos de un revolucionario abrupto y desarrapado. Por eso es tan humana su compleja y ondulante personalidad. Contiene en sí todas las razas, puesto que las supera; todas las edades

puesto que siente como un niño y habla como un anciano; y contiene, quizá, todo el misterio del hombre carnal, el Adan-eva cuya caída, que Él redimió, fué una caída de amor.

MONSEÑOR

Vuestra alabanza lo injuria.

HUÉSPED

No, puesto que el arte puede ser una revelación, y así esos Cristos ambiguos podrían abrirnos una nueva perspectiva hacia el Espíritu del Hijo de Dios, considerado en la plenitud de sus atributos divinos.

MONSEÑOR

¿Qué me querríais decir con todo eso?

HUÉSPED

Las mayores angustias del hombre, las más humanas, son las que provienen del sexo. El amor es el camino de salvación y es el camino de perdición, para el hombre y para la mujer. Durante muchos años de la vida de Jesús, nada sabemos de Él, y no es aventurado imaginar que llevó en aquella época de su primera mocedad, la vida propia de su edad y de su sexo. De no ser así, no habría conocido el gran dolor terreno, el gran misterio humano. El amor pudo entrar en su vida divina, como entró en

el sacrificio de su muerte, sin que la carne venciera al espíritu.

MONSEÑOR

Muy hábilmente os apartáis del escabroso problema.

HUÉSPED

No tal, pues he dicho antes que la época era propicia para concepciones de ese género. Los antiguos consideraron estas cosas con menos aversión que nosotros, y el Renacimiento heredó sus ideas sobre los sexos. El arte pagano ha legado a la posteridad una estatua tan impresionante como el *Hermafrodito yacente* que hoy está en el Museo del Louvre, figura humana con sexo de varón y senos de mujer. Una figura análoga no podría ahora modelarse sin escándalo público. La literatura clásica, por su parte, hállase plagada de alusiones a tales cosas, hasta en los césares de Suetonio y en los varones de Plutarco, sin olvidar la poesía erótica y la bucólica.

MONSEÑOR

Todo eso que decís, fué el gran pecado de la antigüedad. La caída de Israel, de Grecia, de Roma, constituyen el castigo necesario al triunfo del cristianismo. La Edad Media fué la expiación de la carne, como muy bien lo dice

Chesterton en su *San Francisco de Asís*, pues San Francisco de Asís, precursor del Renacimiento, a la par de Dante, es el anunciador de que el Espíritu de Cristo había triunfado sobre la carne.

HUÉSPED

Las voces blancas de los coros litúrgicos que he oído en San Pedro de Roma, sugestión actual de este mismo problema, y las tallas fálicas de las sillerías en la estupenda Catedral de Ciudad Rodrigo, son indicio de que la carne no estaba aún vencida. En el Renacimiento, después de la Edad Media, un artista de genio como Leonardo de Vinci, personaje ambiguo él mismo, vivió bajo esa inquietud, y pintó en sus telas a mancebos hermosos que parecían mujeres. Más allá de la carne adoctrinada por el *Ars Amandi*, de Ovidio, alcanzaron entonces mucha boga las ideas platónicas sobre el amor, tal como las divulgara en Italia el libro de León Hebreo, dando al amor una fuerza ideal que superaba la limitación de los sexos, como lo prueba la castidad heroica de los trovadores provenzales. Y no olvidéis que Cristo fué el héroe del amor universal, del amor espiritual llevado más allá de todos los límites. Abarcó en su conciencia el misterio de los dos sexos, como los dramaturgos geniales: Shakespeare conoce bien el secreto de Hamlet y el de

Ofelia. Jesús veía el interior de todas las almas y vivió la vida de todos los seres humanos, puesto que cargó con sus dolores.

MONSEÑOR

No me olvido de todo eso, pero más bien prefiero recordar que también fué modelo de pureza, y que tal vez los artistas, queriendo extremar la interpretación de este sublime atributo, crearon esas figuras de los Cristos ambiguos, como vos los llamáis.

HUÉSPED

Ese es otro matiz del idealismo cristiano, y lo han interpretado insuperablemente el Giotto y el Angélico, y así persiste finamente idealizado en algunos Cristos del Giorgione, autor que envuelve la carne de sus figuras en una vibración etérea. Los Cristos del beato Angélico tienen la suprema serenidad mística que corresponde a su ser espiritual. Un crucificado, obra suya, en el Museo Marciano, antiguo convento de Florencia, parece un hombre que se ha dormido en su lecho...

MONSEÑOR

Lo que yo no puedo entender, es adónde os conducen estas contradictorias disquisiciones.

HUÉSPED

Ya os lo he dicho: a saber si existe comprobada por la historia o consagrada por la religión, una figura corporal de Jesús, auténtica, inmutable, canónica.

MONSEÑOR

Según vuestros razonamientos, esa figura corporal no existe.

HUÉSPED

No existe esa, pero sí la otra: una figura cambiante, fluída, libre como la vida del Espíritu, que Jesús encarnó, pasajeramente, en su cuerpo de carne.

MONSEÑOR

Hay variantes que provienen de la biografía de Jesús y otras de la materia en que la imagen fué plasmada. El problema es menos complicado de lo que vos suponéis. Os lo podría demostrar ahora mismo.

HUÉSPED

Ahora soy yo quien debe escuchar.

MONSEÑOR

El arte ha colaborado en esto con el culto. Parece explicable que la anatomía cambiante

del modelo y la técnica diversa de los intérpretes, haya producido figuras diferentes. Unas representan a Jesús recién nacido, el Niño Dios, y otras a Jesús muerto, el Hombre crucificado. Entre ambos extremos, el cuerpo de Nuestro Señor debió cambiar. En los varios pasajes de los Evangelios hay situaciones tan múltiples, que, apoderándose de ellas el fervor de los creyentes o la inspiración de los artistas, no pudo la iconografía ceñirse al canon de una sola figura. No era lo mismo estar en las bodas de Caná que en el Huerto de los Olivos. Creo que me explico y que os parecerán aceptables estas reflexiones.

HUÉSPED

Las acepto de plano, como que tal variación se produce aun en las distintas fotografías de modelos actuales; pero ¿y las variaciones del modelo en sí, concebido por la fe o por el arte como un ser distinto o que cambia él mismo?

MONSEÑOR

No os entiendo.

HUÉSPED

Luego me entenderéis; proseguid, Monseñor.

MONSEÑOR

Decía que el arte ha colaborado en esto con

el culto. Un marfil, una madera, un yeso, un bronce, un mármol, dan diversa expresión a un mismo tema. Son como traducciones de una misma imagen a diversos idiomas.

HUÉSPED

Eso es verdad, aun tratándose de modelos reales y de retratos históricos debidamente documentados.

MONSEÑOR

Agregad a eso la gran duración del cristianismo. A través de veinte siglos, han variado la sensibilidad humana y la cultura técnica. Un Cristo de los primitivos no puede parecerse a un Cristo del Renacimiento, ni uno de Bizancio a otro del París contemporáneo.

HUÉSPED

De acuerdo. En una Iglesia de Salamanca vi un crucifijo llamado del Cid, y otro de la reina doña Sancha en el Museo Arqueológico Matritense, análogo a los del período visigótico, cuyos ojos de piedras incrustadas recuerdan a ídolos paganos, y cuya desproporción anatómica los acerca a ciertos amuletos del África. La obra de Stratz sobre *La figura humana en el arte*, esclarece mucho estos problemas, mostrando las variaciones del canon anatómico, y las desarmonías de la técnica.

MONSEÑOR

Y aun es necesario tener en cuenta otro elemento psicológico que concurre a explicar esas variaciones: la idea que el artista se forja acerca de su personaje y el estado de alma que a aquél le atribuye. La fisonomía de un hombre, además, cambia enormemente bajo el influjo de las emociones. La faz de Cristo aparece deformada como su cuerpo a través de las pruebas físicas y morales que soportó. El furor del que arrojó a los mercaderes del Templo, el éxtasis del que vió el fuego de Elías, la resignación del que sufrió los vejámenes de Pretorio, moldearon con gesto diverso y en diverso ambiente, la augusta faz del Redentor. Los artistas, por su parte, han querido ver en él, unas veces al revolucionario y otras al maestro; unas veces a Dios y otras al hombre. Desearía que este modo de considerar la cuestión bastara para satisfacer vuestras objeciones.

HUÉSPED

Habéis hablado sabiamente, y nada me atrevería a rectificar en cuanto acabáis de decir; pero vos me contestáis con la historia del arte y yo os he cuestionado con la historia de la religión, lo que no es lo mismo.

MONSEÑOR

No podemos a la una separar de la otra, puesto que se trata de la iconografía litúrgica.

HUÉSPED

Vos las habéis separado.

MONSEÑOR

De ninguna manera.

HUÉSPED

Yo no me refiero a variaciones accidentales que pueden servir para el estudio de las figuras como creaciones artísticas, sino a variaciones esenciales que pueden significar la substitución del modelo, modificando los fundamentos de la creación religiosa.

MONSEÑOR

Veamos cómo.

HUÉSPED

Ya se sabe que las obras de diversos artistas, y más si son de diversas épocas o escuelas, pueden diferenciarse entre sí, aun cuando traten el mismo tema; pero yo voy más lejos todavía: el mismo tema cambia tratado por el mismo artista en formas diversas, como ocurre con los varios Cristos que debemos a An-

drea del Sarto o al Perugino, obras diferentes de un solo pincel. En cambio, la cabeza escultórica de un Cristo de Miguel Ángel, que se conserva en Santa María sobre la Minerva, tiene todo el aspecto de una estatua griega, diferente de otros del mismo autor, y muy semejante, por el tipo y la actitud, al Cristo del Veronés, que aparece en la famosa tela del banquete en casa de Leví. La historia del arte abunda en tales comprobaciones. El realismo de Mantegna, de Durero, de Ribera, nos ha dado en sus Cristos ensangrentados putrefactas visiones de anfiteatro, que contrastan con los Cristos extáticos y dulcemente amanerados de Guido Reni o de Marata. Los Cristos de Corot y de Flandrín, melodramáticos por una influencia de raza y de academia, no se parecen a los austeros Cristos de Velázquez o de Van Dyck. Todo esto es evidente, y pertenece a la historia del arte; en tanto que la cuestión central de mi razonamiento es otra, y se resume en estas palabras: ¿por qué la Iglesia cristiana ha consentido el culto de su fundador en imágenes que representan a un hombre desprovisto de individualidad plástica?

MONSEÑOR

¿Queréis decir que Jesucristo no ha existido?

HUÉSPED

No, Monseñor: ha existido, y su personalidad divina, Dios él mismo, se encarnó en la persona de Jesús; pero la realidad corporal de Jesús no se define en la contradictoria imaginería que la Iglesia consiente en los altares del culto.

MONSEÑOR

Sería menester que lo demostrarais.

HUÉSPED

Ya lo he demostrado, pero os daré un ejemplo definitivo: en iglesias del Sur de Italia y en Andalucía, los Cristos son generalmente morenos; en iglesias del Norte de Italia y en Alemania, los Cristos son generalmente rubios.

MONSEÑOR

¡Peregrinos ejemplos! Pues también Jesús y los otros personajes del Evangelio visten los trajes de países y épocas en que las obras nacieron, y el arte representa las escenas de la Pasión en lugares convencionales. Son exotismos y anacronismos que la historia de la cultura puede explicar sin esfuerzo. Taine ha formulado sobre esto, en su *Viaje a Italia*, interesantes observaciones.

HUÉSPED

Cuidado, Monseñor: ved que si aplicáis a la iconografía del culto los principios generales de la historia positiva del arte, corréis el riesgo de heretizar, como Strauss heretizó aplicando a los Evangelios los métodos racionales de la crítica histórica.

MONSEÑOR

No es lo mismo, porque los Evangelios tienen un origen divino y una sanción canónica.

HUÉSPED

Ese es el nudo de la cuestión: que las imágenes de Cristo sólo tienen un origen humano, pues la Iglesia ha dejado a los fieles la libre interpretación en esta materia.

MONSEÑOR

Las imágenes del culto son obra humana, y adoramos en ellas, no ídolos, sino meras representaciones de una persona divina.

HUÉSPED

En el libro de Daniel se cuenta que el Profeta se negó a adorar al ídolo Bel, como el rey se lo mandaba, respondiéndole al rey: «Yo no adoro a ídolos hechos de mano, sino a Dios vivo, que creó el cielo y la tierra, y es el Señor

de todo lo viviente.» Como el profeta Daniel, yo busco más allá de estos ídolos «hechos de mano», la realidad increada del Dios vivo. En las imágenes de Jesús, el hombre, busco el espíritu de Cristo, el verdadero Dios, el Cristo invisible...

MONSEÑOR

Esa es la diferencia entre la grosera fe del idólatra que considera al icono como un dios, y la sublime fe del creyente, que ve en el icono una imagen representativa del Ser Supremo a quien adora en lo íntimo de su alma.

HUÉSPED

Veo que comenzamos a entendernos.

MONSEÑOR

La multitud de imágenes de Cristo no puede ser un obstáculo para llegar a Aquel que aguarda a todos los que se le acercan limpios de corazón, sin vanidad y sin pecado.

HUÉSPED

Cristo ha dicho: «No se viene al Padre sino por mí.» Por eso quisiera iluminarme el camino, y por eso declaro que si la Iglesia no ha adoptado un prototipo canónico para la imagen de Cristo, yo puedo crearla sin salirme de ella.

MONSEÑOR

Nunca se me ocurrió pensar en tal audacia.

HUÉSPED

La Iglesia ha procedido con un designio cuando ha dejado que los hombres asimilaran la figura del Redentor al tipo de cada raza, y aún de cada persona.

MONSEÑOR

No he de negaros que discurrís con originalidad.

HUÉSPED

Guardo en mi colección de Cristos un crucifijo de madera que adquirí en España, probable labor de algún converso de la frontera morisca en el siglo XVI, y el crucificado de la talla es un Cristo mulato.

MONSEÑOR

Jamás he visto cosa semejante.

HUÉSPED

He poseído otro de plata, proveniente del Alto Perú, labor de algún oribe colonial, y el crucificado es un indio con tres pelos en la comisura de los labios por única barba.

MONSEÑOR

¡Singulares hallazgos!

HUÉSPED

Tenemos un Cristo indio, y esto me consuela, ya que en los tres Magos que adoraron a Jesús en Belén, sólo figuran las razas de los continentes conocidos entonces. Faltaba en ese cortejo el rey cobrizo, el Inca de América. Quince siglos más tarde llegó a Belén el hombre americano.

MONSEÑOR

Decís tales cosas que sublevan mi indignación, y luego la desarman.

HUÉSPED

He oído contar que los negros cristianos de Norteamérica imaginan blanco al diablo, pues de los blancos les ha venido el mal, y que han llegado a imaginar un Cristo negro.

MONSEÑOR

¿También tendremos Cristos africanos?

HUÉSPED

Como tenemos Budas mongólicos. Dios ha creado al hombre a su imagen, pero el hombre crea a Dios según el método inverso. Ya veis,

Monseñor, que todo esto es menos accidental que las vestiduras anacrónicas de un cuadro del Tintoreto. Señalo variedades de raza, por donde la representación de Cristo se hace más universal, adquiriendo la fecunda diversidad de las vidas individuales. La imagen supera así al ídolo inerte para convertirse en un Dios vivo, porque resucita en cada uno de sus fieles. Cuando el *Génesis* dice que Dios creó el hombre a su semejanza, se ha de entender a semejanza de su ser, no de su rostro. Los Adanes y Evas de la liturgia, que ilustran el libro de Stratz, por mí antes citado, son tan diversos como los Cristos por su raza.

MONSEÑOR

Sin embargo, si el tipo físico del Salvador hubiera de referirse a alguna raza, sería oportuno recordar que Jesús era galileo.

HUÉSPED

He leído que el nombre de Galilea, viene de Gelil haggoyim, lo cual significa «círculo de los gentiles».

MONSEÑOR

Y con eso, ¿qué me queréis decir?

HUÉSPED

Que el nombre vínole al pueblo natal de Je-

sús, de que en él había fenicios, sirios, árabes, griegos en cantidad, aunque muchos de estos convertidos al judaísmo, y que además había en el lugar magistrados y soldados romanos que gobernaban el país. Con estos datos, la cuestión racial pierde importancia, si se pretende inferir de su pueblo nativo el tipo físico del Nazareno.

MONSEÑOR

En todo caso la cuestión étnica perdería importancia con decir que Jesús fué engendrado por el Espíritu Santo.

HUÉSPED

Yo creo lo mismo, y en tal caso tampoco tiene importancia la genealogía bíblica que San Marcos le atribuye al carpintero José, desde que éste no era el padre carnal de Jesús.

MONSEÑOR

¿Y la madre?

HUÉSPED

En cuanto a María y a los progenitores de ella, bien pudieron haber salido de aquel crisol de razas que era la Galilea de los gentiles.

MONSEÑOR

Según cierta genealogía, la Virgen descendía de David.

HUÉSPED

Hay dos genealogías diversas de la madre en el libro de Didon, publicado con el *nihil obstat*. La inducción racionalista fracasa también aquí, o por lo menos conduce a la misma imprecisión de formas étnicas que la creación simbólica. En último caso, podríamos dintinguir entre Jesús, el hombre según la carne, y Cristo, el Dios según el espíritu, pues Jesucristo resume esa dualidad.

MONSEÑOR

Quizá conviene también no olvidar que Nuestro Señor ha dicho: ya no hay judíos ni gentiles.

HUÉSPED

Esa es una de las más hermosas afirmaciones de su doctrina, y otro elemento de su universalidad.

MONSEÑOR

Las tradiciones del espíritu hebreo modelaron, sin embargo, la personalidad de Jesús.

HUÉSPED

No hay duda de que, sin el mesianismo de Israel, no comprendemos al Mesías. Pero esto se refiere al pensamiento de Cristo, no al cuer-

po de Jesús. Acaso el Nazareno apareció en aquel pueblo, porque era el mejor preparado para un movimiento religioso como el cristianismo. Los judíos, además, son un pueblo de extraordinaria diversidad étnica.

MONSEÑOR

Algunos artistas han representado a Jesús como un rabino de los ghettos, con su tez pálida, su barba obscura, sus labios carnosos, y ese aire inconfundible de los hijos de Israel.

HUÉSPED

Cierto es, y recuerdo como los más característicos en este sentido, algunos Cristos de Rembrandt, en la colección Sedelmeyer. Sin embargo, no siempre los modelos fueron judíos trigueños. Judíos rubios han posado para Scheffer, para Hofmann, para Hunt, artistas modernos del norte de Europa. Los artistas latinos del Renacimiento, especialmente el Tiziano y Rafael, el Greco y Velázquez, prefirieron en sus creaciones el tipo convencional de la belleza clásica; pero no faltan entre los italianos de aquel tiempo, Cristos en quien se reconoce al hombre de las juderías coetáneas.

MONSEÑOR

¿Vos encontráis lógico eso?

HUÉSPED

Yo os lo debiera preguntar.

MONSEÑOR

¿Por qué?

HUÉSPED

Porque si la iglesia católica ha mantenido durante siglos la preocupación antisemítica en nombre de Cristo, parece una contradicción representar a Cristo como un judío.

MONSEÑOR

Lo fué, sin embargo.

HUÉSPED

¿Quién lo sabe? Por otra parte, desde el punto de vista científico, se podría aducir que una geografía de Reclus publica retratos de judíos pertenecientes a todas las razas. El judaísmo no es hoy un etnos, sino un etos. La oriundez hebrea de Jesús no impone un tipo físico determinado, puesto que hay israelitas de las más diversas efigies, sin excluír amarillos ni negros. Así la presunta raza de Jesús resulta aún más variada que la iconografía de Cristo.

MONSEÑOR

En buena ciencia teológica se podría dictaminar que siendo Jesucristo el Logos encarna-

do, su figura no puede corresponder a un tipo de raza, sino a un arquetipo ideal de humanidad, superior a los accidentes étnicos de lugar y de tiempo, que sólo son etapas en la evolución espiritual del hombre.

HUÉSPED

Subscribo ese dictamen, y tal vez por eso dejó la Iglesia que los artistas persiguieran en su obra ese arquetipo físico de belleza, como los fieles debían perseguir en sus vidas el arquetipo espiritual de bondad de que fué Jesucristo el paradigma divino.

MONSEÑOR

Acaso también por ello carecemos de documento gráfico indiscutido, o siquiera de un retrato literario en los Evangelios.

HUÉSPED

En efecto, los Evangelios, tan minuciosos en la anécdota y en el diálogo, han guardado silencio sobre la filiación personal del Mesías.

MONSEÑOR

La Providencia obra por caminos inexcrutables a la mirada del hombre...

HUÉSPED

Hay, sin embargo, en el capítulo XIX del

Evangelio de San Lucas un pasaje que parece referirse a la persona física de Cristo. Cuéntase allí que un publicano rico, acercóse cierto día, en Jericó, a la muchedumbre que rodeaba al maestro, porque había oído hablar mucho de él y deseaba conocerlo. En este punto, Lucas dice literalmente: «Y hacía diligencias para conocer a Jesús, no pudiendo verlo a causa del gentío, por ser de muy pequeña estatura»... El pasaje es anfibológico, y no sé si se refiere al publicano o al Maestro.

MONSEÑOR

Se refiere al publicano.

HUÉSPED

Siendo así, nada sabemos sobre la figura física de Jesús, ni siquiera si era alto o bajo.

MONSEÑOR

Así es, efectivamente, si nos atenemos a los Evangelios, aunque hay en estos otros pasajes sobre la resurrección de Nuestro Señor y su aparición a los discípulos.

HUÉSPED

Los recuerdo. Nada esclarecen tampoco acerca de lo que llamaré el retrato de Jesús. No obstante, la resurrección de Cristo sugiere una advertencia preciosa acerca de su figura corpo-

ral: si Cristo resucitó en su primitiva forma, ¿cómo se explica que quienes lo vieron no lo reconocieron de pronto? Se mostró a quienes más lo conocían y no lo reconocieron.

MONSEÑOR

Infernales son las observaciones que se os ocurren, y, tomado de sorpresa, pues no recuerdo haber leído nada al respecto, no imagino otra cosa sino pensar que, aunque resucitó en su propia carne, pues su cadáver había desaparecido del Santo Sepulcro, el cuerpo se había desfigurado un tanto por la muerte.

HUÉSPED

El milagro de resucitar es de suyo tan poderoso, que si el poder divino logró restaurar la vida, con menos esfuerzo pudo restaurar la forma. La vida es el gran misterio, y pertenece a Dios. Menos esquiva es la forma, pues ella se entrega al hombre en los simulacros del arte.

MONSEÑOR

¿Y qué deducís de todo ello?

HUÉSPED

Que Cristo no resucitó con su rostro primitivo, porque esto no era lo importante para él. Su rostro era lo efímero de la encarnación. Lo

eterno era el espíritu, y por él deseaba que los hombres lo reconocieran.

MONSEÑOR

Me dejáis pensativo...

HUÉSPED

Ya veis que he meditado por mi propia cuenta sobre las Escrituras y que las he meditado con la más pura devoción.

MONSEÑOR

Os lo creo...

HUÉSPED

Ningún comentario conozco sobre este punto. Si cometo herejía, no podría imputarse esta falta a perniciosas lecturas. Lo pensé por primera vez leyendo el Evangelio de Mateo, que vos recordáis.

MONSEÑOR

Bien lo recuerdo, sin duda.

HUÉSPED

Cuando las santas mujeres encontraron vacía la tumba y regresaban desoladas hacia la ciudad, cuenta el evangelista que se le apareció a María de Magdala. Es significativo que haya sido una mujer, y una mujer pecadora, la primera persona que vió al Señor resucitado. Pero

esto no es lo que yo deseo señalar, sino el diálogo entre ambos. Como María, mientras regresaba, llorase por no haber encontrado el cuerpo santo en su sepulcro, vió cerca de ella un hombre que le preguntó: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Era la hora del crepúsculo, y creyendo María que su interlocutor fuese el hortelano de la finca, pues aún estaban en los predios del de Arimathea, la mujer respondió: «Lloro porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto. Si has sido tú, dime dónde lo has puesto y yo iré por él.» El hombre la miró un instante, y, con su voz más dulce, la nombró, simplemente, diciéndole: «¡María!» Al oír aquella voz, María de Magdala reconoció la del Señor, y exclamando: «¡Maestro!», cayó de rodillas a los pies del Resucitado. Ella, tendida sobre la hierba, quiso abrazar los pies llagados, pero el Maestro le dijo: «No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; pero vé a mis hermanos y diles que subo hacia mi Padre y Vuestro Padre.» Y al decir esto, la visión, lentamente, se perdió entre los árboles.

MONSEÑOR

¡Conmovedora escena!

HUÉSPED

Y momento sublime de la fe, puesto que

Jesús había muerto, y del Cristo resucitado iba a nacer el cristianismo como una nueva religión. Pero observemos que Magdalena, *al ver* a Cristo, no lo ha reconocido. Lo ha reconocido al *oírlo*. Cristo no se le ha descubierto, pues, bajo una forma visible, sino por el misterio individual de la voz, que es como un eco del alma.

MONSEÑOR

Tenéis la unción de un verdadero creyente, pero razonáis con la peligrosa libertad de un sofista.

HUÉSPED

No lo creáis, Monseñor. Busco tan sólo hallar la perfección moral por el sendero del conocimiento, que, según la doctrina sagrada de la India, es asimismo un sendero del bien. Jesús dice: «Yo soy la verdad», es decir, el conocimiento. Toda la teología de Santo Tomás se funda en la necesidad de razonar la fe.

MONSEÑOR

No hay otro sendero cierto para la fe sino la doctrina de nuestra Iglesia.

HUÉSPED

Sus libros invoco, y del Exangelio tomo esta otra observación: Cristo resucitado se apareció

a Simón, primero, a Cleofas, después, y, finalmente, a los Discípulos reunidos. Todos ellos lo vieron y no creyeron que fuese Nuestro Señor. ¿Por qué lo desconocieron? ¿Es que se les presentó bajo apariencias distintas, como en las diversas representaciones de la iconografía eclesiástica? ¿Es que sólo se trataba de alucinaciones imprecisas, provocadas por el ayuno y las angustias?

MONSEÑOR

Cleofas no era de los Doce, aunque también lo vió. Recordad que a él y otro judío les habló el Señor en el camino de Emmaus, y cenó con ellos en una posada del camino. Ni Cleofas ni su compañero habían creído en Cristo cuando vivió entre los hombres.

HUÉSPED

Cierto es lo que decís, Monseñor. Luego, pues, Cristo se habría mostrado, no en su misma substancia carnal, sino en vagas formas astrales, como en los ectoplasmas espiritistas.

MONSEÑOR

No tampoco. El espiritismo es una evocación demoníaca o una superchería demasiado humana. Os recuerdo, además, que según el mismo Evangelio, cuando el Señor se apareció a los Once en la cena póstuma, después de sa-

ludarlos con el *Pax vobis* sacramental, uno de los discípulos, entre la turbación de todos, exclamó: —«¿Estás, en verdad, vivo, o eres una sombra que viene a tentarnos de las cavernas de los muertos?» Y Él respondió: «¿Por qué os turbáis? ¿Por qué alentáis dudas? Yo soy. Un espíritu no tiene carne y huesos como veis que los tengo yo.» Persuadidos, lo invitaron a comer un poco de pescado que había sobre la mesa. Todos lo miraban con asombro mientras comía. El Maestro interrumpió el silencio con estas palabras: «¿No comprendéis todavía? ¿Os parece posible que pueda comer un fantasma como lo he hecho yo en vuestra presencia?» Según veis, los mismos Evangelios, que vos citáis, contestan a la sospecha de espiritismo que habéis insinuado.

HUÉSPED

La insinuaba tan sólo, y me proponía por eliminación llegar adonde acabáis de traerme, o sea, el momento en que Cristo reprochó a los que lo vieron sin reconocerlo o no creyeron en Él. Bien recordáis que a los Apóstoles necesitó mostrar las llagas de sus pies y de sus manos; es decir, los signos del dolor: «Mirad mis manos y mis pies. ¡Yo soy!» Sólo así creyeron.

MONSEÑOR

Humana turbación ante el divino prodigio.

HUÉSPED

Y, pues, Tomás se hallaba ausente aquella noche, cuando después oyó el relato maravilloso, no lo creyó, como los demás no habían creído antes el de Cleofas. Pero el Resucitado volvió otra noche expresamente para convencer a Tomás, no por la vista sino por el tacto, como a María se le reveló por el oído: —«Si no pongo el dedo en la llaga de los clavos y mi mano en la herida del costado, no lo creeré»— habría dicho el materialista Tomás. Vino Jesús y le dijo ante sus compañeros: «Pon aquí tu dedo. Alarga tu mano y pónmela en el costado. Y no seas incrédulo, sino ten fe.» Tomás lo hizo y exclamó espantado: «¡Señor, Dios mío!», y Él contestó: *¡Bienaventurados los que no me han visto y han creído!...* Bienaventuranza nueva, que el Maestro no había dicho en el sermón de la Montaña...

MONSEÑOR

¡Bienaventurados los que no me han visto y han creído!...

HUÉSPED

Esto autoriza a decir que la forma visible, su realidad carnal, su imagen estética, puede ser un camino de la fe, pero que no es sino un camino. Lo que a Jesús le interesaban eran las

metas espirituales, los destinos místicos, los lejanos horizontes de la contemplación interior. Creer en Él como Espíritu, no creer en Él como realidad efímera porque si se había hecho hombre, era tan sólo para dar testimonio del Reino de Dios y ofrecer en su muerte el ejemplo del sacrificio más puro, como símbolo del amor. Por eso su imagen física es hoy variable. Él está o puede estar en todo hombre, como un dios invisible.

MONSEÑOR

Me conmueve el oiros, y no sé si la gracia del Señor penetra ya en vuestro entendimiento, puesto que decís cosas tan entrañables sobre los misterios de nuestra fe.

HUÉSPED

No me absolváis aún, porque todavía tengo muchas cosas que deciros, y acaso algunas podrían pareceros heréticas o, al menos, temerarias.

MONSEÑOR

¿Cuál, por ejemplo?

HUÉSPED

Que según todo lo que llevamos esclarecido en este diálogo, Cristo ha creado al cristianismo, pero el cristianismo ha creado a Cristo, o lo está creando en un continuo devenir.

MONSEÑOR

¡Paradoja temeraria, verdaderamente!

HUÉSPED

Os lo había prevenido.

MONSEÑOR

Sois un hombre incomprensible.

HUÉSPED

Os pedí que no me absolvieseis; ahora os pido que no me condenéis todavía.

MONSEÑOR

Continuad.

HUÉSPED

He dedicado cuatro lustros al estudio de la iconografía cristiana; he visitado centenares de templos católicos en Europa y América; he recorrido interesantes piezas del género en una pequeña colección particular; he leído, de historia, de teología, de mística, lo que necesitaba leer para la mejor comprensión de estos problemas, y cada vez me ha parecido más fecunda esa imagen de Cristo que persiste y varía, que surge indocumentada en la bruma de los orígenes, que luego se desliga de símbolos iniciáticos y de mitos paganos, multiplicándose

lentamente para el arte y para la fe, con el dinamismo proteiforme y continuo de las fuerzas vitales.

MONSEÑOR

Declaro que a medida que os oígo, me parecéis más enigmático. Razonáis con la frialdad de un ateo y habláis con la unción de un místico. Si no os he entendido mal, habéis dicho que la figura de Cristo es una creación de su Iglesia...

HUÉSPED

Eso he dicho, pero advierto que por ahora sólo me refiero a la figura corporal, que es el objeto de este diálogo. Por el conocimiento de ella, pretendo elevarme luego al significado de la figura espiritual. Y es evidente que la imagen de Cristo, indocumentada en sus orígenes, se esconde al principio en los símbolos esotéricos del Cordero y del Pez o en las alegorías paganas del Hermes Criophoro y del Orfeo portalira. Con el niño que adoraron los Magos y el mancebo apolíneo que persiste hasta la época de Miguel Ángel, alterna el hombre barbado que ha de ser, en siglos posteriores, la figura central y prominente de esa profusa imaginería. Ese tipo viril, zurdamente esbozado en las primeras centurias, se define del todo en el Renacimiento, cuando el arte en la ple-

nitud de sus medios expresivos y el humanismo en la plenitud de sus sentimientos creadores, plasman de consuno el Arquetipo Humano, que es, en mi sentir, un nuevo símbolo. Del borroso retrato de la Verónica o del apócrifo retrato del Rey Abgar, pasamos a otro que se conserva en la iglesia romana de San Silvestre, documento sin comprobación de fecha ni de procedencia, que por haber pertenecido al culto público, me parece muy significativo, pues el tipo nazareno de melena y barba, defínese en él mejor que en ciertos esbozos de las Catacumbas. A partir de entonces, la creación estética y la creación mística, trabajan en dos direcciones espirituales diversas, inspiradas por la tradición del mesianismo hebreo.

MONSEÑOR

¿Cuáles son esas dos direcciones espirituales?

HUÉSPED

La una viene de Isaías, que en el capítulo LIII describe así al Redentor: «No tiene belleza ni magnificencia: lo he visto y no era grato el verlo.» En esta visión, creyeron Clemente Alejandrino y Justino mártir. De ella, como es lógico, debió resultar un Cristo feo.

MONSEÑOR

¿Y la otra?

HUÉSPED

La otra proviene del salmo XLV, donde David dice al Mesías: «Tú eres bello, el más bello de los hijos de los hombres.» En esta visión creyeron San Ambrosio y San Crisóstomo, así como otros Padres de Oriente y Occidente. De este salmo resulta la concepción de un Cristo hermoso.

MONSEÑOR

El Mesías feo del Profeta y el Mesías hermoso del Salmista, ¿creéis que implican una contradicción entre sí?

HUÉSPED

No sé si la impliquen, pero en ellas se fundó la iconografía cristiana en sus orígenes, que a falta de mejores documentos, empezó a modelar a Cristo bajo la acción de múltiples influencias, entre las que se ha de contar, junto con la filosofía y el arte griegos, el profetismo bíblico.

MONSEÑOR

La visión de Isaías evidentemente describe al hombre lamentable del Pretorio, de la Vía

Crucis, del Calvario, que sin duda no fué agradable de ver, como dice el Profeta; y la evocación del Salmista se dirige al Maestro de las horas serenas e inspiradas, que ciertamente se mostró a sus discípulos como el más hermoso de los hombres. Ya veis que todas las aparentes contradicciones de las Escrituras se resuelven en la misteriosa complejidad de Nuestro Señor.

HUÉSPED

No pretendo plantearos una cuestión escolástica, y admiro vuestra destreza para resolver las contradicciones. Sólo he querido recordar que a falta de documentos gráficos y de testimonios evangélicos, la Iglesia utilizó el Antiguo Testamento, y especialmente las profecías, para poner a Cristo de acuerdo con ellas. De ahí provienen las dos interpretaciones a que me refería.

MONSEÑOR

De entrambas, predominó la de un Cristo hermoso. Así lo presentan, por ejemplo, el Tiziano y Rafael en sus pinturas. Tal es, por otra parte, la efigie que mejor concuerda con la historia de Jesús y con el ideal cristiano.

HUÉSPED

Sin embargo, los Cristos feos persistieron

en Mantegna, Durero, Valdesteal y aun persisten en figuras modernas como el *Jesu-Cristo mostrando sus heridas,* de Gustavo von de Wœstyne.

MONSEÑOR

Exigen ese realismo ciertos episodios de la pasión.

HUÉSPED

Además de esto, los Cristos hermosos continuaron viviendo dentro de una gran variedad de modelos, ya rubios, ya morenos, ya semíticos, ya arianos, ya serenos, ya atormentados, según la libre fantasía de los artistas, que se llamaron Giorgione, el Greco, Murillo, Holbein, y tantos otros autores de creaciones muy distintas entre sí. Por eso digo que la cristiandad ha creado la figura de Cristo y que continúa creándola.

MONSEÑOR

La gran hora de la iconografía cristiana fué, sin duda, el Renacimiento.

HUÉSPED

Fué la hora de su plenitud, pero desde los siglos medios ya se la presentía, como el sol en el alba. San Francisco había anunciado el nuevo espíritu. El Cristo del Beato Angélico es el

precursor en la pintura del siglo XIII, por su belleza, por su emoción, por su tipo. Pero la imaginación literaria habían dado el modelo ideal antes de que la pintura lo realizara.

MONSEÑOR

¿A qué os referís?

HUÉSPED

A la famosa carta de Publio Léntulo, que data del siglo XII y que se conserva en la Biblioteca Vaticana. Es, desde luego, un documento apócrifo, pero es una página admirable. Vos, Monseñor, probablemente la conocéis

MONSEÑOR

La conozco, si os referís a la epístola que Léntulo, presunto antecesor de Pilatos en el gobierno de Judea, habría dirigido al Senado romano, bajo Tiberio, pintando al Mesías, que acababa de aparecer. Es, ciertamente, un retrato definitivo.

HUÉSPED

Yo lo sé de memoria.

MONSEÑOR

Me gustaría oírlo si lo recitarais.

HUÉSPED

Lo he traducido al castellano y dice así: «Un

hombre singularmente virtuoso ha surgido y vive entre nosotros. Los que lo acompañan llámanlo «El hijo de Dios». Este bombre cura los enfermos y resucita los muertos. Es de alta talla y atrae las miradas. Su rostro inspira a la vez amor y temor. Sus cabellos son largos y rubios, lisos hasta las orejas, y desde éstas rizados en bucles hasta los hombros; una raya los separa en medio y caen a ambos lados según la usanza de los nazarenos. Las mejillas son apenas rosadas, la nariz corta, la boca bien hecha. La barba poblada y separada en medio, es del color de las avellanas maduras, como el cabello. Su mirada revela sabiduría y candor. Los ojos azules se cubren de sombras súbitas. Este hombre, generalmente amable en la conversación, llega a ser temible cuando reprocha; pero, aun en tales casos, emana de él una serena conciencia de sí mismo. No se le ha visto reír, aunque frecuentemente se le ha visto llorar. El tono de su voz es grave, reservado, modesto. Es todo lo hermoso que un hombre puede llegar a serlo. Se le llama Jesús, hijo de María.»

MONSEÑOR

Es una página admirable y digna de una excelente memoria.

HUÉSPED

El escritor anónimo que la trazó, ha compuesto, sin duda, un retrato inolvidable.

MONSEÑOR

El retrato de Cristo que buscabais, ya le tenéis ahí.

HUÉSPED

De él proviene, acaso, la iconografía posterior, que tendió a la realización de ese prototipo imaginario, lográndola primero que todos el Beato Angélico.

MONSEÑOR

Entre los Cristos renacentistas, prefiero los españoles.

HUÉSPED

Yo no sabría preferir un Cristo determinado.

MONSEÑOR

En el Prado hay uno de Juan de Juanes, con la sagrada forma en la mano, y el famoso de Velázquez, pendiente en la cruz; un tercero, del Greco, intitulado *Salvator mundi*, que creo está en Toledo, es también admirable. A todos estos los encuentro muy humanos.

HUÉSPED

Pero España tiene más bien la primacía en la especie de las esculturas coloreadas, en la cual fueron maestros Alonso Cano y Martínez Montañés. Dentro de esa especie, recuerdo la imaginería sevillana, que tanto me impresionó en una Semana Santa, cuando allí estuve. Era el desfile ingenuo de mis procesiones infantiles, elevado a la categoría de un arte suntuoso, conmovedor y bárbaro. El Señor del Gran Poder, el Cristo de Pasión, el del Calvario, el del Descendimiento, y, sobre todo, el gongórico de la Expiración y el Cachorro de Triana, son obras maestras en su género; todos exaltan al «hombre de dolores» de la Escritura. Cuanto hay de patético y de retórico en el genio español, se funde con la sensualidad exquisita de las formas atormentadas. La Inquisición y la Tauromaquia juntas, color de sangre y belleza de pasión.

MONSEÑOR

Os complacen las contradicciones.

HUÉSPED

La figura de Cristo es una contradicción, envuelta en contornos irisados y movedizos. Cada raza, cada escuela, cada época, ha aportado algo a la revelación de su figura. La bio-

grafía del Salvador recorre todos los matices de la anécdota, desde el candor al horror, y su alma todos los movimientos de la emoción. Cuando Léntulo dice: «Su rostro inspira a la vez amor y temor», resume al Salmista y al Profeta, y dice la verdad.

MONSEÑOR

No es obra fácil para la razón abarcar la compleja personalidad de Jesucristo, persona celestial en la Trinidad, persona terrenal en la Historia. Tal misterio sólo puede ser entendido por la fe, y acaso no podría ser totalmente representado por las artes plásticas.

HUÉSPED

Esa doble naturaleza de Jesús ha sido expresada en el *Cenacolo* de Leonardo, por la admirable intuición estética. Es el momento en que el Maestro ha anunciado la traición de Judas sin nombrarlo; sus discípulos, desazonados, se dirigen a Él preguntándole quién será el traidor; y el Maestro, con toda la conciencia de la inevitable tragedia, crispa la mano derecha con íntimo horror, mientras la otra mano yace lacia sobre la mesa, con divina resignación. La una es la mano de Jesús, el hombre que ha de morir; la otra es la mano de Cristo, el Dios que resucitará.

MONSEÑOR

¿Vos habéis visto la *Cena* de Leonardo?

HUÉSPED

Sí, Monseñor: uno de los motivos de mi viaje a Milán fué el *Cenácolo vinciano*, que se conserva en Santa María delle Grazie, pintado al fresco, sobre un muro del antiguo refectorio.

MONSEÑOR

Os envidiaría esa dicha, si la envidia no fuese un pecado. Comienzo a envejecer, y no podré volver a Italia. Me dicen que el fresco ha comenzado a desconcharse, y que desaparecerá. ¡Cuán efímeras son las cosas de la tierra! Sólo las obras del Señor permanecen...

HUÉSPED

Si no es eterna la humanidad, también la Iglesia de Cristo desaparecerá con aquélla algún día.

MONSEÑOR

Acaso, mas para subsistir en el reino de los cielos.

HUÉSPED

San Pablo dice que el hombre tiene un cuerpo animal y un cuerpo espiritual. Esto coinci-

de con las enseñanzas del esoterismo, que les llama cuerpo astral y cuerpo físico, a ambos elementos constitutivos del hombre. El cuerpo animal o físico perece en la muerte, que no es sino el nacimiento del ser astral o espiritual, en una esfera para nosotros invisible.

MONSEÑOR

La mariposa que sale volando de su crisálida, podría darnos una idea de la muerte.

HUÉSPED

Esa verdad de los místicos, es lo que niegan los sabios materialistas, como el vulgo niega las verdades de los sabios. Para el vulgo, el sol nace y muere, como nace y muere el hombre, cuya figura terrenal, sin embargo, no es sino una imagen ilusoria, creada en el plano físico por el Espíritu, del propio modo que la luz, proyectándose en el plano de una pantalla, crea una sombra efímera. Esto es lo que el Asia budista expresó con la idea de la Maya, y lo que hizo a la Europa cristiana considerar la vida como un sueño. La misma muerte corporal es un ensueño...

MONSEÑOR

Parecidos son el humo de la tierra de que se hace el cuerpo del hombre, y el humo del aire, en que sus ilusiones se desvanecen. Pero hay

una diferencia entre la Maya budista, que conduce al aniquilamiento individual, y la Maya cristiana, que lleva a la vida eterna. El nacer es una encarnación, el morir una desencarnación, y los dos son mudanzas de vestiduras terrenales para el Ser Verdadero, que es invisible.

HUÉSPED

Todo esto, Monseñor, es lo que Jesucristo nos ha revelado en su dualidad, con el misterio de su origen y resurrección. Si Cristo es la clave del Hombre, el Hombre es la clave de Jesús. En el lenguaje corriente, el aire es la nada, pero el aire es el medio de la vida en la tierra. La atmósfera invisible permite al ojo ver, y un planeta etéreo envuelve al planeta sólido en que posamos la planta. Semejante a la tierra es el hombre, forma sólida y cambiante, a la cual acompaña, como una atmósfera imperceptible y vital, la realidad del hombre que no vemos.

MONSEÑOR

Acabáis de decir una verdad profunda y que no choca a los principios de nuestra fe.

HUÉSPED

Verdad que no contraría a la fe ni a la razón, y que acaso las concilia. Gracias a ella

creo haber comprendido la dualidad cifrada en el nombre de Jesucristo: el Hombre y el Dios. No pierdo jamás de vista que los Evangelios le llaman alternativamente «Hijo de Dios» e «Hijo del Hombre», expresiones de origen profético que en el Maestro adquieren nuevo significado, concordante con esa dualidad.

MONSEÑOR

Por eso el Maestro deslinda en su predicación lo que es de Dios, la conciencia, cuya moneda es la hostia, y lo que es del César, la vida material, cuya hostia es la moneda.

HUÉSPED

Guardo en mi colección un pequeño crucifijo de plata que tiene en los cuatro extremos de la Cruz sendas monedas peruanas, las cuales descubren el origen de esta extraña pieza, cuya factura es primitiva. Acaso el artífice entendió valorar su ofrenda con su bolsa, pero creó con ello un símbolo: el símbolo de que el sacrificio del hombre, o de su Cristo invisible, se realiza por los clavos de la crucifixión carnal y también por los dineros de la crucifixión social. Esto confirma lo que acabamos de decir: en la naturaleza o en la historia, Jesucristo es la clave del hombre.

MONSEÑOR

Me complace oiros. Y esa cruz de monedas tal vez se inspira en los dineros de Judas, en su crueldad venal.

HUÉSPED

La imagen de Cristo, cambiante, según vimos, se resuelve, pues, en la imagen del Hombre, y así su imagen espiritual, también múltiple, ondulante y dinámica, se resuelve en un Dios, pero en un Dios humano y vivo. Esto es lo que más lo diferencia de los dioses paganos, alegorías físicas inmutables, y acaso esto explica por qué la Iglesia dejó la efigie de Cristo librada a las varias interpretaciones del arte. A su iglesia pertenece, como parte integrante del culto, la profusa iconografía que acabamos de examinar. Todo es impreciso en ella: el origen, el modelo, la interpretación. Presiento, sin embargo, que hay en estas cambiantes imágenes un misterio sobre el que conviene meditar.

MONSEÑOR

Cuando se tiene una fe candorosa no es necesario meditar: basta la contemplación.

HUÉSPED

Yo he meditado en las imágenes de Cristo, porque esa es una forma de mis plegarias.

MONSEÑOR

Es una forma de adoración y de oración, pero acaso la habéis practicado sin fe.

HUÉSPED

Vos podéis auxiliarme.

MONSEÑOR

El auxilio es fácil, y consiste en este consejo: volved a Cristo.

HUÉSPED

Nunca me he alejado de Él.

MONSEÑOR

¿Sois católico?

HUÉSPED

Nacido en el seno de una familia católica, sin antepasados inmediatos que no fuesen cristianos viejos, cristianos al modo ortodoxo de la antigua América española, fuí bautizado por disposición de mis padres; practiqué los mandamientos de la Iglesia Romana durante mi niñez, y aun cuando más tarde la libertad filosófica me apartó del catolicismo, nunca dejé de sentirme profundamente cristiano, en el más lato sentido de esta palabra.

MONSEÑOR

Si no se es buen católico, no se puede ser buen cristiano.

HUÉSPED

Cuando, siendo yo niño, asistía a los oficios religiosos en mi pueblo natal, experimenté, sobre todo en las procesiones de Semana Santa, la sugestión patética de Jesús representado por imágenes cuyos gestos, dolorosos o dulces, dejaron en mi conciencia el sedimento emocional de que se nutrió durante años mi sensibilidad religiosa.

MONSEÑOR

Bien lo veo, y por eso mismo hiciste mal en alejaros de nuestra Iglesia.

HUÉSPED

El motivo psicológico de mis dudas consistió en un doble proceso de afirmación y de negación. Las imágenes habían sido para mi alma infantil el documento que aseguraba la existencia de Jesucristo como personaje histórico, pero al conocer después toda su iconografía, me desconcertó la falta de un prototipo originario y de un canon eclesiástico. Así llegué a dudar del modelo que presuponía.

MONSEÑOR

Nunca he oído una confesión semejante.

HUÉSPED

Lo creo, porque mi caso no es el del iconoclasta ni el del idólatra. No es siquiera el del austero protestante que huye de las imágenes. Artista, las he rendido culto; místico, las he buscado por la idea divina que representan; y persiguiendo a través de las numerosas imágenes de Jesús al Cristo Único de mis sueños, llegué, como los peregrinos, a Roma, para averiguar el secreto que mi alma necesitaba.

MONSEÑOR

¿Y qué lograste averiguar?

HUÉSPED

Lo que ya os he dicho: que la Iglesia no posee documentos gráficos auténticos sobre la persona física de Jesús, como los posee sobre su persona espiritual en el texto de los Evangelios; que la borrosa figura de Cristo aparece, durante los primeros siglos de la era, confundida con signos enigmáticos y mitos paganos; que la Iglesia dejó a los artistas representar a su fundador como a cada uno se le ocurriere, según los cambiantes modelos locales o el propio ideal de los intérpretes; y que la efigie de

Jesús ha variado en veinte siglos, remodelada a través de razas, comarcas, épocas, culturas, escuelas y temperamentos individuales.

MONSEÑOR

Es decir: que la disciplina propia de la Iglesia desaparece cuando se trata de la imagen terrenal de Nuestro Señor, ¿no es eso?

HUÉSPED

Exactamente; y aún podría agregar que en nuestro tiempo, se caracterizan nuevas diversidades iconográficas de Cristo, dentro y fuera del culto.

MONSEÑOR

Veamos.

HUÉSPED

Dentro de la Iglesia tenemos hoy las nuevas formas creadas por las advocaciones de origen evangélico: el Señor de la Paciencia, el Señor de la Salud, el Señor del Milagro, el Señor de la Expiación, el Señor del Gran Poder, nuevos «nombres de Cristo», como diría fray Luis, a los cuales corresponden ciertos iconos de expresión psicológica profunda. Todo ello sin contar algunos objetos alusivos a Cristo, verdaderos jeroglíficos de la Pasión, como la corona de espinas y los clavos de la crucificación;

o tales miembros anatómicos, impresionantes en su crudeza material, como el Corazón de Jesús, que va reemplazando a la imagen total de Jesucristo, y que hoy es objeto de una creciente devoción.

MONSEÑOR

Todo ello encierra un significado místico y moral edificante para la piedad cristiana.

HUÉSPED

Fuera de la Iglesia encontramos asimismo una nueva diversidad de imágenes, cuya fisonomía proviene del individualismo religioso, engendrado por el protestantismo, el racionalismo, el romanticismo, el liberalismo, el neomisticismo filosófico. Me refiero, por ejemplo, al *Cristo mostrando sus heridas*, de von de Wœstyne, cuya fealdad patética desazona; al *Cristo errante por el mundo*, de Edouard von Gebhardt, especie de pordiosero, vagabundo envejecido por la miseria hasta no parecerse al Cristo tradicional, ni en su edad, ni en su tipo; al *Reconocimiento del mundo*, de Burton, en cuya tela Cristo, a través de una reja, contempla con ojos alucinados unos pámpanos báquicos. En todos ellos hay algo de patológico por su expresión atormentada. Bien recordáis, Monseñor, que según los Evangelios, muchos tuvieron a Jesús por endemoniado y por loco.

MONSEÑOR

El testimonio evangélico en ese punto no demuestra sino la incomprensión de ciertas gentes ante aquella aparición prodigiosa.

HUÉSPED

En esta serie de los Cristos contemporáneos podría recordar también, entre las pinturas, el cuadro del belga Wiertz, *Los partidos juzgados por el Cristo,* de intención anticlerical; el *Jesús llora sobre la ciudad,* del francés Flandrin, en cuyo fondo aparece una ciudad moderna; y dos esculturas, el *Venid a mí,* del danés Thorvaldsen, obra de formas clásicas, y el *Cristo* del italiano Bistolfi, que camina sobre la tierra, con un romántico gesto de asco y de voluntad. La humanización del Dios es completa en estas obras, sobre todo en la de Bistolfi, de la cual conservo una copia fotográfica con dedicatoria autógrafa del autor; y esta serie, que podría llamarse de los Cristos laicos, incluye los bronces de dos artistas argentinos: el Cristo de Alonso, que corona los Andes como un símbolo de la paz, y el Cristo de Zonza Briano, que decora la Recoleta como un símbolo del consuelo. Y aún podríamos imaginar otro, que se alzaría en el puerto, mirando al río, con los brazos abiertos: el Cristo de la Fraternidad.

MONSEÑOR

Me dejáis pensativo.

HUÉSPED

El espíritu revolucionario, democrático, individualista, propio de nuestra época, se descubre en estas nuevas manifestaciones de la iconografía cristiana, y ellas demuestran que Cristo vive, aun fuera de la Iglesia, en la conciencia del mundo.

MONSEÑOR

Menos grave es la herejía que el ateísmo.

HUÉSPED

El alma moderna es tan compleja en su libertad como lo fué el alma de Cristo, y ella nos ha dado, junto a las creaciones revolucionarias del Cristo social, creaciones idealistas como *La luz del mundo*, de Holmant Hunt, cuadro que está en Londres, y *Jesús liberta a Psiquis*, de Max Klinger, cuadro que está en Viena, ambos de una belleza decorativa y de una intención simbólica admirables. Citaré, finalmente, el *Jesús en Gethsemaní*, de Bloch, un ángel blanco que consuela a Jesús desfallecido, y el *Ecce Homo*, de Scheffer, un hombre blanco, sublime en su serena desnudez. Las mutaciones de forma o de significado corresponden,

como veis, a las ideas que sobre Jesús han creado los exégetas modernos.

MONSEÑOR

La libertad de nuestro tiempo no ha tenido límites.

HUÉSPED

Libertad fecunda, y acaso no mayor que la antigua, si meditáis en la Trinidad hispanoamericana que hoy os mostré, imagen que perteneció a una capilla colonial. Como ya lo dijimos, se ha realizado en ella una mutación muy libre: el Jehová de los Tiempos es un Cristo; la Paloma del Espíritu es un Cristo; el Cristo que los refunde en una sola figura es un criollo de tipo español, y la Virgen a quien coronan las Tres Personas Divinas con gesto simultáneo y simétrico, es una linda cholita peruana, de faz trigueña, de pómulos salientes, de negro cabello lacio. No son así los Cristos de Rubens, ni son así las Madonas de Rafael.

MONSEÑOR

Habláis con irreverencia.

HUÉSPED

No, Monseñor: mujeres poco santas, como la hermana del Aretino, que fué una cortesana de Arezzo, posaron para algunas Madonas del

Renacimiento italiano. En cuanto a los Cristos, las efigies son innumerables en su diversidad, como acabamos de verlo, y es mejor no saber quiénes fueron a veces los modelos.

MONSEÑOR

Nunca se me ocurrió pensar en tales cosas, que parecerían superficiales, pero que son profundas. Siempre hemos considerado la pomposa liturgia de nuestra Iglesia como una de sus mayores fuerzas espirituales. Vos acabáis de revelarme cómo puede nacer del catolicismo una nueva herejía.

HUÉSPED

No, Monseñor. La idolatría católica me alejó de su culto, pero sus imágenes me han reconciliado con la verdad evangélica. La Iglesia es el milagro histórico de Jesucristo. El cristianismo no se explica históricamente sin el Cristo iniciador, y aunque su silueta corporal se esfuma en la lejanía de los orígenes, ésta se esfuma a través de veinte siglos como una creación del arte cristiano, revelador de un gran misterio. El Templo, con su plan y su simbolismo, es una alegoría del Universo. La plástica ha representado la carne divinizada por el amor, la lírica ha dado el canto del alma en su nostalgia de los cielos.

MONSEÑOR

Habláis más como un artista que como un creyente.

HUÉSPED

Todo artista verdadero es un verdadero creyente. Jesús de Nazareth, como encarnación de un Maestro invisible, fué un hijo de Dios, y como realización de un Cristo encarnado, fué un hijo del Hombre. La multiforme iconografía de Jesús se explica porque Jesucristo no es un hombre, sino «el hombre» o, para entenderlo mejor, todos los hombres. La iconografía lo presenta niño y adulto, bajo y alto, feo y hermoso, moreno y rubio, manso y rebelde, como un judío y como un gentil. Cada uno de nosotros puede ser su imagen. Cristo es el ser humano en todas sus formas. Así nos lo da la Iglesia, y de este hecho surge una nueva interpretación del cristianismo.

MONSEÑOR

¡Audaz y peligrosa empresa! No caben nuevas interpretaciones donde ya se realizó la revelación divina.

HUÉSPED

Esa revelación divina es la que interpreto. El cuerpo del Hombre con los brazos abiertos

para el amor y para el sacrificio, se geometriza en la Cruz, símbolo religioso del hombre visible, y de la carne que crucifica al espíritu invisible.

MONSEÑOR

¡Extrañas elucubraciones!

HUÉSPED

El advenimiento de Cristo en Jesús, fué un acontecimiento histórico que se consumó para nuestra iniciación espiritual, pero el Cristo invisible que el vulgo adora en efigie, yace inhumano en el corazón de cada hombre, esperando su resurrección.

MONSEÑOR

¡Extrañas elucubraciones!

HUÉSPED

Cuando Pilatos en el Pretorio dijo, ante la muchedumbre sarcástica: *Ecce Homo,* no imaginó todo lo que expresaba en esa frase. Jesucristo afrontaba su sentencia, dispuesto al último sacrificio, sublime en su espiritualidad, cuando su carne se presentaba más atormentada y humillada. *He aquí el Hombre,* dijo Pilatos, ante los hombres, señalando a Jesús, y esa frase ilumina todo el misterio cristiano.

MONSEÑOR

¡Extrañas elucubraciones!

HUÉSPED

Si así se lo entiende al Jesús visible de las imágenes, el Cristo invisible de las almas crea en nosotros su Belén para el nacimiento, su Calvario para la resurrección. Ello explica también por qué la Cruz substituye, universalmente, a la imagen humana de Jesucristo, y por qué el Maestro dijo: «El que crea en mí, cargue su cruz y sígame», o sea, cargue con su cuerpo de dolores, para superarse en la obra espiritual, la *via crucis* de su martirio y de su ejemplo. La Cruz de Cristo, diversa de la Swástica y de la Tau, que otras religiones adoran, es la figura de sombra que proyecta en la Tierra, bajo la luz del Cielo, el cuerpo del Hombre con los brazos abiertos para el sacrificio del Amor.

II

LA PALABRA DE CRISTO

El Maestro dice:
—Yo soy la verdad...

LA PALABRA DE CRISTO

HUÉSPED

Hemos hablado anoche sobre la imagen corporal de Jesús; hoy desearía que habláramos sobre su imagen espiritual.

MONSEÑOR

¿A qué llamáis su imagen espiritual?

HUÉSPED

A la personalidad de Jesús, tal como ella resulta de su doctrina. Veo aquí los *Evangelios* y muchas obras de sana erudición, que podrán servirnos de auxilio. He estado mirando los tejuelos de vuestra biblioteca, mientras vos llegabais, y he reconocido algunas obras que yo tengo en la mía.

MONSEÑOR

Anoche habéis divagado a vuestras anchas cuando hablabais de la iconografía; pero esta

noche, si queréis discurrir sobre las Escrituras, toparéis con muchas vallas en el campo. La Iglesia tiene bien definida su autoridad en estas materias, y no correréis a vuestro albedrío. Podéis empezar.

HUÉSPED

Empezaré por declararos paladinamente que acato la autoridad de la Iglesia en todo cuanto se refiere a los textos canónicos.

MONSEÑOR

Empezáis por el buen camino.

HUÉSPED

Sólo os pido ahora que me permitáis exponer el fruto de mis propias meditaciones, recogido en la devota lectura de los libros santos.

MONSEÑOR

Aunque la Iglesia consiente esa lectura, nada es en ello tan peligroso como la libre interpretación de los profanos.

HUÉSPED

Si la Iglesia consiente la lectura de textos autorizados por ella, ¿cómo impedir que el lector, según su propio entendimiento, discierna lo que lee?

MONSEÑOR

Así es, en lo humano; pero hay en ello grave riesgo para el alma. La aplicación del libre examen a los misterios de la religión es sumamente peligrosa. Cuando se trata de los textos sagrados, el peligro es mayor.

HUÉSPED

No pretendo apartarme de los dogmas.

MONSEÑOR

Los Evangelios plantean problemas de filología y de historia que se ligan estrechamente con la verdad revelada. Sólo quien se atiene a esta última y quien lee las escrituras con devoción, puede acercarse al pensamiento divino que las inspira. La Iglesia es la única depositaria del Evangelio, y ella, desde hace siglos, posee sus claves.

HUÉSPED

La libertad de la crítica contemporánea envuelve en sus controversias a un espíritu como el mío, curioso de suyo; pero creo haber llegado a un punto de serenidad en que el Evangelio, si este nombre quiere decir «el buen mensaje», puede serlo para mí, por el espíritu con que interpreto la palabra del Maestro.

MONSEÑOR

Considero, sin embargo, muy temeraria toda actitud independiente en estas materias.

HUÉSPED

Haced de cuenta que he venido a confesarme con vos y que os confieso lealmente mis glosas ingenuas como si fuesen pecados.

MONSEÑOR

Oigamos esa confesión.

HUÉSPED

He aprendido que en los primeros siglos de la Era, circulaban con el nombre de *Memorias de los Apóstoles*, numerosas versiones de la vida y la palabra de Cristo, pero que la Iglesia consagró a cuatro de ellas como dignas de fe, rechazando a las otras.

MONSEÑOR

Así es, en efecto; consagró cuatro testimonios: el de San Mateo, el de San Marcos, el de San Lucas y el de San Juan, porque los considera escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, fuente de la Verdad.

HUÉSPED

Ninguno de los cuatro evangelistas da testi-

monio, sin embargo, de algunos hechos que la Iglesia acepta o aceptó en otro tiempo, y que provienen de las desechadas fuentes apócrifas.

MONSEÑOR

Ignoro a qué hechos podéis referiros.

HUÉSPED

El episodio de la Verónica, por ejemplo, y el de la bajada del Redentor a los infiernos, después de la resurrección, para libertar a Adán y a los profetas. De la Verónica hemos hablado anoche, y no necesito insistir en ese tema. La bajada de Cristo a los infiernos, que recuerda a la de Orfeo, fué popular en la Edad Media, así como otras leyendas análogas que entraron en el común acervo de las creencias cristianas y que influyeron en la imaginería de las catedrales.

MONSEÑOR

Bien os decía hace un instante que para leer los Evangelios se necesita una preparación especial; preparación del alma por la fe, y de la inteligencia por el estudio de la teología, de la patrística, de toda la historia eclesiástica. Las cuestiones que planteáis son intrincadas y de muy prolija solución. Por otra parte, hay un punto en que el sentimiento religioso puede

transformarse en poesía, y esto se acepta cuando no va contra los dogmas.

HUÉSPED

Comprendo: un tema religioso puede llegar a ser un tema literario. De la doctrina teológica sacó Dante su poema. Los músicos y pintores del cristianismo hicieron otro tanto.

MONSEÑOR

El arte, sin embargo, difiere de la religión.

HUÉSPED

No los confundo, y discierno muy bien cuanto se refiere a las artes en su intimidad con la religión; pero si la Iglesia dejó a las artes en libertad, aceptando en su liturgia hasta el concurso del paganismo y de la demótica, ¿por qué adoptó criterio más restringido tratándose de las escrituras?

MONSEÑOR

Porque las escrituras son «documentos» históricos en el sentido literal de este nombre, y porque la misión de Jesús no fué de carácter estético, sino de carácter moral. Para la figura física bastaba el símbolo del hombre; para la creación moral se necesitaba el testimonio de los Evangelios auténticos.

HUÉSPED

Ya os he confesado que acepto los cuatro Evangelios tal como la Iglesia me los presenta; pero, al leerlos, he debido fatalmente pensar en que aquélla amparó tradiciones apócrifas como las que he citado.

MONSEÑOR

La Iglesia ha dictaminado para los que creen en ella, y los que de ella se apartan sólo merecen una justa conmiseración.

HUÉSPED

La conmiseración puede ser una forma de la soberbia.

MONSEÑOR

No cabe tal sentimiento en nuestra Iglesia.

HUÉSPED

Pero puede caber en los hombres que la representan.

MONSEÑOR

No, tampoco, si se es un verdadero cristiano.

HUÉSPED

Es tan difícil serlo, Monseñor...

MONSEÑOR

No es difícil cuando se acata con humildad a la que es nuestra Madre espiritual, la Esposa de Cristo, la Hija del Señor. Si no se cree en ella, la verdad cristiana se rompe en la vana disputa de los cismas. Si se cree en ella, los Evangelios se iluminan bajo la luz excelsa de su origen, en la perfección de su significado.

HUÉSPED

Eso es lo que yo busco: la perfección de su significado, y os pido que me ayudéis a comprenderlo.

MONSEÑOR

Solamente la fe puede esclarecer las Escrituras; pero la fe, que es aunadora, viene del Espíritu Santo, no de la inteligencia humana, que anarquiza y separa.

HUÉSPED

La teología nació de la inteligencia. Francisco de Asís es el sentimiento puro; pero Tomás de Aquino es el razonamiento genial. La Iglesia tiene una filosofía.

MONSEÑOR

La filosofía de la Iglesia no es la de los incrédulos.

HUÉSPED

No lo es, pero ella se funda en la necesidad de satisfacer, dentro del dogma, las exigencias de la razón humana. Yo no hago otra cosa que confesaros las miserias de mi entendimiento, como otro pecador confiesa las miserias de su sensualidad. Acudo a vos en nombre de Aquel que dijo: «Pedid y se os dará.» El Evangelio de Marcos nos ha transmitido esa consigna. Vos no podéis violarla.

MONSEÑOR

Mi auxilio os doy, aunque mi ciencia es muy escasa.

HUÉSPED

No es una ciencia extraordinaria lo que se necesita en casos como el mío, sino un poco de paciencia en el escuchar y un poco de tolerancia en el responder.

MONSEÑOR

Vos me habéis dicho que aceptáis la autoridad de los Evangelios canónicos, mas noto que argumentáis con los apócrifos...

HUÉSPED

Los apócrifos definen por exclusión a los otros; pero no hablaré más de los apócrifos, puesto que ello os enfada.

MONSEÑOR

No es que me enfada... Proseguid...

HUÉSPED

Proseguiré para confesaros que, siendo cuatro los canónicos, me desazona oír decir: «los Evangelios», en plural, como si se tratara simplemente de cuatro testimonios humanos, y no «el Evangelio», en singular, como corresponde al origen de la Verdad revelada. Así fué rotundo el origen y único texto el del Decálogo promulgado por Moisés, mientras los cuatro Evangelios difieren entre sí, como difieren los retratos de Cristo, de que anoche hablábamos.

MONSEÑOR

Los cuatro Evangelios se complementan.

HUÉSPED

Como se complementan las imágenes de la iconografía.

MONSEÑOR

Éstas son innumerables; los Evangelios son cuatro solamente.

HUÉSPED

Cuatro bastan para que el propio sentimiento deba discurrir entre ellos, a fin de restablecer

la unidad. El libro *Les Évangiles*, de Lamennais, los comenta como un solo texto de doctrina moral, pero se ve que son testimonios diferentes; y el libro intitulado *Méditations sur l'Évangile*, de Bossuet, no se parece al de Lamennais, ni en su plan ni en su inspiración. Entre el Maestro y un discípulo de hoy, se interponen cuatro biógrafos. La luz prismatizada se fragmenta en colores. Sólo la actividad del propio entendimiento puede refundir esos colores en la luz excelsa de su origen, como vos decís tan acertadamente.

MONSEÑOR

Exponed, ante todo, en qué difieren los Evangelios, según vuestra opinión.

HUÉSPED

Leyéndolos, he notado entre ellos diferencias de asunto, pues algunos consignan anécdotas que otros omiten; diferencias de redacción, pues las palabras atribuídas al Maestro no coinciden literalmente, ni aun cuando se trate nada menos que del Sermón de la Montaña, o de las mejores sentencias y parábolas; diferencias de inspiración, pues cada uno de los Evangelios corresponde a un autor distinto en cuanto a su estilo y sus propósitos.

MONSEÑOR

Habláis como un crítico literario.

HUÉSPED

No, Monseñor; tan sólo apunto cosas fácilmente perceptibles para un entendimiento vulgar.

MONSEÑOR

Veamos los fundamentos.

HUÉSPED

Basta citar el primer capítulo de cada Evangelio.

MONSEÑOR

Una advertencia: la división en capítulos, así como la numeración de cada versículo, es un artificio de copias relativamente modernas, introducido para comodidad en las citaciones. Los primitivos códices no las contienen.

HUÉSPED

Lo sabía; pero respetuosamente anoto, Monseñor, que si antes yo hablaba como un literato, vos habláis ahora como un paleógrafo.

MONSEÑOR

Es una aclaración sin importancia.

HUÉSPED

He dicho «el capítulo primero», justamente para precisar la cita. Digamos, si así os place, el comienzo de cada Evangelio. A eso deseo referirme: a la manera de empezar cada narración, porque eso me basta.

MONSEÑOR

Comprendo.

HUÉSPED

San Mateo principia dando la genealogía de Jesús, hijo de David, hijo de Abraham, hasta la Inmaculada Concepción de María. San Marcos dice al empezar: «Conforme a lo que se halla escrito en el profeta Isaías», «he aquí que despacho yo un ángel ante tu presencia», y luego pasa a hablar del Bautista como precursor del «Mesías»... San Lucas principia como un simple cronista, aludiendo a las fuentes humanas de su relato y a la época precisa de los sucesos narrados: «Siendo Herodes rey de Judea»; o bien: «Siendo Poncio Pilatos gobernador de Judea, a los 27 años de Tiberio César». San Juan, por su parte, comienza en plena metafísica: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo es Dios», y así prosigue hasta enunciar su tesis en el versículo catorce: «Y el Verbo se hizo carne». Bastan es-

tas breves líneas para advertir que los cuatro Evangelios difieren en su comienzo, como difieren en su plan, en su estilo y en los propósitos de su versión.

MONSEÑOR

¿Son ocurrencia vuestra esos ejemplos?

HUÉSPED

Creo que lo son.

MONSEÑOR

Os pregunto, porque conozco bien la madriguera de tales alimañas; todo eso viene de Renan, el impío.

HUÉSPED

Entiendo que Renan no dice lo mismo, aunque dice cosas peores.

MONSEÑOR

Es de Renan este juicio: «Si Jesús hablaba como dice Mateo, no pudo hablar como pretende Juan». He aquí el venenoso germen de vuestros ejemplos.

HUÉSPED

Pudiera ser; pero el autor de la *Vida de Jesús*, sostiene que el Evangelio de Lucas es una composición fundada en documentos anterio-

res, obra de un hombre que elige, entresaca y combina; los Evangelios de Mateo y Marcos no tienen el mismo sello personal, aunque su aire de veracidad impresiona—dice—y probablemente fueron compuestos en lengua aramea por compañeros de Jesús; el Evangelio de Juan—agrega—, si bien ostenta el sello de un noble espíritu, presenta las cosas reales como desvanecidas o recordadas a gran distancia en espacio y en tiempo, con relación a los sucesos narrados, a la vez que los discursos de Jesús padecen entre la gnosis obscura, la perfidia metafísica y las arideces del dogma abstracto.

MONSEÑOR

¡La gnosis obscura! ¡La perfidia metafísica! ¡Las arideces del dogma abstracto! Bien reconozco en tales frases la insidiosa maestría literaria de aquel apóstata. Decía amar a Jesús, pero lo amó con el perverso amor sensual de una cortesana, manchándolo con sus voluptuosas caricias de gran escritor.

HUÉSPED

No os irritéis contra el libro de Renan, pues ahora hablábamos de otro libro mejor. El crítico francés (a quien no deseaba citar y a quien vos habéis citado primero), encamina su razonamiento a probar la cronología y procedencia de los Evangelios, pues sostiene la tesis

de que han pasado por tres etapas: el estado documental según el modo de Marcos y Mateo, cuyas redacciones primitivas hoy no existen; después, centones fragmentarios de aquellos documentos perdidos, hoy mezclados al texto actual de los antedichos Evangelios, y, finalmente, el estado de redacción intencional, discurrida con el propósito de conciliar las diferentes versiones, como cree que ocurre en el Evangelio de Lucas. En cuanto al de Juan, lo considera una forma posterior, distinta por su género y por su espíritu, a los tres sinópticos.

MONSEÑOR

¿Y bien?...

HUÉSPED

Que todo esto se refiere al origen paleográfico de los evangelios, y en tales inferencias funda Renan su dictamen de fondo, cuando afirma que estas biografías de los Evangelios no son como los de Suetonio, por ejemplo, sino como los de esos escritos hagiográficos en los cuales se mezclan la verdad histórica, la leyenda popular y la intención moralizante, como en ciertas vidas de santos escritas en la Edad Media.

MONSEÑOR

¡No es posible comparar ambos géneros!

HUÉSPED

No lo es, sin duda, ni yo lo pretendo: mi punto de vista es otro muy distinto.

MONSEÑOR

¿Cuál? Explicadlo.

HUÉSPED

Muy sencillamente: es el mismo de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

MONSEÑOR

Comprendo ahora menos.

HUÉSPED

Doy por resueltas en la forma que la Iglesia lo quiere, todas las cuestiones promovidas acerca del origen y carácter de estas someras biografías de Cristo: la fecha y el idioma en que fueron escritas; la paleografía de los códices y la filología de los textos contenidos en ellos; sus traducciones, mutilaciones y variantes; la tradición oral de los primeros apóstoles y la redacción auténtica, aun cuando los Evangelistas no publicaron su relato como un autor moderno que compone, corrige e imprime su libro. Acerca de todo esto, me atengo a las enseñanzas de la Iglesia, y, si me permitís, recordaré algunos pasajes leídos en el *Jésus*

Christ del Padre Didon, obra dada a luz mucho después de la de Renan, con el propósito evidente de combatir en nuestro siglo la influencia de la crítica profana.

MONSEÑOR

Conozco el libro del Padre Didon, y me parece admirable.

HUÉSPED

Yo también lo admiro, y me complazco en citarlo ante vos, porque se editó con el *nihil obstat* de Roma, y ha merecido del cardenal Rampolla una elogiosa carta, en la cual augura fruto abundante para los fieles que lo lean.

MONSEÑOR

El Padre Didon, lector en Sagrada Teología, pertenece a la Orden de Predicadores, paladín del dogma. El Santo Padre envió al autor su Bendición Apostólica, porque la obra se halla conforme con las enseñanzas teológicas, y el autor, según el *imprimatur*, vence a las teorías de la impiedad en su propio terreno, cuando invoca los argumentos positivos de la historia.

HUÉSPED

A eso iba. En la introducción de su *Jésus Christ*, el Padre Didon estudia el problema de los Evangelios como documentos, y reconoce

que hubo primero un evangelio oral, consistente en la predicación de los Apóstoles, discípulos inmediatos de Jesús, y en la narración de la vida y la palabra del Maestro, para edificación de los neófitos adheridos a la Iglesia naciente. Sólo después, hacia el año 40 de nuestra Era, habría aparecido la primera memoria escrita.

MONSEÑOR

¿Os referís a la de San Mateo?

HUÉSPED

Sí, a San Mateo el publicano, que escribió su obra en letras hebraicas para los judíos de Palestina, utilizando la lengua que éstos hablaban entonces, el dialecto arameo, mezcla de caldeo y siriaco, o sea la misma lengua de Jesús. Posteriormente, un discípulo de San Pedro, llamado Marcos, habría compuesto en griego el Evangelio que lleva su nombre, con la aprobación del propio San Pedro, abreviando el de Mateo, eliminando algunos elementos mesiánicos de aquel relato destinado a los judíos, y acentuando la narración popular de la vida pública de Jesús en Galilea, pues se dirige a la predicación fuera de Palestina, en Roma y otras provincias del imperio. Más tarde apareció el Evangelio de Lucas, probablemente un discípulo de San Pablo, un judío

converso que acaso conoció a la madre de Jesús, que utilizó una fuente hebrea, que introdujo algún orden cronológico en la biografía del Maestro, y que recogió las últimas tradiciones, llenando lagunas de las dos memorias anteriores, hasta el extremo de que él introduce, como aporte nuevo, cinco milagros, doce parábolas y algunas intimidades relativas a los últimos días del Maestro, especialmente sobre la entrada en Jerusalén y la resurrección, acerca de las cuales nada dicen los otros evangelios. ¿No es así?...

MONSEÑOR

No podría negaros que habéis resumido con claridad esta intrincada cuestión. La verdad de tales hechos se apoya en Papías, en Eusebio, en Ireneo, en Jerónimo, en Clemente de Alejandría y en otros padres de la Iglesia. Pero todo cuanto acabáis de referir no prueba sino que hubo un evangelio oral entre los discípulos inmediatos de Jesús, y que su testimonio, bajo la inspiración del Espíritu Santo, pasó luego a las memorias escritas de los apóstoles.

HUÉSPED

No hay prueba, sin embargo, de que estos documentos hayan sido copiados el uno del otro, sucesivamente, o que todos provengan de

una matriz común. De los tres Evangelios sinópticos, así llamados porque en general coinciden en la narración de los hechos, sólo el de Mateo puede considerarse como la versión de un testigo. Ni Marcos ni Lucas fueron discípulos inmediatos de Jesús, y además sus memorias nos han llegado en griego, con todo el riesgo que para la palabra del Maestro significan la tradición mediata y la traducción de sus ideas a diversas lenguas.

MONSEÑOR

San Juan, el cuarto Evangelista, fué el discípulo predilecto de Jesús, y nada decís de él.

HUÉSPED

San Juan, el discípulo bien amado, escribió siendo ya muy anciano, desde Patmos o Efeso, a requisición de las Iglesias del Asia, más que para contar la vida de Jesús, para afirmar la divinidad de Cristo, con el objeto de combatir las herejías filosóficas de los griegos sobre la naturaleza del Dios-hombre; pero su Evangelio también nos ha llegado en griego.

MONSEÑOR

Es cosa ya aprobada, sin embargo, por el fragmento del canon de Moratori, que bajo el pontificado de Pío I, en 142, existían, según Didon, estos cuatro Evangelios; que la Iglesia

no reconocía otros, leyéndolos en el orden actual, como inspirados por Dios mismo; y que datan de la misma época o de la anterior, diversos códices que permiten remontarnos de una versión latina a otra griega con notas marginales en siriaco, hasta llegar al Códice Sinaítico, descubierto por Tichendorf, y al manuscrito autógrafo que, según Tertuliano, se conservaba en las Iglesias apostólicas.

HUÉSPED

Ese manuscrito original hoy no existe, como vos lo sabéis. En todo caso, aquél contendría las cuatro memorias, cuya cronología no discuto y cuyo texto no rechazo. Todo mi razonamiento se reduce a sostener que el texto canónico actual autorizado por la Iglesia, nos ofrece cuatro interpretaciones de Cristo que difieren entre sí.

MONSEÑOR

Difieren, pero no se contradicen.

HUÉSPED

Antes de la difusión de la imprenta en Europa, la migración de un texto, como ocurrió con las crónicas medievales, solía originar variantes con relación a la matriz perdida; pero insisto en advertiros que yo no hago hincapié en las variantes ni en el texto presunto de la ma-

triz extraviada, sino en las diferencias actuales de las cuatro biografías canónicas.

MONSEÑOR

¿Qué diferencias son esas?

HUÉSPED

En los cuatro Evangelios se notan divergencias de fondo y de espíritu que descubren una diversa procedencia inmediata, aunque la fuente mediata haya sido la inspiración divina o el suceso real a que ellos se refieren.

MONSEÑOR

Aun aceptando que esos cuatro documentos sean obras de autores muy distintos por su cultura, escritos en diversas épocas y lenguas, desvirtuados a través de copias, enmiendas e interpolaciones, no se puede negar que de todos ellos brota una misma impresión de realidad humana y de misterio divino. Son cuatro testimonios distintos de un solo suceso histórico, y de los cuatro resulta la personalidad completa de un solo protagonista.

HUÉSPED

Eso es verdad, pero también es verdad que los cuatro difieren fundamentalmente.

MONSEÑOR

No tanto, amigo mío.

HUÉSPED

Difieren, Monseñor, y ello se explica por la misma diversidad de origen y de lengua y de intención, que la crítica eclesiástica reconoce hoy en tales documentos. Requiere un verdadero trabajo de creación personal la definición del protagonista único, a través de los cuatro testimonios. Por de pronto, es heterodoxa la manera cómo los lectores modernos entienden esas narraciones.

MONSEÑOR

Explicaos.

HUÉSPED

Recuerdo haber leído en un libro inglés, que el de Mateo es un alegato escrito para probar, a los judíos reacios, que Cristo es el Mesías anunciado por sus profetas; el de Marcos, dirigido a los gentiles de todo el Imperio romano, demuestra con una serie sistemática de hechos, que Jesús vivió para realizar el bien, pues hasta sus milagros fueron actos de caridad; el de Lucas presenta, no tanto al enviado de Dios, cuanto a Dios mismo, Salvador del mundo; el de Juan replica a los herejes de la filosofía

griega, y evoca al Maestro, amigo de sus discípulos, Verbo encarnado, cuyo pathos místico infunde, por medio del discurso, un maravilloso poder en el corazón de los hombres.

MONSEÑOR

¿Quién dice eso?

HUÉSPED

La *Biblical Cyclopædia*, una obra de mucha erudición y serenidad.

MONSEÑOR

Acaso sea una obra protestante.

HUÉSPED

Acaso lo sea; pero la cito para corroborar que la diferencia de los cuatro Evangelios ha sido señalada por numerosos comentadores.

MONSEÑOR

Tal cosa nada prueba.

HUÉSPED

Eduardo Shuré, en su libro *Los grandes iniciados*, dedica un capítulo a Jesús, fundado en los Evangelios, que deben compararse y rectificarse—dice—, porque aunque son igualmente auténticos, lo son a título diverso. Y luego define así las diferencias: Mateo y Marcos nos

dan la letra y el hecho, los actos y las palabras públicas de Jesús; el dulce Lucas deja entrever el sentido de los misterios bajo el velo poético de la leyenda: es el Evangelio del Alma, de la Mujer y del Amor; San Juan revela esos misterios, el sentido de la doctrina, su reserva esotérica, por lo cual Clemente de Alejandría (uno de los raros obispos cristianos que tuvieron la clave del esoterismo universal), lo ha llamado con razón el Evangelio del Espíritu.

MONSEÑOR

No sé quién sea el escritor a quien citáis.

HUÉSPED

Es un teósofo muy divulgado.

MONSEÑOR

Mal abogado traéis, porque el Santo Padre ha condenado a la teosofía.

HUÉSPED

En el libro de Shuré, palpita, sin embargo, una profunda emoción cristiana, y os será grato saber que desdeña la teoría mítica de Strauss y la teoría psicológica de Renan. A la *Vida de Jesús*, del primero, la llama «sistema planetario sin sol»; y a la *Vida de Jesús*, del segundo, la llama «sistema planetario con un sol páli-

do, sin fuerza creadora»; juicios a los cuales yo me adhiero. En cambio, el capítulo de Shuré sobre Jesús se inspira en los arcanos orientales, como el Evangelio juanino, que da la clave de los hechos y de las palabras recogidas por los sinópticos.

MONSEÑOR

Puede ser que tengáis razón, pero esos falsos místicos me parecen sospechosos, aunque ellos causen menos ruina espiritual que esa ralea de apóstatas como Renan o esa casta de herejes como Strauss, cuyos libros han envenenado, con su erudición satánica y su aviesa dialéctica, las fuentes más puras de la fe.

HUÉSPED

Si serenáis vuestro ánimo, notaréis que la iglesia misma reconoce las diferencias que yo me he permitido señalar en los cuatro textos canónicos.

MONSEÑOR

¿Cómo así?

HUÉSPED

Didon afirma lo siguiente: «Los tres primeros Evangelios cuentan lo que se ve de Jesús, y el cuarto lo que no se ve»; y luego diferenciando a los sinópticos entre sí, concluye: «Si

es Marcos el Evangelista del poder, es San Lucas el de la misericordia.» El padre Didon, más adelante, agrega: «La antigüedad en su predilección por los símbolos, ha dado a Marcos el león como emblema, y a Lucas, la víctima, el toro de los sacrificios.» Recordemos por nuestra cuenta que a Juan la Iglesia le atribuye como símbolo el águila, ave de las alturas que ve hasta el fondo de los cielos...

MONSEÑOR

Me placería que tuvierais tanta capacidad de creer, como la capacidad de argüir que mostráis en el diálogo.

HUÉSPED

Yo busco simplemente la verdad, dondequiera que se halle, y nada es tan cristiano como pedirla a aquel que dijo: «Yo soy la verdad.»

MONSEÑOR

El Maestro lo dijo refiriéndose a la salvación del alma por la fe en el Salvador, mas no se refirió a la versátil ciencia de los hombres.

HUÉSPED

Hombres somos, y del espíritu del hombre nacen, igualmente, la fe del santo y el escepticismo del sofista.

MONSEÑOR

Pero sólo del Espíritu de Dios puede nacer la Verdad divina, que es inmutable.

HUÉSPED

Así lo creo, y por ello sigo a Aquel que también dijo: «Yo soy el camino.»

MONSEÑOR

Para extraviaros de ese camino, hay fariseos de la ciencia en nuestro tiempo, como antes los hubo de la Tora, y saduceos de la erudición, que han perdido el alma.

HUÉSPED

Sois injusto, acaso, con la obra de los críticos que han depurado y comentado las escrituras.

MONSEÑOR

Esa obra fué iniciada por los Santos padres y ellos son los verdaderos fundadores de la exégesis religiosa. Yo no protesto de esa disciplina que es tan antigua como la Iglesia, sino del espíritu de negación con que la ha practicado el racionalismo laico. La desolada sensualidad del mundo moderno, es, en gran parte, resultado de esta labor minuciosa pero estéril para la edificación moral.

HUÉSPED

La crítica científica, lejos de invalidar los textos evangélicos, los ha tornado más humanos y fehacientes. Considerados como simples documentos históricos, ellos han recobrado una autoridad que habían perdido a los ojos de los incrédulos. Después de la moderna exégesis, sería tan arbitrario dudar de ellos como dudar de todas las fuentes escritas de la antigüedad. Si por escepticismo suprimimos a Cristo, podríamos también suprimir a Tiberio y a los demás personajes de su época. Sin nuestro asentimiento, la historia humana borraríase en una bruma remota; pero, con la crítica documental, los Evangelios resultan irrecusables testimonios de un suceso demasiado real para ser negado.

MONSEÑOR

No era menester el aparatoso escándalo de la ciencia profana, para reconocer la veracidad de esos testimonios. La manera como principia el Evangelio de San Lucas tiene el inconfundible acento de la verdad histórica: «Ya que muchos—dice—han empezado a ordenar la narración de los sucesos que se han cumplido entre nosotros, conforme nos lo tienen referido aquellos mismos que desde su principio han sido testigos de vista y ministros de la palabra evan-

gélica, parecióme también a mí, después de haberme informado de todo exactamente desde su primer origen, escribírtelo por su orden, ¡oh dignísimo Teófilo!, a fin de que conozcas la verdad de lo que se te ha enseñado.» Dudar de tales documentos es, como muy bien lo decís, lo mismo que dudar de todos los testimonios históricos.

HUÉSPED

Tenéis razón, y por eso empecé confesando que acato el testimonio de los Evangelios.

MONSEÑOR

Hay quien los niega.

HUÉSPED

No me contéis entre ellos, sobre todo cuando os confieso que si el cristianismo, que es un hecho real y milenario, se funda en tales documentos, me bastaría esa razón para considerarlos verdaderos.

MONSEÑOR

Invocáis una razón pragmática.

HUÉSPED

Lo cual no invalida una razón.

MONSEÑOR

Yo preferiría otras.

HUÉSPED

¿Las del sentimiento?

MONSEÑOR

Esas.

HUÉSPED

También a esas las invoco, y por ello busco en los Evangelios a Aquel que dijo. «Yo soy la vida.»

MONSEÑOR

Gracias a esos rudimentarios testimonios, la verdad inicial llegó hasta nosotros, encendiendo la fe en los corazones capaces del éxtasis y del martirio.

HUÉSPED

Desgarremos, pues, Monseñor, el velo que separa las conciencias, velo impalpable pero engañoso, tejido de palabras que a veces deforman la realidad, traicionan el pensamiento, y alejan a los hombres entre sí, más que por los antagonismos del error o del odio, por simples equívocos verbales. El Maestro dijo que la letra mata y el Espíritu vivifica. Para vivir en Él, vivifiquemos su mensaje.

MONSEÑOR

Esa es la obra por muchos incomprendida

de la Iglesia. No importa que los eruditos de la herejía, para denunciar accidentes externos en los cuatro textos, hayan podido comprobar que sólo San Marcos recuerda palabras de Jesús en ciriaco-caldeo, y que San Juan no menciona sino una sola vez la frase «Hijo del hombre», tomada de Daniel y usada más de cincuenta veces en los sinópticos, y que la palabra «Evangelio» no aparece en San Marcos, ni en San Mateo, ni en San Lucas, o que fué San Pablo en sus Epístolas a romanos y corintios quien la empleó en el sentido de «buena nueva», «palabra de reconciliación», o «doctrina del bien en Cristo». Lo que interesa es la doctrina del bien en Cristo. Lo demás es confundir la paleografía con la religión y la filología con la mística.

HUÉSPED

Declaro, Monseñor, que empezamos a coincidir.

MONSEÑOR

No será porque yo os haya hecho concesiones que me están vedadas.

HUÉSPED

Yo las haría de buen grado, si fuese para coincidir en la Verdad.

MONSEÑOR

Vos podéis hacerlas, porque tenéis de la Verdad una idea demasiado imprecisa.

HUÉSPED

La busco tal como ella sea y en dondequiera que esté, como os lo he manifestado.

MONSEÑOR

La buscáis con la inteligencia y es necesario buscarla también con el corazón.

HUÉSPED

También con el corazón la busco, pero sé que sin el auxilio de la inteligencia es imposible hallarla.

MONSEÑOR

Falible instrumento es la razón...

HUÉSPED

No conozco otro, cuando se trata de leer un libro y entenderlo.

MONSEÑOR

Tal fué el principio de las dudas que engendraron los cismas, y de los cismas, que engendraron las guerras.

HUÉSPED

La iglesia, sin embargo, ha nacido en medio de controversias y persecuciones. Cristo polemizaba con los doctores de la Ley para desentrañar el sentido de la Tora, y polemizaron sobre Cristo los Apóstoles, y sobre el Evangelio los primeros doctores, y sobre lo que escribieron los Santos Padres, polemizaron luego los Concilios y las Escuelas, no siempre pacíficos.

MONSEÑOR

La Iglesia no ha podido impedir que llegaran hasta su seno las pasiones y los errores de los hombres: en el nido de las aves del cielo entraron más de una vez las víboras que se arrastran por la tierra.

HUÉSPED

Esa es la triste condición de las cosas humanas.

MONSEÑOR

Mas no debiera ser la de las cosas divinas. Por eso nuestra Iglesia, con su sabiduría suprema, ha zanjado las vanas disputas, consagrando el origen, el texto y la interpretación de los Evangelios canónicos.

HUÉSPED

Las decisiones de la Iglesia no han terminado con las disputas. Durante el último siglo, las ediciones, comentarios y polémicas sobre los Evangelios, han crecido visiblemente. Los doctores eclesiásticos han concluído por adoptar las armas del adversario, para batirlo en su campo. La crítica histórica y filológica es hoy un baluarte en que el catolicismo se defiende.

MONSEÑOR

Siempre lo fué.

HUÉSPED

Por otra parte, en todo lo que os arguyo, he procurado invocar la autoridad eclesiástica.

MONSEÑOR

Así es, en apariencia; pero no sé a qué conclusiones llevan estas premisas.

HUÉSPED

A probar que la unidad de origen de los Evangelios, no ha impedido la variedad de dichas «memorias» o «testimonios», según el carácter de sus autores y las circunstancias en que fueron escritos. Como en el caso de la iconografía, hay en esas cuatro «memorias» sendas imágenes de Jesús. En el diálogo anterior

he intentado reducir las varias figuras corporales a solo una: la del Hombre y su cruz. En éste desearía reducir las varias figuras espirituales a sólo una: la del Maestro y su doctrina. Nada hay de herético en mi actitud, y os he pedido el auxilio de vuestras luces.

MONSEÑOR

Escasa es mi ciencia, pero se me ocurre deciros que si en Mateo halláis al Redentor de las profecías bíblicas, y en Marcos al hacedor de maravillas benéficas, y en Lucas al Salvador del género humano, y en Juan al Hijo de Dios por encarnación del Verbo, de esos cuatro perfiles resulta la silueta total del Maestro que buscáis. No de otro modo los cuerpos de la escultura alcanzan a producir, mediante cuatro perspectivas, la impresión de bulto que el arte buscó producir en los espectadores.

HUÉSPED

En la escultura hay una imposibilidad física para lograr esa impresión de otro modo, puesto que el ojo del hombre no alcanza en su percepción sino las superficies aparentes de los cuerpos, en el campo de una estrecha perspectiva. La imaginación necesita sintetizar los datos parciales de las sensaciones.

MONSEÑOR

Tal vez hubo análoga imposibilidad psicológica para que un solo relato pudiera dar la visión total de Nuestro Señor, cuya personalidad es tan compleja en su misterio.

HUÉSPED

Según eso, el testimonio de cada evangelista es insuficiente, y la figura completa del Maestro sólo puede ser creada por el alma de cada lector. El campo cercado de las escrituras, de que hablasteis al empezar este coloquio, se abre así a trechos, entre uno y otro testimonio. Por esas puertas entra el espíritu subjetivo y dinámico de la propia interpretación, que es imposible suprimir.

MONSEÑOR

Lo que proponéis como una novedad, es apenas la refundición de los cuatro Evangelios en uno, acaso para escribir una nueva vida de Jesús.

HUÉSPED

Entiendo proponeros otra cosa distinta.

MONSEÑOR

La vida de Jesús, sacada de los Evangelios, corre, desde hace mucho tiempo, en los ma-

nuales de las escuelas religiosas, como parte de la catequesis.

HUÉSPED

Propongo algo menos infantil.

MONSEÑOR

Otras «vidas de Jesús» conocemos; pero tales libros no son, generalmente, sino rapsodias literarias para vanidad de sus autores, o canallescas diatribas del Salvador, como algunas que acabáis de citar.

HUÉSPED

No, Monseñor: yo no propongo una nueva historia, con su cronología y sus anécdotas, sino algo más sintético y más profundo. Bien sé cuánto se ha disertado sobre Jesús. Los títulos de varios libros, sobre todo en la Francia actual, bastan para definir esa bibliografía: *Le scandale de Jésus*, por Allo; *La folie de Jésus*, por Binet-Sanglé; *L'énigme de Jésus*, por Daniel Massé... ¿Para qué proseguir?

MONSEÑOR

Declaro que no os entiendo aún.

HUÉSPED

Para entenderme será mejor que olvidéis el Jesús de Strauss, que huele a azufre, y el Jesús

de Seché, que huele a incienso, y el Jesús de Renan, que mezcla los olores del azufre con los aromas del incienso.

MONSEÑOR

¿Queréis un comentario religioso de los Evangelios, que desentrañe su sentido moral, con sugestiones sobre la actualidad militante?

HUÉSPED

Eso fué el libro de Lamennais en su tiempo y en el nuestro es el de Barbusse; mas yo no propongo eso, puesto que ya lo tenemos.

MONSEÑOR

¿Queréis un libro como el de Papini?

HUÉSPED

Eso es una paráfrasis retórica del anecdotario cristiano, y yo no quiero eso tampoco.

MONSEÑOR

Pues, entonces, ¿qué libro queréis?

HUÉSPED

Yo no quiero un nuevo libro de esa, ni de otra especie. Como libros, me bastan los Evangelios en su texto irreemplazable. Yo no quiero una obra de palabras, sino una obra de sentimientos. Me refiero más que a la vida de Jesús, a nuestra propia vida.

MONSEÑOR

Ahora os entiendo menos.

HUÉSPED

Como al hablar de la iconografía cristiana, he reducido las diversas imágenes a un solo símbolo en la Cruz del Hombre, remontándome desde las imágenes al Cristo invisible, así quiero, al hablar de los Evangelios, reducir los diversos testimonios de su vida a un solo símbolo en la Palabra del Maestro, para remontarme desde sus enseñanzas hasta el Cristo invisible, subjetivándolo en mi conciencia.

MONSEÑOR

¿Queréis aludir a las parábolas?

HUÉSPED

A las parábolas, desde luego, y también a las sentencias, a los discursos, a las plegarias, a los diálogos, a todo cuanto el Maestro dijo, porque sus palabras son la luz del alma; aunque se podría sostener que Jesús no habló sino por parábolas, es decir, bajo formas traslaticias, de un dinamismo espiritual incalculable.

MONSEÑOR

La parábola es, sin duda, la expresión más elevada y genuina de la elocuencia cristiana.

HUÉSPED

Predicación figurada, quizá de origen oriental, en Jesús se perfecciona hasta lo más excelso del arte.

MONSEÑOR

Jesús ha creado el género.

HUÉSPED

Si no lo ha creado, por lo menos sus parábolas tienen la claridad de su Espíritu, que es como la frescura del agua en sus fuentes. Nada de complicadas alegorías, al modo de otras literaturas y religiones. Las parábolas de Cristo son simples, accesibles a todos, se explican por sí mismas, y no ha concluído de presentar la anécdota o la imagen, cuando ya el sentido moral resplandece en ellas con todo el encanto de la verdadera poesía.

MONSEÑOR

Soy de vuestra opinión.

HUÉSPED

Yo declaro que eso mismo he sentido al leer la del buen samaritano, la del hijo pródigo, la del siervo ingrato, la de las vírgenes prudentes, la del grano de mostaza, todas, en fin.

MONSEÑOR

Y no olvidéis la del Sembrador, que es la más oportuna en este caso: «Salió a sembrar un sembrador su simiente, y, al esparcirla, parte cayó a lo largo del camino, donde fué pisoteada y la comieron las aves del cielo. Parte cayó sobre el pedregral y luego secóse por falta de riego; parte cayó entre las zarzas, y las zarzas, creciendo, la sofocaron; parte cayó en buena tierra, y habiendo nacido, dió fruto a ciento por uno». Dicho esto, el Señor exclamó: «El que tenga oídos para entender, que entienda». Preguntaron los discípulos el sentido de esta parábola, y el Señor contestó que se refería a los que oyen su palabra y la olvidan; a los que la oyen y la interpretan mal, y a los que oyéndola de buen corazón, la aprovechan en la vida.

HUÉSPED

Esta del Sembrador podría llamarse la Parábola de las parábolas.

MONSEÑOR

¿Por qué?

HUÉSPED

Porque se aplica a todas.

MONSEÑOR

Y a todos...

HUÉSPED

A todos, Monseñor; aun a sus discípulos inmediatos, a quienes la dirigía, pues de los Evangelios se desprende que no todos los que se le allegaron corporalmente entendieron su predicación ni aprovecharon su siembra espiritual. Los cuatro Evangelios ponen de manifiesto la grandeza de Jesús y la pequeñez de muchos que lo seguían.

MONSEÑOR

Humilde era el Maestro y santos sus discípulos.

HUÉSPED

No siempre, Monseñor.

MONSEÑOR

¡Siempre!

HUÉSPED

Paradojalmente humilde es Aquél que lavó los pies de sus discípulos y que, a la vez, se consideraba Rey, Hijo de Dios, venido para salvar al mundo.

MONSEÑOR

Por eso es más admirable su mansedumbre.

HUÉSPED

Mansedumbre también paradojal la suya, puesto que maldijo a los fariseos y fustigó a los mercaderes, arrojándolos del templo.

MONSEÑOR

No procedió entonces como el hombre en los transportes de su ira, sino como el Dios en la ejecución de su justicia.

HUÉSPED

Publicanos, saduceos, fariseos, sayones, magistrados, ricos, todos caen bajo su afrenta. Si a alguien atrae, es porque le perdona sus miserias: rameras, avaros, cobardes, ignorantes, pobres. No escapan a su desdén ni algunos de sus discípulos.

MONSEÑOR

¿De los Doce?

HUÉSPED

A Judas lo desprecia por traidor; a Pedro por timorato; a Tomás por incrédulo. A cada uno lo ha marcado con los signos de una anécdota inolvidable.

MONSEÑOR

Dais a sus frases un significado que ellas no

tienen. Esto es como la simiente que cayó entre las zarzas. Hombres eran, y como tales claudicaron. Entraba en su destino mesiánico la necesidad de que así mortificara todos los sentimientos, para mayor angustia de su vida.

HUÉSPED

Por eso es tan apasionante el drama de los Evangelios. Entre hombres de la ralea común, la figura de Jesús se alza como un ser nunca visto en la tierra. Su palabra contiene, como una simiente misteriosa, toda la fuerza de su origen. Por eso desearía aislar su mensaje, ya que nos queda el testimonio de lo que verdaderamente dijo el Maestro, a fin de que la buena simiente del sembrador no se pierda entre las zarzas de la controversia histórica o teológica. Reducidos los cuatro Evangelios a un solo argumento biográfico; separados los elementos que directamente vienen del profetismo judío a través de Mateo, de la metafísica griega a través de Juan, de la política romana a través de Marcos y de Lucas, se podría confrontar los testimonios de lo que el Maestro dijo cuando oraba, cuando exorcisaba, cuando curaba, reduciendo la Verdad evangélica al texto del Buen Mensaje en su expresión más pura.

MONSEÑOR

Eso en nada se opone a las tradiciones de la Iglesia, ni a las disciplinas del dogma, ni a las inspiraciones de la fe.

HUÉSPED

La aparición de Cristo justifica la creación de una Era nueva en la historia humana, porque Él realiza por medio de la palabra una transmutación esencial en la conciencia religiosa del hombre. Antes de Cristo, la humanidad ha concebido a su Dios o a sus dioses bajo diversas figuras, incluso la figura humana; pero estos símbolos de la adoración nada tienen de común con el misterio de que el Dios Invisible se haya hecho hombre carnal, y que ese Maestro vivo haya enseñado las posibilidades divinas, latentes en la conciencia humana. Dios, el Verbo, se ha hecho Hombre para que el hombre pueda entender a Dios. El Evangelio de Juan da la clave esotérica de ese misterio que los tres sinópticos sólo presentan en la apariencia externa de las parábolas y de las anécdotas, incluso los milagros, que también son parábolas.

MONSEÑOR

¿Parábolas los milagros?

HUÉSPED

Parábolas en acción, como he de probarlo.

MONSEÑOR

Dios, sin duda, es el Verbo, y el Verbo se hizo carne para que el hombre oyera, articulada, la palabra de Dios.

HUÉSPED

Refundidos los cuatro Evangelios en un solo argumento, distingo en él tres zonas o esferas espirituales: la primera, metafísica, es la tradición profética; la segunda, realista, es la tradición histórica; la tercera, filosófica, es la tradición de las enseñanzas cristianas. La primera zona corresponde al Padre, que es el Creador en su poder infinito: el Tiempo; la segunda, al Hijo, que es la creación en su aspecto más elevado: el Hombre; la tercera, al Espíritu, que se vislumbra en la razón humana, capaz del conocimiento y de la perfección divina. Jesús, maestro de los hombres, realiza este misterio y lo esclarece con su palabra, como quien alumbra con una lámpara un camino, el camino de la perfección moral.

MONSEÑOR

Nada encuentro objetable en lo que acabáis de decir.

HUÉSPED

La palabra del Padre fué el mensaje del Hijo y es la clave del Espíritu. Por eso yo no pido una biografía literaria, pues ya las tenemos numerosas, ni un comentario erudito, pues ya los poseemos suficientes, sino algo más subjetivo en cada uno de nosotros: la comunión del alma con la doctrina del Maestro, para que oigamos hablar en lo íntimo de cada conciencia, al Cristo invisible...

MONSEÑOR

La palabra de Jesucristo está en los Evangelios.

HUÉSPED

A ellos me atengo y de ellos debe nacer, únicamente, la inspiración necesaria para restaurar el Reino del Espíritu que amenaza caer bajo un falso paganismo y una nueva barbarie.

MONSEÑOR

Ninguna interpretación de la palabra de Jesucristo puede lograrse con acierto, si se prescinde de su vida y de su origen divino.

HUÉSPED

De su palabra, que es lo actual, puesto que

aún podemos aprenderla en los Evangelios, podríamos elevarnos a la vida del Maestro y de ésta al carácter divino de su misión.

MONSEÑOR

Yo preferiría venir de Dios al Maestro, y de éste a su mensaje.

HUÉSPED

Semejante oposición de criterios me parece explicable; os habéis educado en el método deductivo; yo practico más bien el inductivo, o ambos a la vez, cuando se me alcanza la dicha de una intuición oportuna. En este caso, me parece más provechoso y más seguro ir de lo conocido a lo desconocido, de lo concreto a lo abstracto, de lo individual a lo universal. Por otra parte, no desearía que entráramos súbitamente en la región más obscura de los libros sagrados, en la que se mueven las causas divinas.

MONSEÑOR

La región de los misterios no puede ser obscura sino para las almas sin fe.

HUÉSPED

Todo libro que sirve de fundamento a una religión es siempre obscuro. El Génesis, los Vedas, el Koran, también lo son. De esa osb-

curidad provienen las teologías copiosas y los cismas inevitables. De esa obscuridad proviene también la sugestión mística.

MONSEÑOR

Mezcláis sin reverencia los falsos libros con los verdaderos, confundís emblemas herméticos y símbolos disparatados, con los misterios de la fe cristiana. Nada se parece menos que los Evangelios a las cosmogonías orientales. Los Evangelios sólo tratan de la vida de Jesús, con la sencillez del testimonio apostólico sobre la vida de un hombre.

HUÉSPED

La vida de un hombre es tan misteriosa como la vida de un mundo. El misterio tórnase más impenetrable si el hombre es un Dios. Tal es el caso de Cristo en los cuatro Evangelios.

MONSEÑOR

Si os parecen obscuros, es porque os posee el demonio de la negación.

HUÉSPED

Vos podéis exorcisarme de él.

MONSEÑOR

No, porque no creéis en los exorcismos.

HUÉSPED

Creo en los de la palabra, como cuando Cristo exorcisó a los posesos de Gadara.

MONSEÑOR

La palabra era el medio, pero el poder de la palabra venía de Dios o de la fe del hombre en Dios. Quizá mañana la divina bondad ilumine vuestra alma con su presencia. Por ahora veo apenado que preferís seguir siendo el súcubo de vuestro diabólico ingenio.

HUÉSPED

Todo lo que yo propongo, por simple claridad didáctica, es separar en la vida de Jesús los elementos metafísicos y aun los históricos, para atenernos solamente a su palabra, lo más auténtico, puro y actual que de Él nos queda.

MONSEÑOR

Despojado de lo maravilloso, Jesús perdería el divino secreto en que se fundó la trascendencia de su obra.

HUÉSPED

Yo no pretendo despojarlo de eso: La palabra es el Verbo y el Verbo es Dios. Nada hay tan maravilloso.

MONSEÑOR

Por lo excelso de su origen, su voz resuena todavía sobre el mundo.

HUÉSPED

Tenéis razón, Monseñor, y yo sólo intento hablar primeramente del mensaje, para luego hablar del Mensajero y de quien lo mandó.

MONSEÑOR

Sin ese misterio, no se siente al Dios convertido en hombre por amor a los hombres, ni al hombre ascendido a Dios por la virtud del amor.

HUÉSPED

Dualidad de carne y alma, de lodo y aire, de tierra y cielo, de bestia y ángel, de instinto y de ideal, yo también lo siento dentro de mí, y al sentirla creo comprender el misterio de que me habláis. Sin embargo, cuando así lo concibo al Salvador, parece que se alejara de mí, que perdiera su condición terrenal, que se esfumara como una visión inalcanzable entre las nubes altísimas. Yo lo prefiero más humano, casi igual a nosotros, como cuando anduvo entre sus discípulos a quienes el Maestro les llamaba «amigos».

MONSEÑOR

En medio de sus discípulos realizó sus milagros, ese otro elemento maravilloso de su vida.

HUÉSPED

Se valió de los milagros para convencer a los incrédulos, pues no habría podido convencerlos con silogismos.

MONSEÑOR

Ni aun mediante milagros logró convencerlos.

HUÉSPED

Si todos hubieran creído en él, los fanáticos de la Ley antigua no lo hubieran crucificado. Si nadie hubiera creído en él, no habría sido necesario crucificarlo. No olvidéis asimismo que, según el Evangelio, Cristo aceptó con repugnancia su papel de taumaturgo, y que generalmente realizó milagros por instancias ajenas, de personas egoistas o vulgares, pidiendo que le guardaran el secreto de las maravillas que obraba.

MONSEÑOR

También realizó milagros para curar enfermos, aunque cierto es que a veces los realizó con repugnancia.

HUÉSPED

Jesús prefirió a los creyentes que lo seguían, como Jairo y Marta, por evidencia interna de la propia fe. Esos milagros pudieron tener influencia sobre quienes los vieron, pero no sobre nosotros, veinte siglos más tarde. El incrédulo de nuestros días duda de ellos, como el incrédulo de Jerusalén los atribuyó al demonio.

MONSEÑOR

Es un profeta, decían algunos.

HUÉSPED

Es un endemoniado, decían los demás.

MONSEÑOR

La ciencia positivista de nuestros días pretende explicar esos milagros como casos de sugestión o se han propuesto las posibilidades de la magia y del fakirismo. La incredulidad, como veis, no tiene límites.

HUÉSPED

Se parece en eso a la superstición.

MONSEÑOR

Casi todos los milagros de Jesús fueron, sin embargo, curaciones, actos de caridad.

HUÉSPED

Cualquiera que haya sido el propósito, no son los milagros lo que más me interesa en la vida de Jesús, a menos de considerarlos como actos de una docencia superior. Moisés y Josué realizaron también hechos ajenos al orden común de la naturaleza, sin pretenderse dioses, aunque, según las Escrituras, también ellos eran hijos de Dios. Hacer surgir el agua de una piedra estéril, es tan extraordinario como multiplicar los peces: hender el agua del mar para que pase un ejército, es tan extraordinario como marchar sobre las olas; detener al sol en su carrera, es tan extraordinario como devolver la palabra a un mudo; derribar las murallas de una ciudad al son de las trompas sagradas, es tan extraordinario como exorcisar a una piara de cerdos.

MONSEÑOR

Quien realiza el milagro es siempre Dios, el Padre. Los realiza por medio de sus elegidos o de los que han llegado a merecer su gracia. Los milagros que Dios obró por medio de Moisés o de los profetas y patriarcas, no invalidan a los que obró por medio del Mesías.

HUÉSPED

No pretendo invalidarlos; pero ellos no bas-

tan como testimonio de que fué el Hijo de Dios. Los santos posteriores a Cristo como Francisco Solano y Luis de Bolaños, en América, realizaron también cosas maravillosas de las cuales hay testimonios bien documentados. El hombre es un almacén de fuerzas prodigiosas y basta un alto desarrollo espiritual para despertar esas fuerzas latentes en un cuerpo adelgazado por la penitencia. Si creemos en Cristo, no necesitamos de sus milagros, como Él mismo lo decía; si no creemos en Él, dudaremos del testimonio apostólico o supondremos cualquier superchería. Yo entiendo, en cambio, que los milagros fueron parábolas en acción, y que la vida toda del Maestro fué una enorme parábola milagrosa escrita en la tierra con su sangre. El Maestro sintetiza a Jesús en quien habla y a Cristo por quien habla: Dios que lo inspira y hombre que ha venido a enseñar a los hombres. La palabra de Jesús es la prenda que Cristo nos ha dejado. Los Evangelios son santos por haber conservado el buen mensaje. La palabra de Cristo es el mayor milagro de Jesús, y ese milagro aún dura.

MONSEÑOR

La misma fuerza sobrenatural que hizo posible el misterio de una vida semejante, es la que hizo fecunda su doctrina.

HUÉSPED

Su encarnación y sus milagros pasaron; las palabras aún permanecen.

MONSEÑOR

Permanecen, porque Él fué quien las dijo.

HUÉSPED

Las profecías de su misión y el misterio de su nacimiento y las anécdotas de su vida maravillosa, pueden torcer la sonrisa del escéptico; pero hay un hecho innegable que es el milagro póstumo de la palabra de Cristo, por el número de almas que ha purificado, que ha consolado, que ha exaltado hasta la santidad, en todas las regiones del planeta. A pesar del judaísmo rebelde y del fetichismo primitivo, del paganismo recalcitrante y del imperio perseguidor, de la ciencia materialista y de la filosofía escéptica, que pudieron serle hostiles, su voz resuena hoy en toda la humanidad. La sensibilidad del Mundo, hoy es cristiana por su mensaje.

MONSEÑOR

Él ha sido, en verdad, el Maestro de la Tierra.

HUÉSPED

Despojémoslo por un instante de todos los

elementos mesiánicos, proféticos, bíblicos, que envuelven la persona del dulce Nazareno, haciendo de Él un taumaturgo; bajémoslo de la Cruz en que pende su cadáver horrorosamente ensangrentado y del trono a la diestra de Jehová en donde fué a sentarse, hieráfico, después de la Resurrección; disipemos en torno de su suave figura todas las nubes apocalípticas de la leyenda, y así restituído a la plenitud de sus formas humanas, oigámoslo hablar, como lo oyeron las multitudes a la orilla del Tiberiades, o como lo oyó la Samaritana, junto al brocal de una cisterna, mientras caía la tarde en los campos...

MONSEÑOR

¡Oh, quién pudiera volver a oírlo así!

HUÉSPED

Nosotros lo podemos. El Evangelio ha conservado sus palabras eternas. Bastaría recordarlas. El Evangelio de Lucas refiere que en el Templo de Jerusalén, oyendo hablar a Cristo, las gentes «se pasmaban de las palabras de gracia que salían de sus labios», y que en Cafarnaun, sus oyentes «estaban asombrados porque su modo de predicar era de gran autoridad y poderío». Las expresiones de Lucas describen la elocuencia del Maestro, que encantaba y arrastraba.

MONSEÑOR

Los otros Evangelios lo confirman; son prueba de ello las multitudes que lo siguieron en sus peregrinaciones y la fascinación que aún ejerce sobre nosotros su palabra.

HUÉSPED

Infiero que el poderío y la gracia a que San Lucas alude, le vinieran a Jesús de sus dotes físicas y de su convicción mesiánica. Los ojos expresivos, la voz arrobadora, el misterioso influjo magnético de los grandes caudillos, todo eso debió tener el de Galilea como orador; pero se ha de contar, asimismo, en favor de su palabra, la simpatía popular para con aquel joven errabundo, que hablaba de su misión con una certidumbre absoluta. Marcos pone en boca de Jesús esta frase: «El cielo y la tierra faltarán, pero no faltarán mis palabras.»

MONSEÑOR

El misterio del Verbo encarnado que inspira el Evangelio de San Juan, manifiesta mejor que las otras partes del Nuevo Testamento, la poderosa elocuencia de Nuestro Señor. Su belleza personal y el prestigio romántico de su vida, pueden haber influído sobre la multitud en cuanto el Maestro era también un hombre,

pero el oculto secreto de su poder reside en el Verbo divino de que fué mensajero.

HUÉSPED

Aun cuando no fuese el Mesías, habría bastado su convicción de serlo, que lo llevó a la muerte. La humanidad es sensible a los apostolados sinceros, generosos y trágicos. La historia laica abunda en análogos ejemplos.

MONSEÑOR

En Jesucristo hay algo más.

HUÉSPED

No lo niego, pero ya os he dicho que ahora consideramos al Maestro dentro de la medida humana. Después consideraremos al Dios.

MONSEÑOR

Él es el Maestro insuperado e insuperable.

HUÉSPED

Tampoco lo niego, y eso es lo que se muestra con el texto evangélico y se demuestra con la historia cristiana.

MONSEÑOR

Juan cuenta que cuando los fariseos mandaron alguaciles a prender al Señor, en volviendo éstos dijeron: «Jamás hombre alguno ha

hablado como él.» Y exclamaron los fariseos: «¡Qué! ¿También vosotros habéis sido embaucados?» Los fariseos lo tomaban por un embaucador. No hagáis vos lo que ellos hicieron.

HUÉSPED

¡Cómo habría de hacerlo! ¿No veis que pongo al Maestro por encima de todos los maestros, dada la pureza de su vida, la trascendencia de su doctrina, la eficacia de su elocuencia? Si hay algo extraordinario y admirable para mí en la personalidad humana de Cristo, es el misterioso poder de su palabra.

MONSEÑOR

Él dijo: «Mi doctrina no es mía, sino de Aquél que me ha enviado»; «Bienaventurado el que escucha la palabra de Dios y la practica»; «Aquél que cree en el Hijo de Dios, tiene vida eterna»; «El que me sigue no camina a obscuras, pues tendrá la luz de la vida». Estas sentencias explican lo que llamáis el misterioso poder de su palabra.

HUÉSPED

Su palabra debe ser interpretada, para que ella alcance vida espiritual en cada alma.

MONSEÑOR

Será bien el hacerlo, si lo hacéis con humildad, como Él nos lo enseñó.

HUÉSPED

«Humildad» es una palabra que necesitaría explicarse cuando se trata de Cristo. Por de pronto, es palabra que se interpola a veces en las traducciones del Evangelio, como el Padre Amat lo anota en su edición de la Biblia católica. Así, en las Bienaventuranzas, nada menos, ha sido interpolada...

MONSEÑOR

¿En las Bienaventuranzas, tan luego?...

HUÉSPED

En el capítulo V del Evangelio según San Mateo, se lee: «Bienaventurados los mansos *y humildes*, porque ellos poseerán la tierra.» Las palabras «y humildes» son una interpolación que la Iglesia confiesa, como ya os lo he dicho.

MONSEÑOR

¿Y qué probáis con eso?

HUÉSPED

Que no siempre el Maestro empleó esa palabra y que cuando la emplea no se ha de to-

mar en el sentido de bajeza o miseria física y espiritual, como algunos cristianos lo han entendido. Los anacoretas en su vida y las «instrucciones» de un anacoreta como San Antonio, han deformado su doctrina. Humildad, por otra parte, no quiere decir humillación. *Humilis* en latín, quiere decir humilde, y según vos lo sabéis, Monseñor, equivale a bajo y vil, a modesto y pobre, a sumiso y paciente. Los matices son importantes. Un hombre puede ser modesto y no ser pobre; puede ser paciente y no ser vil. Por sus actos y por sus palabras Jesús fué lo que se llama un hombre humilde ante Dios, pero también fué todo lo contrario ante los hombres.

MONSEÑOR

¡Curiosa exégesis!

HUÉSPED

Aunque os irrite, Monseñor, yo creo que, según el Evangelio, Cristo predica la pulcritud en la presencia y en la conciencia. Déjase ungir con óleos y perfumes, asiste a banquetes y a asambleas, y toda su persona se nos aparece llena de una gracia estética y de una altivez moral, que no son, ciertamente, los atributos de un miserable. Por algo fascinó a tantas mujeres...

MONSEÑOR

¡Por favor, amigo mío!

HUÉSPED

No me oigáis con malicia, porque yo hablo sin ella.

MONSEÑOR

No contento con hacer un león de aquel manso cordero, lo transformáis ahora en la serpiente de las tentaciones.

HUÉSPED

Muy lejos de eso, Monseñor. Os he protestado que hablo sin malicia; aun más: afirmo que hablo con la mayor reverencia. Yo no quiero ver en Cristo ni un cordero, ni un león, ni una serpiente. Habíamos convenido en ver un Hombre en él, para oír a un Maestro. Pero al decir lo que dije, yo no sugiero liviandad alguna. La Magdalena, la Samaritana, la Berenice, debieron sentir el encanto personal de Jesús, como lo sintieron los niños que se le acercaban, y que no suelen acercarse a los hombres sucios, feos o quejumbrosos. La piedad que con el dolor de Jesús ellas mostraron en los últimos días, nace de la admiración que por él sintieron en otros días mejores.

MONSEÑOR

De ese modo, llegaréis a negar su sentido a todo el Sermón de la Montaña, por mostraros original.

HUÉSPED

Creedme que procedo lealmente y sin orgullo.

MONSEÑOR

Sería menester dar mejor prueba de ello...

HUÉSPED

En el discurso de las Bienaventuranzas, Jesús las ofreció a los mansos, a los pacíficos, a los pobres de espíritu, y de ahí se ha deducido que, al predicar la humildad, predicó la humillación del hombre ante los hombres. Yo creo lo contrario, aun prescindiendo de que las palabras «manso», «pacífico» y «pobres de espíritu», correspondan a una fiel traducción de su pensamiento. En todo caso, el Kempis que algo sabe de todo esto, dice: «Pobres de espíritu son los desnudos de toda criatura», y algunas traducciones francesas del Sermón de la Montaña, no dicen «pobres de espíritu», sino *pauvres en esprit*, «pobres en espíritu», lo que no es lo mismo. Por eso yo interpreto las palabras citadas por «sereno», por «conciliador» y «por

exento de orgullo», pues interpretarlas como elogio de la cobardía y la pequeñez de alma, no es cosa que armonice con el resto de su predicación, ni con la altivez del conductor que azotó por su propia mano a los mercaderes del Templo. La vida de Jesús es ejemplo de estoica energía y de bondad ingeniosa, en la soberbia conciencia de su propia grandeza. Tal es la luz con que interpreto aquellas palabras, rectificando el sentido de la exégesis tradicional o vulgar.

MONSEÑOR

¿Y las otras bienaventuranzas?

HUÉSPED

Las otras bienaventuranzas que Cristo ofrece en el Sermón de la Montaña, son de una significación menos ambigua.

MONSEÑOR

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.»

HUÉSPED

Tales sentencias encadénanse en una graduación elocuente: primero el dolor fatal y la promesa del consuelo; después, la hostilidad humana y la promesa de la reparación; luego, la ayuda al prójimo y la promesa de una ayuda recíproca; más adelante, la pureza de intenciones y la promesa de ver a Dios; finalmente, el sufrimiento en la lucha por la justicia, para alcanzar el reino de los cielos. Nada de esto significa en la palabra de Cristo un consejo de resignación, de renunciamiento, de miseria espiritual. El ideal que proponen las bienaventuranzas no es el que realizan el mendigo, el beato ni el ermitaño. Proponen un ideal de vida activa, en su plenitud humana, ofreciendo a los que sufren con serenidad y luchan con esperanza, la ayuda de las invisibles fuerzas en cuyo nombre el Maestro hablaba.

MONSEÑOR

Vuelvo a deciros que sois un hombre desconcertante.

HUÉSPED

Quizá, pero no arbitrario.

MONSEÑOR

¿Y cuando Cristo aconseja al que recibe un

golpe en una mejilla poner la otra mejilla para un nuevo golpe?

HUÉSPED

Mucho se ha abusado de esa frase, tergiversando su sentido hasta hacerla encanalladora, con alegría de los cobardes. Esa frase es una forma figurada de aconsejar la paciencia, que es fortaleza espiritual y triunfo sobre sí mismo. De otro modo, ella encerraría un consejo inhumano y vil. Cristo predica la esperanza, no la debilidad; el estoicismo, no la cobardía.

MONSEÑOR

A ser verdad lo que sostenéis, querría decir que todo el cristianismo se halla fundado en una equivocación.

HUÉSPED

Importa menos que se haya equivocado el cristianismo, mas no que Cristo se haya equivocado.

MONSEÑOR

Con tanta soberbia habláis, que terminaréis por enmendarle la plana a Nuestro Señor.

HUÉSPED

No tengáis cuidado de ello.

MONSEÑOR

¡Pues no he de tenerlo!

HUÉSPED

Desearía que me censurarais menos y que me replicarais más.

MONSEÑOR

Imposible hacerlo: sois un juglar de la paradoja.

HUÉSPED

No olvidéis que San Francisco de Asís se llamó a sí mismo *Jongleur de Dieu*, juglar de Dios, como casi me habéis llamado...

MONSEÑOR

Erudición os sobra, pero os faltan modestia y fe.

HUÉSPED

Llamáis erudición a mis pobres lecturas, y paradoja llamáis a entender rectamente un texto claro.

MONSEÑOR

Que todos, antes, entendieron de otro modo.

HUÉSPED

El error, por ser milenario, no deja de ser un error.

MONSEÑOR

Razón tenía yo hace un instante cuando os aconsejaba humildad.

HUÉSPED

Pero ya vimos que no es humillación lo que Jesús aconseja. La iglesia misma ha consagrado santos guerreros como Jorge y Santiago. El Ángel del Paraíso blande una espada, como el Cristo del *Apocalipsis*, que es un dios combatiente.

MONSEÑOR

Sois un razonador experto, pero temerario. Gusta uno de seguiros, aunque se teme de llegar adonde vais. En materia religiosa, las audacias del ingenio conducen generalmente al dislate o a la blasfemia.

HUÉSPED

No me juzgáis con mansedumbre, y sólo por el mucho respeto que os debo me decido a seguir, y por la convicción que siento de que hablo de Cristo con estudio y con amor. Pero ¿cómo no he de afirmar cuanto afirmo sobre las Bienaventuranzas, si el Maestro, según Lucas, dijo en otros lugares: «Yo he venido a poner fuego en la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda?» O bien: «Yo no he venido a poner paz,

sino a traer guerra.» O bien: «Tiempo es ya de vender las túnicas y comprar las espadas.» O bien: «Con bautismo de sangre tengo yo de ser bautizado.»

MONSEÑOR

Aludía el Señor, con tales frases, a su crucifixión y a las próximas luchas de la nueva fe.

HUÉSPED

Sin duda a eso aludía; pero quien las dijo, no podía ser sino un hombre fuerte, nacido para el sacrificio, con precio de la vida, para enseñar la lucha en el infortunio. De otro modo, su religión no habría triunfado.

MONSEÑOR

Podría responderos, mas prefiero callar.

HUÉSPED

Se ha querido hacer, o se ha hecho, de Cristo, una arquetipo de pordioseros, una especie de piltrafa humana, de escabel para los pies de todos, compendio de miserias y dechado de humillaciones. De eso protesto, porque esa no es la verdad que afirman su vida y sus palabras. Falsos discípulos, lo han falsificado, y después los enemigos del cristianismo se han tomado de eso, como Nietzsche, para exaltar un paganismo de museo, oponiendo a Cristo un Su-

perhombre bárbaro, sin comprender que Cristo es el verdadero Superhombre.

MONSEÑOR

Me sorprendo de ver cómo, por atajos tan imprevistos, poseéis el arte de retornar a la verdad.

HUÉSPED

Jesucristo es el Superhombre, puesto que Dios se ha humanado en su forma, y de su cuerpo ha resucitado el Dios, que estaba en él. Hijo del Hombre, se superó en el Hijo de Dios.

MONSEÑOR

A eso vino: a mostrarnos a Dios en El.

HUÉSPED

A eso vino, y a enseñarnos el camino de superación; a exaltar por medio de la palabra, que es el signo divino del hombre, lo que de más humano hay en el hombre, que es la conciencia; a resucitar al elohim inhumado en el barro del génesis; a borrar las fronteras de la muerte, libertando, por el amor y por la esperanza, las nuevas potencias de la vida.

MONSEÑOR

No se puede dudar de vuestros sentimientos

cristianos cuando se os oye hablar de ese modo; pero no comprendo cómo el lirio de una fe verdadera pueda florecer entre las zarzas de tanta herejía...

HUÉSPED

Muchos son los caminos que llevan al Maestro, y yo no hago sino allanar el mío. Por eso rechazo la visión de ese Cristo lamentable de los cobardes y los pordioseros. Pues junto con la doctrina de la humillación, que ya rectifiqué, se le ha atribuído la condenación de los bienes terrenales, lo cual tampoco es exacto.

MONSEÑOR

¡Nueva paradoja tenemos!

HUÉSPED

Las palabras de Jesús sobre las riquezas terrenales también han sido tergiversadas por sus comentadores.

MONSEÑOR

¿En qué os fundáis?

HUÉSPED

En el texto evangélico.

MONSEÑOR

Veamos, veamos...

HUÉSPED

Se ha dado un sentido económico a lo que Cristo dice de los ricos y de los pobres, cuando a las claras la intención del Maestro tiene sólo un sentido espiritual. Él no postula una reforma política, de carácter externo y colectivo, sino una reforma moral de carácter íntimo y personalísimo. En la anécdota del tributo al César deslindó esos dos reinos, el del estado y el de la conciencia, desentendiéndose del primero con cierta ironía desdeñosa.

MONSEÑOR

Renan ha dicho de Nuestro Señor: «Es un anarquista porque no tiene idea alguna del gobierno civil», y veo con placer que no os contáis entre los secuaces de aquel impío.

HUÉSPED

Muchos ácratas han creído que podían amparar bajo el nombre del Nazareno su individualismo divergente, materialista y estéril; pero eso es también un error.

MONSEÑOR

La disciplina de pobreza, sin embargo, fué practicada por los primeros cristianos y persistió en las órdenes monásticas de la Edad Media hasta resplandecer en el franciscanismo.

HUÉSPED

La Iglesia Romana, en cambio, como definitiva organización del cristianismo, cultivó las jerarquías y pompas de este mundo.

MONSEÑOR

Pero la Iglesia toda reposa en una especie de comunismo, que excluye la propiedad individual.

HUÉSPED

La soledad, la pobreza, el renunciamiento pudieron ser una disciplina de ciertas órdenes religiosas, pero no la norma de la sociedad política, aceptada por Cristo. Los anacoretas de la Tebaida, como Simón el Estilita, o los ermitaños del Renacimiento español, hallaron lejos de la sociedad el modo de precaverse del mundo o de expiar el pecado, pero no realizaron en esta actitud de temor o de arrepentimiento el ideal de virtud militante realizado por Cristo cuando éste iba a discutir a la Sinagoga de los doctores o a comer en la mesa de los magnates, mezclándose a las cosas de la tierra y padeciendo así mejor en el combate de sus sueños.

MONSEÑOR

Él dice que su reino no es de este mundo y

pone encima de todos los hombres el Reino de los Cielos, meta de la vida.

HUÉSPED

Pero a la riqueza no la condena, simplemente la pospone. La riqueza al servicio de la caridad, es para él un signo de la gracia. La riqueza egoista, para él, es el mayor pecado. Y si aconseja a sus discípulos no cuidar de ella, es porque les promete que consagrados a la virtud, todo lo demás les sería dado en añadidura.

MONSEÑOR

El capítulo XII de San Lucas dice literalmente: «No estéis acongojados cuando buscáis de comer. Pensad primero en el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado por añadidura.»

HUÉSPED

Las confusiones provienen de otras anécdotas y sentencias. Por ejemplo, Marta se queja de que María la deja sola en su tarea doméstica y se consagra a la adoración del divino huésped. Jesús le responde: «Tú te afanas en muchas cosas, pero sólo una es necesaria. María ha escogido la mejor parte, y no será privada de ella.» Mas Él lo dice para distinguir la vida terrenal, que es pasajera, de la vida espi-

ritual, que es eterna. Lo deleznable del afán económico sin conciencia religiosa, es un tema persistente de su doctrina, y si ha de optar por una de las dos vidas, la terrenal o la espiritual, prefiere esta última, porque ha venido, justamente, a enseñarnos su valor.

MONSEÑOR

Jesús ha dicho: «Contemplad las azucenas del campo cómo crecen; no trabajan, ni hilan, y Salomón con toda su magnificencia no estuvo jamás vestido como esas flores.» ¿Cómo interpretáis esta parábola?

HUÉSPED

Como el encarecimiento de la gracia celestial, que es generosa de sus dones, pues de ella nos vienen las magnificencias terrenales.

MONSEÑOR

Sin embargo, Jesús afirmó que más difícilmente entraría un rico en el Reino de Dios, que un camello en el ojo de una aguja.

HUÉSPED

Frase también tergiversada por los intérpretes tradicionales, porque ella no sentencia la condenación de los ricos, sino que advierte a los ricos el peligro de preocuparse tan sólo de sus riquezas y con fines egoístas.

MONSEÑOR

Quizá tengáis razón.

HUÉSPED

La tengo, Monseñor; y para comprobarlo, me bastaría recordar la anécdota del joven rico, narrada por Lucas: «Un joven rico le preguntó al Maestro: ¿Qué podré yo hacer, buen Maestro, para alcanzar la vida eterna?» Respondióle Jesús: «¿Por qué me llamas bueno? Bueno es Dios solamente. Ya sabes los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre.» Dijo el mozo: «Todos esos mandamientos los he guardado.» Y Jesús le dijo: «Todavía te falta una cosa: vende tus haberes, repártelos a los pobres y tendrás un tesoro en los Cielos. Cuando hayas hecho esto, sígueme.» El joven se entristeció, porque era rico, y Jesús comentó: «¡Cuán difícil es que un rico entre en el Reino de los Cielos!» Así el Maestro ratifica la Ley de Moisés y agrega el mandamiento de la caridad, fundada en el despego de las cosas materiales. Pero esto se completa con aquella otra sentencia famosa de Jesús: «Deja a los muertos enterrar sus muertos.» El rico, antes de seguir al Maestro y de repartir sus bienes, habíale advertido que necesitaba previamente enterrar a su padre, que

acababa de morir; a lo cual siguió la frase famosa: «Deja a los muertos enterrar sus muertos.» Porque vió el egoísmo del rico y lo consideró como un muerto, pues muertos están para la vida espiritual, los que, por el placer del mundo, se apegan demasiado a la vida corporal, y olvidan la otra.

MONSEÑOR

Mucho dan que pensar vuestras observaciones.

HUÉSPED

Con la misma intención, Cristo arroja a los mercaderes del Templo, que habían convertido en casa de mercar la casa de orar, y fulmina a los fariseos hipócritas, que ocultan, bajo ceremonias aparatosas, sus empresas venales. La excesiva pobreza con sus miserias obsta a la vida espiritual tanto como la excesiva riqueza con sus concupiscencias. El cuerpo hambriento y el cuerpo regalado, conspiran igualmente contra el alma, si ésta se duerme en la molicie del renunciamiento o de la abundancia. El Maestro tiende siempre a definir el valor de la vida espiritual. Él dijo a sus discípulos: «Todos vosotros seréis hijos de Dios.» A los que lo hubieran logrado, el resto les sería dado en añadidura. Una sociedad de hombres así resucitados a la verdadera vida, la vida de la con-

ciencia, sería de suyo una república feliz. Platón formuló para la suya leyes de coacción externa; Jesús no promulgó ninguna para el orden social. Si algún nuevo orden civil apareciera, este sería consecuencia del nuevo orden espiritual. Comenzó el Maestro por realizar su ideal en sí mismo: de tiempo en tiempo se retiraba al desierto para recobrar toda su personalidad interior, pero volvía al mundo. Así nos enseñó a edificar en cada uno las moradas del alma. Él no hizo de la miseria, humillación del cuerpo, ni de la humillación, miseria del alma, el ideal de la vida. Quiso que la economía fuese la ciencia de los medios, no de los fines. Idéntico significado se desprende de sus milagros.

MONSEÑOR

Veamos eso; pues aunque no siempre apruebo lo que decís, me interesa oiros.

HUÉSPED

En los enfermos curados por Jesús noto una coincidencia significativa: son todos ellos ciegos, paralíticos o leprosos. El sentido simbólico es transparente, como si se tratase de parábolas en acción. Muestra en las dolencias del cuerpo, los misterios del alma.

MONSEÑOR

Explicaos mejor.

HUÉSPED

Sus ciegos, son los hombres sin fe; sus paralíticos, los hombres sin esperanza; sus leprosos, los pecadores. Volvió a los ojos la luz del cielo, gracias a la fe, que es luz del alma; y a los miembros yertos, el movimiento de la vida; y a los cuerpos maculados, la pureza de su virtud.

MONSEÑOR

Glosáis muy bien tales casos; pero os habéis olvidado que Jesús también resucitaba muertos y exorcisaba endemoniados.

HUÉSPED

El símbolo doctrinal es, en estos casos, más claro aún.

MONSEÑOR

¿Más claro?

HUÉSPED

Baste decir que los endemoniados son los poseídos por el espíritu del mal, y que el propio Cristo necesitó morir para recobrar en la resurrección la vida eterna.

MONSEÑOR

Me place oiros hablar así.

HUÉSPED

Cuando curaba a los endemoniados, Jesús dialogaba con los malos espíritus de la posesión satánica, en un antagonismo dramático. Así ocurrió con el demonio que le dijo llamarse «Legión», y con los que transmigraron de las cuevas de Gadara a una piara de cerdos, arrojándose luego al mar de Genesareth. Además, según Mateo en el capítulo XVII, Jesús dijo después de uno de sus exorcismos: «A esta clase de demonios no se lanza sino mediante la oración y el ayuno.» Con esto entramos en los dominios de la magia natural, pues se trata del desarrollo de poderes ocultos en el hombre, para obrar, por la purificación de la materia, sobre los espíritus impuros de la carne. No olvidemos, asimismo, que Jesús luchó cara a cara con el Demonio que le ofrecía el Reino de la Tierra, y Jesús lo venció mediante algunos conjuros mágicos. Le bastó decir: *Vade retro,* y con tales palabras venció al Demonio.

MONSEÑOR

Cosas son éstas que han sido estudiadas en la *Demonialitatis,* del padre Sinistrari, y en otros autores eclesiásticos.

HUÉSPED

En cuanto a los resucitados, que se incorpo-

raban de entre los muertos, como en el día de la justicia final, el significado místico es patente. Cristo lo realizó consigo mismo para completar con su Resurrección, la trilogía mística que ella forma con la Encarnación y la Pasión, celebradas en un texto de la Misa. Por otra parte, sus resucitados lo fueron por milagro de amor, como Lázaro, o por milagro de fe, como la hija de Jairo. No es aventurado creer que con las resurrecciones, los exorcismos y las curaciones de enfermedades de la piel, cuyas manchas son fácilmente visibles, Jesús procedía como médico del cuerpo, pero en realidad obraba como médico del alma. Procedía mediante palabras y gestos mágicos, en virtud de sus poderes extraordinarios, pero no lo hacía sino con quienes tenían fe en él o para edificar a los que asistían a tales milagros. Movíalo menos el deseo de mostrarse capaz de hacerlo, que el amor al prójimo librado así de sus males, y menos esto, quizá, que la enseñanza esotérica del misterio espiritual revelado por él en su propia encarnación y en la carne doliente de todos los hombres.

MONSEÑOR

En otras enseñanzas, sin embargo, el Maestro habría seguido un procedimiento distinto,

HUÉSPED

Quizá, cuando se trata de simples preceptos, de normas intelectuales.

MONSEÑOR

El Maestro dice: «Lo que entra por la boca, no es lo que mancha al hombre, sino lo que sale por la boca.»

HUÉSPED

Esto se refiere al hombre como ente invisible, que no se mancha con los alimentos impuros, de los cuales el cuerpo mismo puede defenderse, sino con los pensamientos impuros, cuando salen por la boca a esparcir en el mundo, bajo la forma de palabras malévolas, las simientes del pecado. Jesús mismo lo ha explicado así.

MONSEÑOR

San Mateo es quien consigna esa sentencia, seguida de esta otra: «Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, blasfemias y falsos testimonios.» Quiere con ello el Maestro cegar en la conciencia la fuente de los males, cuyo agente es la palabra, misterio de la carne y del espíritu juntos.

HUÉSPED

Por eso el Maestro enseña que al que malquiere o injuria a su hermano debe ser condenado a muerte.

MONSEÑOR

Y va más lejos aún cuando enseña: «Si tu ojo es ocasión de escándalo, sácalo; más vale entrar tuerto al cielo que con vista al infierno.» Y también esto: «Si tu mano es ocasión de escándalo, córtala; más vale entrar manco al cielo, que entero al infierno.» Porque el escándalo de los cuerpos, viene de la conciencia o lleva a ella pensamientos impuros que manchan el alma, creando móviles de pecado.

HUÉSPED

Por todo esto digo que la acción más trascendental de Cristo en los destinos de la humanidad consiste en haber deslindado la vida física de la vida espiritual; el yo, del no yo; el espacio, del tiempo, ensanchando, fecundando, iluminando el campo de la conciencia humana. No le bastaba al genio de la especie haber despertado al hombre en el animal por medio de la razón; era necesario despertar al ángel en el hombre, por medio de la intuición. Los hebreos llamaban «hijos de Dios» a los hombres espiritualizados; por eso Jesús adoptó ese

nombre. La religión es, en general, una fuerza biológica que trasciende las esferas de lo groseramente orgánico para crear en el mundo astral de los espíritus.

MONSEÑOR

No todas las religiones, pues algunas fomentaron la materia impura y obscura de los apetitos sensuales. El fetichismo fálico, las hecatombes sangrientas, las bacanales mágicas, no trabajaron para el mundo astral de los espíritus, como vos decís. Por lo contrario, la religión de esos cultos bestiales, anegó en lodo el espíritu, cortó al ángel las alas.

HUÉSPED

Cierto es lo que afirmáis, Monseñor. El paganismo, aun en sus manifestaciones más nobles, no posee el sentimiento de la vida interior con tanta profundidad y lucidez como el cristianismo. Si consideramos el cristianismo como la religión verdadera, es porque vino contra todo aquello, para crear la autonomía del alma humana, para libertar al hombre invisible, para fundar el Reino de Dios en la tierra por la comunión de todas las almas. Durante la gentilidad primitiva, el hombre está dominado por la naturaleza, cuyas fuerzas se deifican en el fetiche primitivo con el Totem o el Falo, o en los mitos bárbaros, con Inti o Wo-

tan. Durante la gentilidad clásica, el Hombre domina ya a la naturaleza, deificando su propia fuerza victoriosa, como en Hércules o Prometeo; pero sólo con Cristo aparece la religión del Hombre Espiritual que ha superado su propio ser corpóreo. La filosofía griega entrevió algo de esto, con Platón, Pitágoras y Plotino; pero el pensamiento abstracto de estos maestros resultó infecundo como religión. Cristo hizo de todo ello una realidad viva.

MONSEÑOR

Si así lo creéis sinceramente, no comprendo por qué torturáis vuestro ingenio con tantas cavilaciones sobre Cristo y el cristianismo.

HUÉSPED

Porque necesito que el Cristo invisible reviva en mí, y en cada uno de nosotros.

MONSEÑOR

Lo que buscáis no puede darlo sino la fe. La palabra de Nuestro Señor Jesucristo es la revelación de un gran misterio. La inteligencia del hombre pliega sus alas fatigadas cuando pretende llegar hasta esa altura.

HUÉSPED

Sin duda en Jesucristo hay un misterio que conmueve y asombra...

MONSEÑOR

Si creéis en el Evangelio, como lo confesáis, debéis creer al Evangelio cuando dice que Jesús se llama el Cristo, porque es el Redentor anunciado y esperado. Cristo es, necesariamente, Dios hecho hombre.

HUÉSPED

O bien el hombre hecho Dios.

MONSEÑOR

¡No es lo mismo!

HUÉSPED

Recuerdo los pasajes del Evangelio a que vos aludís. Cuando habló con la Samaritana junto a la cisterna, lo afirmó rotundamente. La Samaritana habíale dicho: «Sé que está por venir el Cristo», y Jesús le respondió: «Ese soy yo, que habla contigo.» Pero confieso, Monseñor, que me intriga esta declaración tan franca hecha a una mujer cualesquiera que encontró en un camino, porque tal franqueza contrasta con la prudencia que observó siempre el Maestro acerca de este asunto.

MONSEÑOR

Toda su conducta, a través del Evangelio, confirma esa declaración.

HUÉSPED

Su conducta, puede ser; pero no sus palabras. Citaré, por ejemplo, aquel pasaje de San Mateo en el capítulo XVI de su Evangelio: «Mandó a sus discípulos que a nadie dijesen que Él era el Cristo o Mesías.» Esta consigna es concluyente.

MONSEÑOR

Si antes Jesús no hubiera dicho a sus discípulos que Él era el Cristo, no tendría razón de ser esa consigna de secreto. Por otra parte, aún no había llegado el tiempo de decirlo públicamente, si era necesario que lo dijese.

HUÉSPED

Empleó casi siempre sobre este asunto, fórmulas evasivas. Ante los fariseos, en el Templo de Jerusalén, dice: «Yo no he venido de mí mismo, sino de quien me ha enviado.» Otra vez dice: «Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de mí.» Y otra vez: «Cuando habréis levantado en alto al Hijo del Hombre, conoceréis quién soy, y que nada hago por mí mismo, y hablo lo que mi Padre me enseñó.» En oyéndole estas cosas, las gentes se desconcertaban. Algunos preguntaban: «¿No es éste el hijo del carpintero?», puesto que aludía a su padre. No faltaba quienes

murmurasen, como lo refiere San Juan: «¡Ha perdido el juicio! ¡Está endemoniado!» Con los fariseos tuvo, asimismo, este diálogo: «Tú das testimonio de ti mismo, y así tu testimonio no es válido.» Respondió Jesús: «Aunque doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es digno de fe, porque yo sé de dónde vengo y adónde voy, mientras vosotros no sabéis de dónde vengo y adónde voy.» Nada de esto se parece a lo que dijo a la Samaritana, tan clara y rotundamente.

MONSEÑOR

Cuando llegó la hora, ante los jueces del Pretorio, habló como lo deseáis.

HUÉSPED

San Juan sólo consigna, al respecto, frases de una reticencia irónica o trágica.

MONSEÑOR

Cuando Pilatos le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?» Jesús respondió: «Tú lo dices.»

HUÉSPED

Eso es ambiguo.

MONSEÑOR

Cuando le dijo que todo el mundo daba testimonio contra él, guardó silencio.

HUÉSPED

Un silencio formidable que impresionó a los jueces; el silencio del Santo que se resigna a morir.

MONSEÑOR

El presidente preguntó a la multitud si querían que libertase a Barrabás o al que llaman el Cristo.

HUÉSPED

Eso iba por cuenta de la multitud, pues lo llamaban el Cristo, como también el Mesías, el Hijo de David, el Rey de Israel.

MONSEÑOR

Pero el Maestro declaró su misión a los discípulos en el secreto de la iniciación y a la Samaritana en aquel diálogo que es como el agua fresca de la fuente. La Alta Verdad, en la doctrina y en la vida, por ambos pasajes se esclarece. La naturaleza divina de Jesucristo es la piedra de toque de nuestra fe.

HUÉSPED

Y ella es también su piedra de escándalo.

MONSEÑOR

¿Cómo podéis proferir semejante blasfemia?

HUÉSPED

No he blasfemado, Monseñor: quiero significar, solamente, que en el mesianismo profético reside la disidencia fundamental de Roma con el judaísmo y con el racionalismo.

MONSEÑOR

¡Allá ellos!

HUÉSPED

Para un hebreo fanático, Jesús de Nazareth no es el Mesías de Israel, que ellos aun esperan, y para un ateo racionalista, el Mesías implica una violación de las leyes naturales.

MONSEÑOR

Nuestra fe se afirma en las Sagradas Escrituras.

HUÉSPED

En las mismas Sagradas Escrituras se funda la obstinación judía; y en ellas ha podido fundarse últimamente la tesis de un psiquiatra positivista, que con textos del Evangelio, «diagnostica» el mesianismo de Jesús como un caso de delirio sistematizado.

MONSEÑOR

¡El carbón del Infierno da esas rojas chispas, como blasfemias la lengua negra de Satán!

HUÉSPED

Los Evangelios dicen que muchos contemporáneos de Jesús lo creyeron loco, y si a esto se agrega sus vagabundajes, sus alucinaciones, sus ensimismamientos, las alternativas de su conducta entre las soledades del desierto o las fiestas de la ciudad, sus transportes de furor o de misticismo, sus frases enigmáticas, su misión grandiosa, y tantos otros rasgos comunes a la santidad, al genio y a la locura, tendremos los hechos con que razona esta nueva teoría de la impiedad científica.

MONSEÑOR

¡Ya veis adónde puede conducir la razón, en la que vos confiáis!...

HUÉSPED

No la razón, sino la fe de los hebreos, sacrificó a Jesús.

MONSEÑOR

Sin embargo, el profeta Isaías lo había anunciado todo, en aquel pasaje del capítulo LII, que es famoso en la Iglesia: «Crecía una como humilde planta—dice el Profeta—y brotaba como una raíz en tierra árida; no tenía aspecto bello ni esplendoroso. Despreciado y deshecho de los hombres, nadie hacía caso de él. Cubierto de vergüenza y afrentado, era una

nada. Es cierto que él mismo tomó sobre sí nuestros dolores, pero se le reputaba como un leproso y como un hombre herido de la mano de Dios y humillado. Por causa de nuestras iniquidades fué él llagado y despedazado por nuestras maldades. De ese castigo debía nacer nuestra salvación y con sus cardenales fuimos curados. Ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros, y cada cual se desvió y a él sólo le ha cargado Jehová sobre las espaldas la iniquidad de todos. Despreciado, humillado, no abrió la boca, fué conducido a la muerte como va la oveja al matadero y como un corderito que está mudo delante del que lo esquila, no abrió la boca. Su sepulcro será como el sepulcro de un malvado, su muerte como la muerte de un impío. Pero después de sufrida la opresión y la inicua condena, será levantada una generación numerosa y los intereses de Jehová prosperarán entre sus manos.» Eso dice la profecía. Como veis, se describe en ella el nacimiento, la pasión y muerte de Cristo, su resurrección y el triunfo de la Iglesia, con una precisión asombrosa.

HUÉSPED

Renan dice que se interpolaron en la Biblia muchos libros apócrifos, como la Iglesia lo reconoce, y que este de David ha sido interpolado.

MONSEÑOR

El pasaje citado es auténtico, puedo asegurarlo. Por otra parte, hay cincuenta en la Biblia que profetizan al Mesías en forma análoga, aunque menos precisa.

HUÉSPED

De ahí nace la sospecha de que la figura póstuma de Jesús se haya modelado sobre lo que anunciaron los profetas y sobre lo que creyeron sus primeros fieles.

MONSEÑOR

¿Con qué objeto?

HUÉSPED

Para comprobar que Jesús era el Mesías bíblico.

MONSEÑOR

Como los hebreos dudaron, así dudáis vos mismo.

HUÉSPED

No me niego a creer.

MONSEÑOR

Mas no lo creéis, como el paralítico no se niega a andar, pero no anda, porque no puede hacerlo. Así vos carecéis de la aptitud de creer,

como se carece de un miembro o de un sentido. Es una desgracia para vos, y error el pretender remediarla con razonamientos.

HUÉSPED

Pues ¿qué se necesita para remediarla?

MONSEÑOR

Un gran dolor.

HUÉSPED

Lo he padecido.

MONSEÑOR

Un gran amor.

HUÉSPED

Lo he conocido.

MONSEÑOR

Sois incomprensible.

HUÉSPED

Como todos los hombres, Monseñor.

MONSEÑOR

Si creéis en Dios, Padre Omnipotente, ¿por qué no creer que Él pueda haber inspirado a los Profetas de Israel, y haber criado a su Hijo en el seno de una Virgen, para confiarle la redención del género humano?

HUÉSPED

Porque todo ello presupone que Israel es el Pueblo elegido de Jehová, pues sus Profetas anunciaron que de su sangre nacería el Redentor y que por ese privilegio lo bendecirían todos los pueblos de la tierra; pero la historia comprueba, en cambio, que la venida de Cristo fué siniestra para el destino de Israel.

MONSEÑOR

Isaías, en el capítulo VII, dice también: «Sabed que una Virgen concebirá y parirá un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel» que, traducido, significa: «Dios con nosotros...»

HUÉSPED

Pero el Cristo del Evangelio no se llamó Emmanuel, sino Jesús.

MONSEÑOR

Jesucristo realizó la profecía del nombre bíblico, puesto que Dios vino con Él hacia nosotros.

HUÉSPED

Sin embargo, las profecías no bastan como argumento, puesto que en nombre de ellas, los judíos siguen esperando a su Mesías. Por otra parte, el Mesías del Viejo Testamento es el

Cristo de Israel, mientras el Cristo del Nuevo Testamento es el Mesías de toda la humanidad. Agregad a esto que, según ya lo dijimos, para San Mateo, Cristo es el Mesías de los hebreos, mientras para San Marcos y San Lucas, es el Salvador del mundo, y para San Juan, es Dios mismo, el Verbo encarnado. La diversidad de los cuatro testimonios evangélicos, de que antes hablábamos, aparece ahora en toda su trascendencia.

MONSEÑOR

Creo haberos dicho antes que esos cuatro testimonios se reducen a una sola verdad.

HUÉSPED

A una sola verdad misteriosa, que sólo puede ser alcanzada por la fe; pero la fe del judío es contraria a la fe del católico. Por eso os manifesté hace un instante, que prefería no entrar en la región obscura de las Causas, y aun cuando se le considere a Jesús como un personaje histórico, debemos recordar que, según los documentos evangélicos, el Nazareno fué, para algunos de sus contemporáneos, el Rey de los Judíos, tal como reza el I. N. R. I. de la Cruz, y fué para otros un loco. Lo grave es que, el testimonio evangélico, ha encontrado en nuestro tiempo un alienista francés, que, al convertir en tesis científica la presunta locura de Je-

sús, pretende demostrarla con gran acopio de hechos y de doctrina y de citas evangélicas.

MONSEÑOR

¿Cómo se llama ese hombre infernal?

HUÉSPED

El doctor Binet Sanglé.

MONSEÑOR

¿Y su libro?

HUÉSPED

La folie de Jesús.

MONSEÑOR

¡Sólo ese escarnio faltábale a Nuestro Señor! Lo escarnecieron en el Pretorio, lo crucificaron en el Calvario, y este afán de escarnecerlo y crucificarlo otra vez, no prueba sino que Cristo resucitado, vive aún.

HUÉSPED

Mucho es lo que se ha escrito en contra de Jesús y lo que todavía se escribe.

MONSEÑOR

La blasfemia de ese médico ateo, cuya obra no conozco ni deseo conocer, no tiene siquiera el mérito de la originalidad. Renan la había

estampado ya en su libro seductor y perverso, aunque un poco al desgaire y sin solidarizarse con ella. Pero esta enormidad es tan vieja como el cristianismo, pues San Marcos, en su capítulo XIX, la da como una impresión del vulgo judeo-romano ante la excelsitud de aquel Espíritu a quien muchos no comprendieron. La historia humana está llena de casos análogos.

HUÉSPED

Sí, como el caso de Colón, a quien sus contemporáneos tuvieron también por loco.

MONSEÑOR

Y si tal cosa pudo ocurrir con hombres simplemente geniales, no debe sorprenderos que haya ocurrido con el Dios-hombre, con el hombre misteriosamente divino. Él mismo dijo: *Nadie es profeta en su patria*, y sus compatriotas, al oírlo hablar cosas incomprensibles, murmuraban: *Está endemoniado*. La hostilidad contra Él, provino, principalmente, de esa incomprensión.

HUÉSPED

Cierto es cuanto acabáis de decir; pero la novedad del libro de Binet Sanglé, consiste en el aparato «científico» y en la abundancia de textos aducidos para sostener que Jesús fué un vagabundo con taras hereditarias, que plasmó

su delirio místico en la ley y los profetas, hasta hacerse matar para que las profecías se cumplieran. Profesor de psicología materialista, Binet Sanglé reconoce que Jesús sabía leer y escribir, que poseía una asombrosa memoria, que conocía los libros sagrados de su país, pero que ignoraba la ciencia reinante en los pueblos civilizados de su época: Atenas, Roma, Alejandría. Sobre un terreno fisiológico adecuado, sin control intelectual, sin vida higiénica y en medio de una sociedad propensa a tales ilusiones, se creyó el Mesías, y después de un período ambulatorio, su enfermedad mental se sistematizó en megalomanía, con raptos de furor, alucinaciones místicas y discursos incoherentes. Los anuncios de Isaías fueron quizá el germen de su delirio. Según Binet Sanglé, Jesús, en el París del siglo XIX, habría sido internado en un hospicio, por razones de orden público; pero, en la Judea de Pilatos, originó una religión.

MONSEÑOR

¡No prosigáis!

HUÉSPED

El alienista francés agrega a su argumentación varias historias clínicas contemporáneas, entre las que predominan casos de judíos alcoholistas, afectados del delirio mesiánico.

MONSEÑOR

No prosigáis.

HUÉSPED

Perdonad, Monseñor, pero yo no hago sino repetir opiniones ajenas, lo cual no significa que las doy por mías, y creedme que las repudio a la par vuestra.

MONSEÑOR

Me complace saber que las repudiáis.

HUÉSPED

Las naturalezas exaltadas presentan ambigüedades entre el genio y la locura, y han dado tema a una ciencia superficial, que estuvo de moda hace treinta años. Max Nordau fué el pontífice de esa capilla materialista. Él declaró degenerados a los mayores genios del siglo anterior, como Ribot diagnosticó el histerismo de Santa Teresa, de cuya obra nada estudió y de cuya alma nada entendiera.

MONSEÑOR

Por tales pensadores, León Daudet ha llamado el siglo estúpido al siglo en que florecieron. Por otra parte, nada probaría contra Jesús el hecho de que la naturaleza humana se hubiera desequilibrado al recibir a Dios mismo en la carne.

HUÉSPED

Dios pudo evitar ese desequilibrio.

MONSEÑOR

Como hubiera podido evitar la pasión y muerte de Jesús; pero, en tal caso, no se habrían realizado las profecías, ni hubiera nacido el cristianismo. Lo que se creyó locura, no fué sino éxtasis, inspiración y prodigio. Si todo ello presenta las apariencias de la locura, no podemos afirmar que Jesús fué un alucinado.

HUÉSPED

Y si lo fué realmente, será porque a veces la Providencia confía más en la locura del hombre que en la razón del hombre.

MONSEÑOR

Pero no necesitamos, amigo mío, llegar a tales extremos para desautorizar a esa ralea satánica de escritores anticristianos, que, como los energúmenos del Pretorio, continúan befando a Cristo en su inmortalidad. Para desautorizarlos basta recordar el misterio de Jesús, que siendo el Hijo del Hombre, fué el Hijo de Dios.

HUÉSPED

Una forma simbólica de ese misterio pu-

diera haber sido la última entrada de Jesús en Jerusalén, el día de la Pascua, entre los niños que agitaban sus palmas, gritando: *¡Hossanna! ¡Hossanna al hijo de David!*», mientras Él pasaba cabalgando en su asno. Jesús, como poeta que era, gustaba de las expresiones figuradas, y sus actos fueron, como ya os lo he dicho, parábolas en acción. Esta que parece la ocurrencia grotesca de un loco, también es una parábola: El Hijo de Dios entra en la Ciudad Santa cabalgando en un asno, el ser divino en el ser bestial, y así lo reconocen ingenuamente los niños, las almas nuevas de los que serán «hombres» mañana.

MONSEÑOR

Parábolas en acción... Ahora entiendo lo que queréis decir con esa frase.

HUÉSPED

Las palabras de Cristo, preñadas de sinceridad, fueron como actos; sus actos, preñados de intención, fueron como palabras.

MONSEÑOR

Pues si con tanto acierto interpretáis la última entrada del Señor en la Ciudad Santa, ello significa que vos también reconocéis al Hijo de Dios en el jinete de la bestia domesticada...

HUÉSPED

Lo reconozco, y como los niños grito *¡Hosanna!* y agito palmas a su paso.

MONSEÑOR

Luego, también para vos, Jesucristo es el Mesías.

HUÉSPED

Sí, pero no el Mesías de los hebreos fanáticos, porque éstos lo desconocieron, ni el de los Católicos fanáticos, porque éstos se han apoderado de Él y lo niegan al resto de la humanidad.

MONSEÑOR

No siendo Jesucristo el Mesías de los hebreos, ni el Mesías de los Católicos, no veo cómo podéis definirlo, ni en qué podéis fundar una concepción tan extravagante, si os apartáis de las profecías.

HUÉSPED

Cristo es el Enviado de Dios, el Salvador del Hombre. Cristo es el hijo de Dios, por encarnación en la materia humana, fecunda y virgen. Cristo es el Hijo del Hombre, porque del Hombre ha renacido el Ángel, encendiendo en la carne sacrificada la luz del Espíritu,

como la llama en el cirio de una ofrenda. El misterio de su divinidad tiene hoy su prueba incontestable en la historia misma del cristianismo. Desde hace veinte siglos, Cristo es un Dios para la humanidad, mientras los otros dioses van abandonando la tierra o confinándose en sus regiones de origen. Durante veinte siglos, la humanidad ha seguido la dirección universal y ascensional que El señaló. Mi razón se satisface con esta prueba, y mi fe aguarda otra más hermosa jornada del Espíritu de Cristo en la salvación del género humano. La misión de un Cristo Salvador de los hombres, como Mesías universal, es más grande que la del Mesías bíblico, y está llamada a conciliar las religiones en la conciencia de cada hombre por un misterio de amor.

MONSEÑOR

Esa concepción implica una justificación histórica de nuestra Iglesia, y en tal sentido no me repugna; pero la encuentro peligrosa...

HUÉSPED

Cada raza, cada siglo, cada cultura, según lo vamos comprobando, ha tenido su Cristo, en lo físico y en lo moral. Así cada hombre concibe el suyo por fatalidad psicológica. Podríamos cambiar el proverbio: «Dime cómo concibes a Cristo y te diré quién eres.» La multitud

de sus imágenes proviene de la misma condición dinámica del modelo. Es un niño en Belén, y un anciano en su identidad con el padre: es un hombre en la tierra y un Dios en el reino de los cielos, es un prototipo de belleza y un espectáculo de dolor, un Mesías y un loco. Cristo vino para suplantar los errores de la religión natural o de una revelación imperfecta, por la perfecta Verdad que en él se encarnó. Después de Él, las nuevas religiones o las religiones intolerantes, carecen de justificación, porque sólo son formas impías de la soberbia humana.

MONSEÑOR

¿Sois protestante?

HUÉSPED

No lo soy.

MONSEÑOR

Lo parecéis, a ratos.

HUÉSPED

Acaso porque he leído los Evangelios, y porque me fundo en ellos para decir que Cristo es muy sobrio en crear disciplinas eclesiásticas y coacciones exteriores. Confía más en la conciencia elevada a maestro invisible y guía del hombre carnal, siempre claudicante. A sus

discípulos no les enseñó sino una plegaria y no les dió sino un mandamiento.

MONSEÑOR

¿Una sola plegaria?

HUÉSPED

Sus discípulos le preguntaron cómo invocarían al Padre cuando el Hijo se hubiera ausentado de la Tierra, y el Maestro les dijo: «No recéis sino esta oración: «Padre Nuestro que estás en los cielos, sea santificado tu nombre. Venga tu reino, y hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra. El pan de cada día, dánosle hoy. Perdona nuestros pecados como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en tentación y líbranos del mal.» Esto es, al menos, lo que Lucas refiere. Santifica a Dios, a quien invoca; reconoce el poder de la Providencia, a quien pide el pan del cuerpo y el perdón de los pecados, instituyendo así una relación directa entre Dios y el hombre.

MONSEÑOR

Y habéis dicho también que no dió a sus discípulos, sino un mandamiento...

HUÉSPED

Ratificó el Decálogo de Moisés, desde luego; pero todas sus enseñanzas, podrían reducirse

a este mandamiento: *Amaos los unos a los otros.* San Juan, nonagenario, según San Jerónimo, estuvo repitiendo esta frase hasta la hora de su muerte: «Criaturas, hijitos, amaos los unos a los otros.» Como los neófitos le preguntaran al anciano por qué la repetía, contestó: «Porque es el mandamiento del Señor, y si esto se hace, ya es bastante.»

MONSEÑOR

Pureza en los pensamientos y amor en los actos, eso es, sin duda, la moral cristiana.

HUÉSPED

Pero el ideal cristiano consiste en que cada hombre pueda hacer por sí mismo la policía de su vida íntima, de su fuero interior. En ello reside el oculto poder de elevación humana que trajo el cristianismo. Jesús afirmó la doctrina de que la conducta depende de la conciencia, y de la purificación de esta última depende la moral. Jesús, Maestro de las almas, deslindó para eso la vida física, de la vida espiritual; y prometió que el reino de los cielos vendría a nosotros, si sabíamos realizarlo en nosotros mismos por medio del amor. Tratar a los demás hombres como queremos que ellos nos traten, parece una simple fórmula del egoísmo, pero es cosa difícil de practicar. Y aun Cristo

superó esa fórmula en la práctica y en la doctrina.

MONSEÑOR

Si recordáis otras sentencias que detallan ese principio general, veréis que Cristo dijo: «No condenéis y no seréis condenados.» «Perdonad y seréis perdonados.» Meditad un instante, y reconoceréis que se requiere un elevado progreso espiritual para no condenar al prójimo y para perdonarlo. Aunque el móvil pudiera ser egoísta, sus fines son altruistas. La práctica de tal virtud bastaría para concluír con la maledicencia, origen de la discordia.

HUÉSPED

Cierto es lo que afirmáis, y, desde luego, reconozco en Cristo a un admirable psicólogo, pues funda la moral, no en la coacción externa, sino en la disciplina interior de los sentimientos y de las ideas.

MONSEÑOR

La limpieza de las intenciones y el gobierno de las palabras, son los resortes de su moral.

HUÉSPED

Eso es de por sí extraordinario; pero si he considerado egoista la primera sentencia, es para exaltar el altruísmo heroico de sus otros consejos de amor.

MONSEÑOR

Cristo dice: «Si no amáis sino a los que os aman, ¿qué mérito es el vuestro? Porque también los pecadores aman a quien los ama.» De aquí arranca el mandato de amar a nuestros enemigos.

HUÉSPED

A eso iba, para definir lo que hay de nuevo y sublime en el amor cristiano. Del Maestro son estas sentencias: «Bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian.» Y él agrega: «Al que te pide, dale; al que te roba de tus cosas, no lo demandes; y al que toma tu capa, déjale llevar también la túnica». «Nadie tiene amor más grande, agrega, que el que da la vida por sus amigos». Una moral semejante nunca fué predicada hasta que Él vino. El Maestro que la predicaba, le dió vida eterna con la sangre de su pasión y de su muerte.

MONSEÑOR

¡Oh cuán lejos de Cristo se hallan Confucio con su vida, Sócrates con su muerte y Platón con su doctrina! Es incomprensible cómo los librepensadores se conforman con llamar filósofo a un Maestro de tan elevadas virtudes. Quien como Él hablaba, quien como Él viviera, quien como Él murió, no pudo ser sino un

hombre divino, es decir, un Dios, el único verdadero.

HUÉSPED

Sin duda en Jesucristo hay un misterio que conmueve y que asombra. Sócrates, a pesar de su muerte, y Platón, a pesar de su doctrina, son dos dialécticos de la moral. Confucio está más cerca de Cristo, no por su vida, sino por sus enseñanzas, puesto que ha fundado una religión; pero la suya es una religión sin misterio, sin dinamismo ni universalidad.

MONSEÑOR

Cristo es Dios.

HUÉSPED

El Maestro describió el Reino de los cielos como una realización terrenal, y un estado de gracia de las almas. A través de veinte siglos, la humanidad va logrando esa realización, en los individuos, por sus progresos espirituales, y en la especie, por sus progresos políticos. La empresa no ha concluído, y los tiempos llegan de una nueva esperanza mística para el mundo. La humanidad va, distraída como el incrédulo Cleofas por el camino de Emmaus a la hora del crepúsculo, y acaso el Resucitado viene bajo una forma invisible, para dar a las almas un mensaje nuevo.

MONSEÑOR

El Evangelio es su mensaje.

HUÉSPED

Por eso he buscado en el Libro Santo las palabras auténticas del Mensajero. El destino secular y universal de su palabra, revela por sí solo el origen divino de su enseñanza. Si en el primer diálogo, Monseñor, hemos superado la visión cambiante de los iconos, fué para escuchar en este segundo diálogo la palabra, remontándonos al Espíritu. Su nuevo mensaje sea ahora como un canto en la noche y toda su doctrina un simple sentimiento de Amor.

III

EL ESPÍRITU DE CRISTO

El Maestro dice:
—Yo soy la vida...

EL ESPÍRITU DE CRISTO

HUÉSPED

He visto con emoción esta mañana, desde la reja de mi aposento, a los peones que salían del oratorio, con sus mujeres y sus hijos.

MONSEÑOR

Vinieron a la misa que suelo celebrar para ellos los domingos, y casi todos comulgaron hoy.

HUÉSPED

Por el tipo bronceado, parecían mestizos...

MONSEÑOR

Lo son, sin duda; y algunos llevan todavía nombres indígenas, aunque descienden de clanes autócnotos acristianados hace dos siglos.

HUÉSPED

Al verlos congregados, con sus trajes visto-

sos, a la puerta del oratorio, y luego dispersarse a paso lento por los senderos del valle mientras se levantaba el sol, que fué la divinidad de sus abuelos, me he quedado pensando, Monseñor, en algo que no puedo callar.

MONSEÑOR

Decidlo sin embozo.

HUÉSPED

Ver aquí en estos montes de América, tan lejos de Jerusalén y de Roma, una capilla con su cruz, un altar con su misa, un obispo con sus fieles, cuatro siglos después de haber andado por aquí San Francisco Solano, que pasó el mar y la montaña para predicar el Evangelio, es algo que realmente asombra como un prodigio del Espíritu Santo, dos milenios después de Cristo, con el océano de por medio, y con fieles cuyos antepasados fueron fetichistas, en estos mismos lugares tan escondidos del mundo.

MONSEÑOR

Muchas veces he pensado yo en lo mismo.

HUÉSPED

Pero al propio tiempo, Monseñor, he pensado si estos pobres mestizos, analfabetos, alcoholistas, supersticiosos, pueden entender lo

que es el Dios-hombre, la Trinidad, la Eucaristía y demás misterios del cristianismo, que tan arduamente la teología define.

MONSEÑOR

Yo creo que sí lo entienden...

HUÉSPED

¿A su modo?

MONSEÑOR

Por iluminación de la gracia.

HUÉSPED

Cuestión difícil y digna de meditación: de una parte, el triunfo universal del cristianismo como institución histórica; del otro, el individuo, con su mimetismo para el culto externo y con el enigma de su alma para las cosas de la fe.

MONSEÑOR

El Espíritu Santo alumbra también para estas almas humildes. Por lo demás, la fe basta para salvarse. Ésta es la recta doctrina.

HUÉSPED

La fe sin el entendimiento de la Alta Verdad y sin la práctica del Amor, aquí abajo, es una mutilación del cristianismo.

MONSEÑOR

El rito católico es un carisma sobrehumano.

HUÉSPED

Por eso desearía, después de haber hablado sobre la imagen litúrgica de Jesús, que es el Hombre, y sobre la enseñanza evangélica de Cristo, que es el Maestro del Hombre, que habláramos sobre la misión espiritual del Mesías, considerado como salvador de todo el género humano, puesto que a tan remotas zonas de la tierra y de la humanidad pudo llegar su influencia.

MONSEÑOR

Esa misión espiritual quedó a cargo de nuestra Santa Iglesia cuando Jesucristo la fundó con los primeros apóstoles, instituyendo su doctrina y sus sacramentos para el porvenir.

HUÉSPED

Cuando anteanoche discurríamos sobre la iconografía cristiana, yo evocaba en silencio las numerosas imágenes del culto que dejó en América el catolicismo colonial. El culto de las imágenes, tan profuso en estos países, nos coloca, gracias a España, que fué la mediadora, en la tradición de Italia y de Grecia, cuyo arte la Iglesia católica puso al servicio de la

nueva religión. En cambio, cuando anoche hablábamos de los Evangelios, yo evocaba en silencio el vacío de nuestra cultura en este punto, pues en la América española muy pocos laicos leen los sagrados libros. Menos son aún los que comentan en público las escrituras o los que inspiran su propia conducta cíviva en las enseñanzas evangélicas. Lo contrario ocurre en la América sajona, que es protestante.

MONSEÑOR

Bajo el nombre común de americanos, los pueblos del Nuevo Mundo encubren diferencias que atañen al sentido de la vida y que acaso se fundan en un diverso sentido de la muerte.

HUÉSPED

Los americanos del Norte y los del Sur se consideran igualmente cristianos.

MONSEÑOR

Pero los del Sur practicamos la verdadera religión de Jesucristo.

HUÉSPED

En Estados Unidos, país de origen protestante, formado por inmigraciones cosmopolitas, con libertad de cultos, a cuyo amparo viven miles de budistas y millones de judíos;

tierra del rascacielo, del jazz, del cine; que se debate entre el vértigo de la mecánica, de los negocios y de las mujeres emancipadas, el parlamento dicta leyes de templanza, el pueblo considera la riqueza como una predestinación de la gracia y los ricos destinan sus millones al servicio social, mientras los obreros trabajan con buen salario durante la semana y leen los Evangelios el domingo.

MONSEÑOR

¿Nos ofrecéis el modelo yanqui?

HUÉSPED

La vida material de Estados Unidos me parece incomprensible o absurda; pero en cuanto al sentimiento religioso ocurren allí, como en todos los pueblos sajones, cosas que en nuestros pueblos serían imposibles o ridículas, y que allá equilibran el desarrollo material.

MONSEÑOR

Faltaría demostrar si todo ello ocurre porque son protestantes o porque son sajones.

HUÉSPED

Tal vez haya una propensión de raza en cada pueblo para determinados cultos, pero la educación puede formar una conciencia religiosa. En Estados Unidos la tradición bíblica for-

ma, como en Inglaterra, el fondo de su cultura y de su moral. Se la descubre en el pensamiento de sus grandes hombres: Wáshington el libertador, Emerson el maestro, Lincoln el demócrata, Whittman el poeta, Wilson el conductor. Wilson, antes de ir a la guerra, fué a orar en la tumba de Wáshington, y cuando se trasladó a Europa, visitó al Papa en una entrevista que el mundo entero contempló emocionado.

MONSEÑOR

No sé qué sentido pudieran tener sus actitudes desde el punto de vista esencialmente cristiano.

HUÉSPED

El sentido cristiano de la vida fué en Wilson profundo, y él mismo nos lo ha explicado en el opúsculo intitulado *Ser humano,* que es el evangelio de un estadista moderno. En esa obra dice que «si el cristianismo ha libertado al mundo, no lo ha hecho en tanto que es un sistema de moral o una filosofía del altruísmo, sino porque revela al hombre la potencia de un amor desinteresado. Su principio de vida—agrega—no se encerraba en un código, sino en su energía inspiradora. El amor, un amor sincero, clarovidente y personal, fué su vida y su inmortalidad. El Cristo ha venido, no para salvarse a sí mismo, sino para salvar el mundo.

Su inspiración, su ejemplo, son la clave que permite a todo hombre el descubrir sus propios dones, el encontrar su felicidad. El código moral que él ha enseñado puede, sin duda, ser igualado tomando un trozo aquí y otro allá de otras religiones, enseñanzas y filosofías. Todo hombre, verdaderamente tal, dotado de una conciencia, hállase forzado a reconocer un código de derecho y de piedad al cual deba conformar su conducta; pero sin esa virtud inspiradora del cristianismo, sin el amor, podrá vivir la vida del altruista más puro y, sin embargo, morir triste, como Marco Aurelio, con el corazón inquieto y desencantado.»

MONSEÑOR

¿Wilson dice eso?

HUÉSPED

Lo dice, Monseñor.

MONSEÑOR

Confieso que me impresiona oír tales palabras.

HUÉSPED

Y luego afirma: «El cristianismo nos ha dado, en la plenitud de los tiempos, la imagen perfecta de la vida buena, el secreto de la felicidad social e individual, pues la una no va sin

la otra, y el hombre que acepta ese secreto y lo pone a prueba en su vida, ha descubierto no solamente el mejor, el único medio de servir al mundo, sino asimismo el único adecuado para satisfacer sus aspiraciones. Entonces puede, en verdad, ese hombre, decir que se ha encontrado. Por otra parte, él conoce las potencias de su alma, sabe en qué atmósfera espiritual ellas se mueven y respiran, qué ardores le preservan de todo desfallecimiento, lo libertan de todo sentimiento penoso en el esfuerzo, asegurando su más perfecta manifestación. Las inquietudes de la juventud se van, la experiencia viene a dulcificar la fuerza que esta aumenta y hace más eficaz, y cuando viene la vejez, ella no trae ni decadencia, ni saciedad, ni nostalgia, sino una esperanza nueva que asciende hacia lo Alto en una más serena madurez.»

MONSEÑOR

Hermosas palabras, que no sé si habéis citado para demostrar la superioridad del espíritu protestante sobre el espíritu católico...

HUÉSPED

No, Monseñor: simplemente las he citado para recordar que los conductores sudamericanos no suelen hablar como aquel ciudadano que en su país fué Rector de Universidad y Presidente de República, aunque hablaba de

esa manera. Aquí no se oyen voces como la suya, y el pueblo yace en un nuevo paganismo: el alcohol y la superstición para los indígenas de tierra adentro, el lucro y el lujo para la gente de los puertos. Las Iglesias de esta otra América, entre tanto, permanecen ajenas a las necesidades espirituales de nuestra época y nuestros pueblos.

MONSEÑOR

La mecánica, la riqueza y la sensualidad, sin embargo, ha empobrecido la vida espiritual de Estados Unidos, en tanto que la tradición cristiana está viva en todos los pueblos ibéricos del Nuevo Mundo.

HUÉSPED

La tradición católica, como forma externa, sin duda alguna; pero no así el sentimiento cristiano, como inspiración de la vida.

MONSEÑOR

Cristo vive aún en todos los corazones de nuestra raza, y basta su imagen o su nombre, para evocar en nosotros la religión de nuestros padres.

HUÉSPED

La religión de nuestros padres fué una religión de sacramentos y de símbolos.

MONSEÑOR

En toda ella palpita una verdad espiritual, y por ser la única verdadera, ha perdurado en los tiempos.

HUÉSPED

La Iglesia católica ha perdurado gracias a su disciplina litúrgica y a su intransigencia dogmática, prestando con ello grandes servicios a la civilización en los tiempos pasados; pero acaso la civilización actual reclama de ella un poco de más tolerancia filosófica y de más adecuación a las necesidades concretas de la vida.

MONSEÑOR

Ella no puede transigir con la herejía, sin traicionar su misión.

HUÉSPED

A pesar de sus disciplinas herméticas y de su misión apostólica, no se puede negar, sin embargo, que un vasto movimiento cristiano se ha realizado fuera de ella.

MONSEÑOR

Son las ovejas descarriadas de que habló el Señor.

HUÉSPED

Si el Buen Pastor es Cristo, él las recogerá.

MONSEÑOR

Sólo sabemos que al dejar el mundo, después de habernos revelado la verdadera fe, Cristo confió a su Iglesia la custodia del rebaño.

HUÉSPED

Si la Iglesia custodia ese rebaño, ésta no puede rechazar a los que creen en Cristo.

MONSEÑOR

Puede rechazarlos si no creen en la Iglesia.

HUÉSPED

Porque en ella persiste una intolerancia, necesaria tal vez en otros tiempos, mas ahora hostil a la salvación de muchas almas. La piedad que ella muestra con los infieles primitivos, debiera mostrarla con los infieles civilizados. El hombre puede ser sabio en una ciencia de tinieblas.

MONSEÑOR

Si así fuera, la Iglesia cambiaría de actitud: el Espíritu Santo es el mentor de la Iglesia.

HUÉSPED

Comprendo que la Iglesia afirme sus severos

principios tradicionales para salvarse ella misma como institución histórica; pero ella debe también salvar al hombre, aunque ella deba cambiar, como cambió otras veces.

MONSEÑOR

Hubo cambios en ella, pero siempre accidentales, no esenciales. Los cismas pusieron a la herejía fuera de ella. Las modificaciones externas, incluso en la misa, no afectaron al dogma. Así la Iglesia de Cristo se reconoce inmutable a través de veinte siglos, en el nombre de su fundador y en el sistema de su fe. A esto me refiero, cuando afirmo que la tradición cristiana perdura en nuestros pueblos.

HUÉSPED

Tal vez; pero no son cristianos el fetichismo de la plebe ni la gazmoñería de la aristocracia. Se practica el culto, pero se ignora su significado. La caridad no es aquí sino instinto egoista o vanidad mundana. La conciliación realizada por un San Agustín, entre el acatamiento a la disciplina eclesiástica y la necesidad de comprender a Dios como expresión excelsa de la verdad, buscándolo adentro de sí mismo—*interius intimo meo*—, es algo que en nuestro país, ni se practica ni se entiende. Si yo escribiese un libro para exponer mis inquietudes sobre este

problema del alma, sería mirado con sospecha o con hostilidad.

MONSEÑOR

Eso dependería de lo que en el libro dijereis. Si fuese para decir lo que hasta ahora hemos hablado, nada habría en ello de escandaloso. Algunos católicos argentinos mirarían vuestra actitud con alarma, otros con benevolencia.

HUÉSPED

¡Quién sabe! Los católicos creerían que me he tornado protestante, o me llamarían ateo. En cuanto a los librepensadores, gente aún más superficial, me considerarían un fanático, y me llamarían reaccionario. En toda la América española no existe el hábito, ni el gusto, ni la comprensión de estos problemas. Acaso en algunos países, como en el nuestro por ejemplo, nunca hubo verdadera inquietud religiosa.

MONSEÑOR

En nuestro país, como en los otros del Continente, la antigua fe ha padecido con el comercio internacional y con la educación materialista; pero la vieja brasa arde aún bajo el rescoldo.

HUÉSPED

Ignoro si podría reencenderse el hogar, pero

las cenizas están sin luz y sin calor. Por otra parte, yo no me refiero a los indiferentes o los tibios, sino al común de los fieles y a los intelectuales emancipados, cuando afirmo que en la Argentina nunca hubo una verdadera inquietud mental por el problema religioso, lo cual es grave para una cultura naciente, porque la transcendencia metafísica da un ámbito y una densidad a las ideas, sin contar con que eso podría dar un contenido moral a la política. Las palabras de Wilson, que antes he recordado, descubren esas perspectivas espirituales compatibles con la cultura y con la acción del hombre moderno.

MONSEÑOR

Inquietud religiosa, la hemos tenido. Las persecuciones a la Iglesia por la masonería, o en la emancipación, en la constituyente, y en las reformas laicas de la época posterior, lo prueban suficientemente.

HUÉSPED

Esas fueron inquietudes provenientes de luchas filosóficas, económicas o políticas; pero no hubo inquietud religiosa, entendiéndose por ésta la aptitud interior del alma para buscar a Dios y para descubrirlo por los senderos de la meditación y del amor.

MONSEÑOR

Místicos cristianos, los hemos tenido. San Francisco Solano, fray Luis de Bolaños, el beato Alonso de Barzana, lo fueron en grado eminente, con las múltiples virtudes del éxtasis, de la caridad y del milagro.

HUÉSPED

Los personajes que citáis fueron españoles.

MONSEÑOR

Santa Rosa de Lima y sor María de la Paz, verdaderos místicos, nacieron en América, y aún están en pie las obras espirituales que en nombre de Cristo edificaron. Sor María, santiagueña, marchó a pie desde su provincia hasta Buenos Aires, con una cruz al hombro, para fundar la Casa de los Ejercicios, después de haber sido expulsada la Compañía de Jesús. Realizó ella lo que el Señor ordena: «El que quiera entrar en el Reino de los Cielos, cargue su cruz y sígame...» Ella lo siguió con su cruz al hombro.

HUÉSPED

La santa santiagueña cargó con una cruz material; y Cristo se refiere a la cruz de la vida, que es nuestro propio cuerpo y sus dolores. A pesar de todo, lo que ella hizo es extraordina-

rio; y tengo escritas páginas entusiastas en mis libros sobre la cultura argentina para loar los libros hagiográficos de la colonia. Aquella es la Edad de Oro del catolicismo en América, sobre todo la que nuestros historiadores llaman de «la conquista espiritual».

MONSEÑOR

Lo fué, realmente, y reprodujo las cosas extraordinarias de los primeros tiempos del cristianismo en Europa: el ascetismo, la contemplación, la caridad, el martirio, el don de lenguas y todos los dones de la gracia, en santos que iluminan con su presencia el escenario de los paisajes vírgenes, entre la doble sombra de los cultos autóctonos y de las violencias militares.

HUÉSPED

En todo ello está presente, sin duda, el espíritu de Cristo, para la creación de un nuevo continente cristiano; pero todo eso ha pasado, y ahí se trata de la fe militante, con el poder de los dones excepcionales, y no de lo que en San Agustín fué la interiorización mental del cristianismo, como una necesidad de la conciencia.

MONSEÑOR

Universidades teológicas las hubo en Amé-

rica; ellas tuvieron a su cargo, en nombre de Cristo, el magisterio de los jóvenes criollos, y algunas, como la de Córdoba, crearon toda la cultura argentina durante la época colonial.

HUÉSPED

Tales cosas pertenecen a la época española y a la acción de la iglesia en la sociedad, cuando ésta conservaba jurisdicción teocrática en la familia, en el gremio, en la ciencia, en el arte, en la enseñanza, y aun en la administración de la justicia terrena. Yo no aludo a eso. Yo aludo al alma individual.

MONSEÑOR

Teólogos militantes, como los quiere el Evangelio, también tuvimos, dentro y fuera de la Iglesia, sin que faltaran los que defendieron la santa doctrina en el tumulto de las luchas revolucionarias.

HUÉSPED

Supongo que aludís a la Asamblea del año XIII, a la reforma rivadaviana, a la libertad de cultos, a la escuela laica y al matrimonio civil...

MONSEÑOR

El deán Funes, Castro Barros, Ignacio de Gorriti, en la primera generación de la inde-

pendencia; fray Mamerto Esquiú, Félix Frías, Facundo de Zuviría, en la siguiente generación; José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Achával Rodríguez, en los tiempos modernos; he ahí algunos nombres de que el catolicismo argentino puede enorgullecerse.

HUÉSPED

Yo los he ensalzado en mis libros, y aun a otros que omitís, como el padre Lavaisse, que al discutirse en la Constituyente la libertad de cultos, la defendió, sosteniendo que el país la necesitaba, puesto que la Constitución creaba un sistema de inmigración cosmopolita; y así deslindó el reino de César del reino de Dios, votando como diputado el bien de su patria y reservándose como sacerdote el deber de predicar su religión a los que viniesen de afuera.

MONSEÑOR

El padre Lavaisse defendió todo eso, pero acaso la libertad de cultos fué un error.

HUÉSPED

No lo creáis, Monseñor. Nuestro país la necesitaba. Debíamos elegir entre el desierto y la libertad. La elección no era dudosa. El sueño de los padres de la patria se ha realizado, y no puede sino causarnos orgullo el ver hoy a la Argentina convertida en una patria de la fra-

ternidad humana. Descubro en ello la influencia del espíritu de Cristo, maestro de la fraternidad.

MONSEÑOR

Por un plato de lentejas hemos vendido la primogenitura.

HUÉSPED

Representamos, como Estados Unidos, un experimento nuevo en la historia política del mundo. Ensayamos una nueva manera de asociación nacional, fundada no en la raza física, sino en la raza espiritual; no en los caracteres del cuerpo, sino en los caracteres del alma, creación también de tipo cristiano.

MONSEÑOR

Para ello necesitábamos, tanto como la unidad de la lengua y la cultura, la unidad de la religión. Esto era el catolicismo colonial. La libertad ha anarquizado la conciencia colectiva del país.

HUÉSPED

Acaso estamos destinados a crear una nueva unidad religiosa por superación de los cultos forasteros. Yo he frecuentado en Buenos Aires la catedral católica, el templo protestante, la iglesia ortodoxa, la sinagoga hebrea, la logia

budista, y creedme que esto da a Buenos Aires una grandeza. Yo estimo esa variedad litúrgica como un privilegio, pues en ella descubro la Unidad Divina. Por eso el caso de Lavaisse me conmueve, aunque Lavaisse, como los otros que habéis citado, fueron militantes de la política laica, y en sus luchas invocaron las Escrituras contra el partido adversario. Reconozco el ardor religioso de Castro Barros, la ciencia teológica de Gorriti, la inspiración mística de Esquiú; mas no olvidéis que los tres eran sacerdotes. Moralistas cristianos de copiosa doctrina fueron Zuviría y Frías, pero sin influencia en los desenlaces, como Estrada fué un predicador elocuente, pero vencido por el laicismo reformador.

MONSEÑOR

Supongo que no deduciréis de todo esto, que el laicismo, o el materialismo ateo, como debierais decir, es en nuestro país más poderoso que el cristianismo.

HUÉSPED

Creo que ambos son igualmente superficiales, salvo la excepción de las individualidades poderosas que habéis citado, y de otras que se podría citar en las filas opuestas, pues sostengo que un sereno sentimiento cristiano alienta en la acción democrática de San Martín, Bel-

grano y Mitre, conductores del pueblo, o en la doctrina liberal de Echeverría, Sarmiento y González, educadores del pueblo.

MONSEÑOR

Incurrís en contradicción.

HUÉSPED

No tal: prescindo de las divisas políticas, simplemente, para fijarme en la substancia de las vidas. Sería fácil demostrar que la democracia, el liberalismo y la educación popular, son consecuencias remotas del espíritu cristiano en las sociedades modernas. Sarmiento fué educado por el clérigo Oro en la lectura de los Evangelios, y escribió catecismos cristianos para los niños de las escuelas populares.

MONSEÑOR

Luego el Espíritu de Cristo es el que triunfa.

HUÉSPED

El liberalismo y el romanticismo, que constituyen el fondo generoso de la tradición civil argentina, provienen del cristianismo como sentimiento. Quien se apartó de Cristo en la época más reciente, fué cierto materialismo científico que había leído a Comte, y cierto anticlericalismo ateo que había leído a Renan; pero ambos olvidaban que Comte fundó la re-

ligión de la humanidad, incluyendo los santos en su culto, y que Renan dice en su *Vida de Jesús:* «Ninguna revolución podrá impedir que sigamos en materia religiosa la gran línea intelectual y moral a cuyo frente brilla el nombre de Jesús, y bajo este concepto, somos cristianos.» Todo esto es definitivo y demuestra lo que os dije: la superficialidad de la conciencia argentina en lo que al problema religioso se refiere.

MONSEÑOR

A pesar de todo, la Iglesia que aquí fundaron los evangelistas del siglo XVI subsiste en su integridad y nosotros desconfiamos de aquellos que han debilitado, en nombre de Cristo, el sentimiento católico, ya fuesen violentos como Lutero o hábiles como Renan. Por eso la América latina sigue siendo católica.

HUÉSPED

Pero el eje de la civilización europea, que antes fué romana, ibérica, francesa, es decir, católica y latina, se ha desplazado hacia los cristianos protestantes, con la industria capitalista de los sajones, y hacia los cristianos ortodoxos, con la revolución proletaria de los rusos. Esa Europa no católica se extiende hoy sobre Asia al Oriente, sobre América al Occidente y sobre África al Mediodía. Inglaterra y

Rusia son hoy los polos del mundo europeo. A la vez, en el seno de todas las sociedades, aun de las que se cuentan entre las católicas como Francia y los pueblos hispanoamericanos, triunfa el laicismo en el gobierno y la educación. La expansión del cristianismo en los países orientales o australes, que, en el siglo XVI, sobre la huella de Gama y de Magallanes, estuvo a cargo de los misioneros católicos, ha pasado a ser una actividad de los misioneros protestantes, que difunden sus Biblias en la India, el Japón y la Oceanía. El inglés del imperio británico es hoy la lengua de los viajeros en África, Asia y Australia. No puede Roma creer que ella sola dirige hoy la política cristiana del mundo.

MONSEÑOR

Las sectas disidentes son muchas, el catolicismo es uno solo: aquéllas son efímeras, éste es milenario y será eterno.

HUÉSPED

Catolicidad quiere decir universalidad, y la universalidad es hoy disidente, puesto que hay un cristianismo libre.

MONSEÑOR

El catolicismo realiza progresos en los países protestantes.

HUÉSPED

Los realiza en Estados Unidos, como una secta más, o en Australia, donde el obispo Leadbether ha fundado una iglesia católica ocultista, que mantiene todo el culto romano, pero practicado como una evocación esotérica cuya fuerza mágica ha explicado el propio Leadbether en un libro interesantísimo y curioso.

MONSEÑOR

Las arbitrariedades de la herejía no tienen límite. El luteranismo suprimió nuestras jerarquías y ritos; otros, por lo visto, los mantienen para falsificarlos. Todo eso pasará, mientras la Iglesia de Roma permanece.

HUÉSPED

También ha permanecido el error, que es tan antiguo como el hombre.

MONSEÑOR

El error es libre como la intuición natural y como la verdad racionalista: no tiene formas fijas; nuestra Iglesia las tiene.

HUÉSPED

El error organizado en formas fijas debieran ser para vos las otras religiones, entre las que hay más antiguas que el catolicismo.

MONSEÑOR

¿Cuáles?

HUÉSPED

Las de la India y de la China, por ejemplo. Buda y Confucio son anteriores a Cristo. Las religiones que ellos fundaron, también permanecen, y cuentan con más numerosos fieles que el catolicismo.

MONSEÑOR

¿Pretenderéis comparar a Buda y a Confucio con Nuestro Señor Jesucristo?

HUÉSPED

Es menester compararlos, aun para mostrar sus diferencias.

MONSEÑOR

Confucio es sólo un hombre, no un Dios, y en su religión sólo encontraréis una moral para funcionarios.

HUÉSPED

Ya es mucho eso en la vida espiritual de una nación. Por otra parte, no podemos olvidar que Jesucristo fué también un moralista, un maestro de la humanidad, y en Confucio encontramos no pocas sentencias inspiradas por un profundo sentimiento humano, que recuerda

un poco las enseñanzas del Nazareno. «La doctrina del sabio—dice Confucio—consiste en la virtud y la bondad.» Esa es, también, la doctrina de Cristo; pero es difícil definir en qué consisten la bondad y la virtud. Un discípulo afirmó un día delante del maestro chino: «Lo que no quiero que los otros me hagan, no lo hago yo a los otros.» Y el Maestro comentó: «Eso es la Perfección; no creo que la hayas alcanzado aún.» Otro día le preguntaron: ¿Qué es la virtud? Y él respondió: «Amar a los hombres.» ¿Y la sabiduría? «Conocer a los hombres tales como son.» Sentencias de tan vigoroso laconismo y de tan viva humanidad abundan en el maestro chino. Como el de Nazareth, él también separa la ciencia, de la sabiduría; el reino temporal, del espiritual; el alma, del cuerpo; y sobrepone, en la valoración de las cosas terrenales, el ejemplo de amor.

MONSEÑOR

No obstante, a medida que se le relee, se encuentra en Confucio a un filósofo, a un moralista con algo de Sócrates; pero le falta a su vida de burócrata el estremecimiento de lo profético y a su palabra la verdadera inspiración de lo divino.

HUÉSPED

Cierto es eso. Confucio hablaba sobre reglas

de conducta y virtudes prácticas, pero no sobre la naturaleza espiritual del hombre, y poco de la Vía celestial, la Tien Tao de los chinos. Un discípulo le interrogó sobre los espíritus y sobre la muerte; Confucio respondió: «Si no podemos conocer la vida, ¿cómo sabremos nada de la muerte, y si no podemos servir a los hombres, cómo podremos servir a los espíritus?» Con esta misma intención, estando gravemente enfermo, dijo a un discípulo que le preguntó si era necesario decir una plegaria: «Mi vida es toda una plegaria.»

MONSEÑOR

Sorprende que un hombre así haya podido infundir en su pueblo un sentimiento moral que aún perdura en millones de hombres y a través de siglos, desde antes de nuestra Era.

HUÉSPED

Acaso la mentalidad religiosa de cada raza sea diferente, y la Divinidad envía a cada una de ellas los instructores que le son necesarios. Los chinos, los hindúes, los persas, se hallan, intelectualmente, lejos de nosotros. Jesucristo es el más cercano a los pueblos europeos y americanos, el que mejor puede ser comprendido, si se le despoja de la bruma oriental que todavía lo envuelve.

MONSEÑOR

Parece que vos quisierais hacer de Jesucristo una especie de Confucio occidental, como algunos protestantes y teósofos lo pretenden, arrebatándole cuanto hay de más excelso en su misterio divino.

HUÉSPED

No pretendo eso; pero ya que el misterio es el signo de la divinidad, os recordaré que si a Confucio le falta ese halo legendario, lo tiene en cambio Lao Tseu, el otro instructor chino.

MONSEÑOR

Confieso que sé muy poco de él.

HUÉSPED

El historiador See-Ma-Tsien cuenta la vida de Lao Tseu, muy brevemente, según Pierre Solet, por quien yo la conozco. Lao Tseu habría vivido seiscientos años antes de Cristo, y habría sido archivero bajo la dinastía de los Tcheoux. Como tal leyó los antiguos libros chinos e hindúes. Viendo la decadencia del reino, resolvió abandonarlo para vivir la vida primitiva. En la frontera, entregó al guardián su obra sobre Tao, la Vía. Nada más se supo de él. Posteriormente se tejió la leyenda que envuelve la vida de todos los fundadores reli-

giosos: su nacimiento habría sido milagro del cielo; su venida al mundo se habría anunciado por un meteoro; septuagenario, se habría alejado hacia el Oeste montado en un buey que se le presentó después de concluír su libro. Pero todo esto es indocumentado.

MONSEÑOR

Además de indocumentado, todo eso es pueril.

HUÉSPED

Pero, sin mucho esfuerzo, podríamos ver en Lao Tseu a un Cristo chino. Esos antiguos libros del reino, pueden ser los de la Biblia; ese *Libro de la vía* puede ser el *Evangelio;* ese guardián de la frontera puede ser San Pedro; ese meteoro de su nacimiento puede ser la estrella de Belén, y ese buey de su última cabalgadura puede ser el asno de la Pascua...

MONSEÑOR

No abuséis de la imaginación, ni profanéis la religión verdadera.

HUÉSPED

La tradición china ha conservado la anécdota de una entrevista entre Lao Tseu y su contemporáneo Khonq Tseu, que nosotros llamamos Confucio. Àquél le habría dicho a Con-

fucio: «El hábil mercader esconde sus riquezas; el sabio de virtud perfecta esconde su sabiduría, hasta parecer un estúpido. Renuncia a tu orgullo y a tu ambición: esto vale más para ti.» Descubro en esta frase la negación pietista; la anulación nirvánica, la actitud inhumana de los yogis y los anacoretas. Confucio contó a sus discípulos la entrevista y la comentó así: «Los pájaros vuelan, los peces nadan, los cuadrúpedos corren. Al que corre se lo toma con la trampa; al que nada, con el anzuelo; al que vuela, con el arco. Pero el dragón se eleva al cielo sobre el viento y las nubes y no se sabe cómo tomarlo. Lao Tseu, lo he visto, se parece al dragón.» Confucio descubría en esta frase, su asombro ante el genio místico de su rival, pero señalaba en ese solo juicio, la diferencia que hay entre ambos. Confucio es un hombre, un simple moralista; acaso entre los asiáticos el más parecido a los europeos. Su vida y su obra carecen, sin embargo, del misterio que Lao Tseu presenta, como Jesús, en su vida y en su obra.

MONSEÑOR

Pero ¿en qué consiste la doctrina de Lao Tseu?

HUÉSPED

La doctrina de Lao Tseu, tiene algunas ana-

logías con la de Cristo, pero ellas son más aparentes que profundas, más accesorias que esenciales. El título *Taote-king*, del libro que la contiene—«Libro de la vía y de la virtud»—recuerda un poco a Aquel que dijo: «Yo soy la vía, la verdad y la vida.» En algún pasaje de su obra, el maestro chino aconseja: «Estimar como grande lo pequeño y recompensar las injurias con los servicios.» Tal consejo, sin embargo, y otros sobre la caridad, la humildad, la serenidad, el renunciamiento, el amor, en fin, se diferencian de los consejos cristianos, en que éstos conducen a la perfección del alma individual según el canon de la pureza divina, mientras aquéllos conducen a la anulación de la personalidad humana, sumiéndola en la unidad de Tao, la divinidad sin forma y sin nombre. Por eso reconozco que las analogías entre Lao Tseu y Jesucristo son accesorias, pues residen en cierta apariencia de las normas éticas, no en lo esencial de sus fundamentos metafísicos o teológicos.

MONSEÑOR

Análoga diferencia separa al cristianismo de casi todas las religiones orientales.

HUÉSPED

Esas religiones son, sin embargo, el vínculo espiritual de millones de hombres, desde hace

veinticinco siglos; y los pueblos que lo profesan empiezan a influír de nuevo en los destinos del Occidente.

MONSEÑOR

Cada una de esas religiones es un semillero de sectas.

HUÉSPED

También el cristianismo lo ha sido.

MONSEÑOR

Ninguna de ellas puede compararse con la unidad profunda y la universalidad perdurable del catolicismo, forma perfecta de la cristiandad.

HUÉSPED

La Iglesia de Moisés presenta esos mismos caracteres; también ella es anterior a la Iglesia de Cristo, y dura aún.

MONSEÑOR

La Iglesia de Jerusalén, era una Iglesia nacional, no universal, y caducó en su misión divina cuando se fundó la Iglesia de Roma, como lo anunciaron las profecías.

HUÉSPED

Pero el Templo, el Sanhedrin y las sinago-

gas subsisten, con el libro y el arca de los antepasados, y ahora mismo se reinstala el mosaísmo en Jerusalén, bajo el protectorado de una Europa que llamamos cristiana.

MONSEÑOR

Ardides de la política británica y de la banca internacional. Superchería de protestantes y de judíos. Todo eso nada tiene que ver con la religión.

HUÉSPED

No me negaréis, sin embargo, que el mosaísmo sobrevive en el seno de todas las sociedades actuales, y aun dentro de la Iglesia católica, heredera de su biblia y de sus ritos. He asistido alguna vez a la sinagoga en Buenos Aires y he reconocido muchas formas del culto romano en el altar donde oficiaba el rabino.

MONSEÑOR

También el Nuevo Testamento cita a los Profetas del Viejo, y ello nada prueba contra la verdad evangélica; antes bien, la confirma por anticipado en la voz de las profecías.

HUÉSPED

Luego reconocéis que alguna parte de la verdad católica puede hallarse en otras religiones que precedieron a Cristo.

MONSEÑOR

Acaso el sentimiento de la divinidad, común a todas, y algo más en la religión de Moisés...

HUÉSPED

¿Algo más? ¡Mucho más! Los judíos crearon el mesianismo. Cristo y Mesías son dos nombres que expresan una misma idea. Se podría afirmar que el cristianismo existía antes de Jesús, y este sentimiento mesiánico de la raza, creó en judíos como San Mateo, San Pedro y ambos Juanes, el Bautista y el Evangelista, la certidumbre de que Jesús era el Cristo anunciado por los Profetas. Cuando se estudia la ideología del Nazareno, se ve que casi toda ella proviene de la Biblia, desde el nombre del Dios Padre, Jehová, y del primer hombre, Adán, hasta el Decálogo de Moisés, que Jesús ratifica, y las expresiones «Hijo de Dios», «Espíritu Santo» y «Reino de los Cielos», que también provienen del Viejo Testamento. El Nuevo Testamento corona la esperanza mesiánica para los hebreos que creyeron en él. Así el mesianismo de Israel engendra a Jesucristo, como éste engendra el catolicismo de Roma, tornando posible la continuidad de ambas iglesias, cuya semejanza se descubre en el Templo, en las Escrituras, en el sacerdocio, en el altar y en los sacrificios.

MONSEÑOR

Hay diferencias esenciales entre ambas iglesias.

HUÉSPED

Cristo en función de los Profetas es una consecuencia de la tradición judía, y, en función de los Apóstoles, es una causa de la compleja formación política que lleva su nombre.

MONSEÑOR

No tenéis hechura vosotros los dialécticos de la herejía. Nada es a veces tan irracional como un racionalista. Decís una enormidad incomprensible, o decís una enorme verdad.

HUÉSPED

No os irritéis, Monseñor.

MONSEÑOR

¡Pues no he de irritarme! Si consideráis a Jesús en función de Ley y los Profetas como vos decís, compruébase con los evangelios que Jesucristo es el Mesías; y si es el Mesías, la compleja formación política que lleva su nombre, como vos decís también, comprueba por sí sola el poder divino que inspiró la fundación de nuestra Iglesia.

HUÉSPED

Los dos estamos en lo cierto; yo, desde el punto de vista del razonamiento histórico; vos, desde el punto de vista del sentimiento religioso.

MONSEÑOR

La verdad es una sola y no admite esas ambigüedades del escepticismo.

HUÉSPED

Veo que la pasión os extravía. Yo no discuto la verdad mesiánica, ni la divinidad de su Iglesia. Las he nombrado solamente para afirmar que la Iglesia de Roma continúa a la Iglesia de Jerusalén. La historia nos lo enseña y lo comprueban las Escrituras. San Pablo en su Epístola a los Romanos consideró especialmente la situación de los circuncidados y de los incircuncidados, contradiciendo el prejuicio judío sobre su propia gloria, como pueblo elegido del Señor. «Y esta justicia—dice—que da Dios por la fe en Jesucristo es para todos los que en él creen, pues no hay distinción alguna entre judío y gentil.» «¿Por qué, en fin—agrega San Pablo en la tercera Epístola—, es Dios acaso de los judíos solamente o es Dios también de los gentiles? Sí, por cierto, de los gentiles también. Porque uno es realmente el Dios que justifica

por la fe a los circuncidados y por la misma fe justifica a los incircuncidados. Luego nosotros, dirá alguno, ¿destruímos la Ley de Moisés por la fe en Jesucristo? No hay tal. Antes bien, confirmamos la Ley.» Esto enseña San Pablo y la Iglesia está conforme con esta enseñanza de Pablo. Los judíos fanáticos se creían dueños de Jehová contra Jesús, judío él mismo, como los católicos fanáticos se creen dueños de Cristo contra Israel, cuna del cristianismo.

MONSEÑOR

San Pablo sólo alude a los circuncidados que se convierten a la fe de Jesucristo.

HUÉSPED

En el primer siglo no se distinguía en Roma la diferencia entre judíos y cristianos. Tácito los confunde, y a estos últimos los llama judíos, no porque muchos lo eran, sino porque aun no se había cavado entre ambos el abismo que cavó la escolástica escrituraria. Cristo ratificó la antigua Ley, pero vivificó la letra con su Espíritu, infundió en la tradición un soplo de libertad creadora, y, en nombre de Moisés y los Profetas, atacó al sacerdocio cristalizado al margen de la vida espiritual, que es la verdadera vida del hombre. Cristo invocó el Viejo Testamento contra el Viejo Templo; y sin invocar el Nuevo Testamento contra el Tem-

plo Nuevo, digo que Cristo no puede ser hostil a la tradición judía que le dió nacimiento.

MONSEÑOR

El judaísmo tradicional fué, sin embargo, hostil a Cristo, y continúa siéndolo.

HUÉSPED

El error judío no puede justificar el error cristiano. La universalidad y eternidad y grandeza del cristianismo son tales, que en su seno caben Adán y los israelitas, Abraham y los patriarcas, Moisés y los profetas. Jean Izoulet, profesor de filosofía social en el Colegio de Francia, acaba de proponer en un libro intitulado: *París, capital de las religiones,* la creación de un Templo universal, que se llamaría *El Moyseum,* en el que podrían entrar como fieles todos los que comulgan en la fe de ambos Testamentos.

MONSEÑOR

El Templo universal de esa fe está en Roma.

HUÉSPED

El Templo de Roma está cerrado a los judíos.

MONSEÑOR

Porque los judíos no creen que el Dios-hombre ya vino.

HUÉSPED

Pero hay quienes, como Izoulet, por creer en Jesús, creen en Moisés también.

MONSEÑOR

El sabio que citáis ha de ser judío.

HUÉSPED

Quizá, como lo fueron algunos Papas de Roma y algunos obispos de España. Por otra parte, las voces de Isaías tuvieron eco de vida en el corazón de los Apóstoles, y lo han tenido hasta hoy en los doctores de la Iglesia, maestros de la fe.

MONSEÑOR

Cuando el Cristo vino, los judíos lo crucificaron.

HUÉSPED

Los que no creyeron que Jesús era el Anunciado; pero hubo los que sí creyeron, como Mateo, que escribe el primer Evangelio, y Juan, que da su primera clave mística, y Pedro, que es el primer Papa romano. Todos ellos eran también judíos.

MONSEÑOR

Judíos que creyeron en Cristo cuando vino,

pues tal nombre designa un pueblo y una religión.

HUÉSPED

Deber cristiano es llamar a los que no creen todavía en Cristo. Si hay una intransigencia israelita, no debe haber una intransigencia cristiana. Cristo puede volver a entrar en la sinagoga para vivificar la letra con su espíritu. El Espíritu de Cristo está llamado a ser el conciliador universal de las religiones.

MONSEÑOR

¿De todas?

HUÉSPED

Sí, Monseñor. Las sectas disidentes de Roma no reniegan de Cristo: rezan el Padrenuestro que el Maestro enseñó, reverencian la Cruz de su sacrificio y practican sus mandamientos de Amor. La mitad de la población europea y de su diáspora en los demás continentes, profesa el cristianismo como estas sectas lo predican, y la otra mitad profesa el catolicismo. En cuanto a las religiones orientales, importantes por la enorme población asiática que las profesa, proponen, como en Confucio, análogos principios morales que los aceptados por la cristiandad. A la voz de Wilson, cristiano de Occidente, responde en el Oriente la voz de Ma-

hatma Gandi, cuyo sentimiento humano resume en una sola verdad esotérica la moral del cristianismo y la del budismo. A pesar de la anarquía política y de la sensualidad comercial del mundo moderno, el Espíritu de Cristo ha penetrado en el alma de la humanidad y se ha dilatado en la tierra más que durante ningún otro período de la historia.

MONSEÑOR

¿Y el mahometismo?

HUÉSPED

Es la religión de pueblos que han dejado de influír en la marcha de la humanidad y que declinan en franca derrota, retirándose del Mediterráneo, antiguo mar de la civilización, en el que hace diez siglos dominaron. Las mujeres de Turquía se han quitado el velo y los hombres el fez, suprimiendo, en estos detalles pintorescos, los signos del antiguo espíritu que les daba una personalidad extraña a la cultura cristiana. El Sultán ha caído; Constantinopla es hoy una ciudad europea. Por otra parte, las suras coránicas hablan de María y de Jesús sin hostilidad...

MONSEÑOR

¡Me inspira conmiseración el ver en qué

abismo, verdaderamente infernal, os han sumido la erudición y la soberbia!

HUÉSPED

Perdonad, Monseñor; yo reconozco lo que hay de fragmentario y confuso en las ideas de este diálogo, pero creo que nos acercamos al momento en que será posible iluminar las sombras de ese abismo.

MONSEÑOR

¡Dios lo quiera!

HUÉSPED

Ha de quererlo, porque no me guía sino un buen pensamiento cristiano, y pido al Espíritu de Cristo la luz salvadora.

MONSEÑOR

Es acto de piedad el escucharos. Podéis seguir.

HUÉSPED

Digo, para proseguir, que si Dios no existiera, sería menester inventarlo, y que si las religiones primitivas tomaron las formas de la ignorancia, la religión verdadera debe tomar las formas de la sabiduría. La sabiduría consiste en perfeccionar moralmente la vida, en superar a la bestia humana, iluminando en el hombre

su ser espiritual, que es uno en todos los hombres. Para tales fines de la vida, Cristo es la vía y la verdad.

MONSEÑOR

¿De manera que concebís la religión apenas como un instrumento útil?...

HUÉSPED

La defino, solamente, como una actividad del genio de la especie; nombre que los materialistas dan al Espíritu Santo. La religión es una potencia espiritual, autónoma y creadora, que ayuda al hombre en su evolución, adecuándose a las necesidades humanas en cada período de la historia. En éste que padecemos, el hombre debe reconquistar la propia conciencia, superando el racionalismo, la mecánica y las sensualidades de nuestro tiempo.

MONSEÑOR

Me place oiros; pero algo falta a vuestro discurso, quizá porque razonáis demasiado. Cuando habláis, los horizontes de la inteligencia se dilatan; mas hay en ellos un vacío y una sombra. Una grande alma sin la fe católica me parece la bóveda de una noche sin estrellas.

HUÉSPED

Hay entre nosotros un equívoco que impide

entendernos del todo, o mejor dicho, que os impide entenderme, pues yo creo entenderos, a pesar de todo.

MONSEÑOR

Lo cual prueba, sin duda, la superioridad de un filósofo sobre un creyente...

HUÉSPED

No me tratéis con ironía, pues me precio de ser un buen cristiano. Desgarremos el velo engañoso de las palabras, como anoche os lo proponía. Yo espero que así llegaremos a entendernos.

MONSEÑOR

Lo veremos después.

HUÉSPED

La historia de las religiones, postula dos teorías: la evolución y la revelación. Según la primera, el sentimiento religioso ha pasado por sucesivas etapas de fetichismo, panteísmo, politeísmo, hasta llegar al monoteísmo hebreo, y a su flor, el cristianismo, que continúa evolucionando. Según la otra teoría, el Dios único se ha revelado al pueblo de Israel desde los tiempos más remotos de Adán y de Abraham, desarrollándose paralelamente a las otras religiones de la tierra, y preparando, desde Moisés

hasta el Bautista, la venida del Dios-hombre, que fué Jesús, creador de una Iglesia inmutable. Los autores consideran antagónicas estas dos teorías, pero tal vez sean complementarias. El libro intitulado *Christus*, analiza muy bien los hechos históricos relativos a este problema.

MONSEÑOR

¿Qué libro es ese?

HUÉSPED

Una historia de las religiones, escrita por varios especialistas, bajo la dirección de Joseph Huby, profesor de escolástica en Hastings. Es un libro de tendencias católicas.

MONSEÑOR

No lo conozco.

HUÉSPED

Una obra reciente.

MONSEÑOR

Habré de leerla.

HUÉSPED

Considerada la humanidad en su conjunto, parece que todos los pueblos hayan tenido la intuición de un Ser Supremo, aunque fuese sin forma y sin nombre, y no es difícil descubrirlo

detrás del naturalismo incaico, del panteísmo hindú, del politeísmo griego. Inversamente, dentro del monoteísmo actual, se descubren restos de aquellas otras formas religiosas. Pero es indudable que el Dios Único adorado por los hebreos, al principio sin imagen, se personaliza en el *Viejo Testamento* bajo el nombre de Jehová, que quiere decir el Tiempo, El Eterno, el Anciano de Días, y prepara durante siglos la aparición del Dios-hombre, que supera las concepciones fetichistas, panteístas o politeístas del naturalismo, y que funda una religión humanista, predestinada a dominar al mundo... Perdonad, Monseñor, si os fatigo con este razonamiento asaz didáctico; pero necesito fundarme en él para otras reflexiones.

MONSEÑOR

No me fatiga, y, al contrario, os escucho con atención.

HUÉSPED

Hasta los diálogos socráticos que escribió Platón, se tornan por momento aburridores y minuciosos.

MONSEÑOR

Os escucho atentamente.

HUÉSPED

Las religiones europeas anteriores a Cristo,

adoran las fuerzas naturales como si fuesen dioses: la luz, el fuego, el rayo, el agua, la tierra y sus criaturas, el cielo y sus astros; o bien adoran los instintos naturales, y el cuerpo del hombre se hace el centro del culto, porque da el canon a la figura de sus dioses, mezclando a sus ceremonias los misterios del sexo y de la muerte. Con Cristo, la humanidad entra en posesión de una nueva verdad religiosa, agregando la idea de que el hombre es distinto del mundo exterior y de que hay en él un espíritu superior a su cuerpo individual. El misterio metafísico del cristianismo es que Dios ha descendido a la condición humana, y la verdad histórica del cristianismo enseñada por Jesús, es que el hombre puede ascender a la condición divina mediante el amor.

MONSEÑOR

Repito que os escucho con atención y agrego ahora que con deleite.

HUÉSPED

Otro rasgo distintivo del cristianismo es que comienza por crear un Dios vivo, afirmando en su ser la individualidad divina y universal del hombre, desvinculado de accidentes físicos o sociales, aunque al difundirse en la humanidad, no pudiese prescindir del paisaje ni de la historia. Así tomó de los hebreos, el profe-

tismo y el mesianismo; de los griegos, la filosofía y el arte; de los romanos, el pontificado, la disciplina, las armas, la ley, la política, hasta consumar la formidable organización de la Iglesia, mediante la cual sobrevivió, extendiéndose hasta los últimos confines de la tierra. De este proceso entre el ideal cristiano y la realidad histórica, provinieron las transformaciones de la Iglesia y las discensiones de los cismas.

MONSEÑOR

Os ruego que no empecéis de nuevo a heretizar.

HUÉSPED

Me atengo, Monseñor, a los Padres de la Iglesia y a los historiadores ortodoxos. Por otra parte, sólo pretendo mostrar, en rápido esbozo, la gloria de la Iglesia y el triunfo del cristianismo. Por entre las sombras de Egipto, de Asiria, de Persia, con sus mil dioses monstruosos, la tradición de Adán el Hombre, de Abraham el Patriarca, de Moisés el Conductor, llega hasta Jesús, que ratifica la Ley del Sinaí, y así desemboca en el Mediterráneo, aquel «río de aguas vivas» de la Escritura. Jesucristo ha dicho: «*Yo soy la vía, la verdad y la vida*», en su sentido místico; pero en cierto sentido histórico, el cristianismo, al nacer, toma

de Israel la inspiración mesiánica de la vida, de Grecia el instrumento dialéctico de la verdad y de Roma la vía del poder. Estos son los tres grandes pueblos fundadores de la civilización europea que ha dominado el mundo, animada por el cristianismo. La iglesia de Cristo prospera entonces como una compleja organización de profetas y apóstoles, de dialécticos y artistas, de legisladores y guerreros, todos encendidos por el Espíritu que el Evangelio ha revelado al hombre. El Amor, el Saber y el Poder juntos, no separados, serán la salvación del hombre.

MONSEÑOR

La Iglesia nace y vence en sus primeros siglos por la virtud de sus predicadores y sus mártires. Ellos son los que propagan la palabra del Evangelio y los que renuevan el sacrificio de sangre. El camino de Damasco para los conversos y el circo de Roma para los mártires, son los signos divinos del cristianismo en sus orígenes, cuando el soplo de Dios arrastraba a los hombres.

HUÉSPED

Pero el conflicto de la disciplina eclesiástica y de la intuición individual aparece desde el primer siglo: de un lado el catolicismo romano, de forma imperial; del otro los sucesores de

San Pablo el griego y de San Juan el judío, dos espíritus ardorosos y videntes. Para definir la disidencia de la mística y la teología, de la fe y el dogma, del sentimiento personal de cada alma y la autoridad colectiva de la Iglesia, interesa considerar la doctrina de Cristo sobre los cultos externos.

MONSEÑOR

¿Cómo lo sabéis?

HUÉSPED

Por los Evangelios, especialmente el de Marcos.

MONSEÑOR

Veamos.

HUÉSPED

Por haber curado un enfermo en sábado, que era como hoy el domingo, día del rito, los fariseos se lo reprochan y Jesús contesta: «El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado.» Esto significa que el Maestro da más valor al contenido humano de la religión, que no a sus formas litúrgicas. David, un sábado, comió los panes de la proposición en casa de Abiatar, y Jesús lo recuerda.

MONSEÑOR

El rito y la caridad no se excluyen.

HUÉSPED

Otro día los fariseos defienden ciertas prácticas sacerdotales, y Jesús les reprocha: «Por observar vuestras tradiciones, destruís los preceptos de Dios.» Esto significa que la moral vale más que el rito.

MONSEÑOR

El rito es una especie de adoración ante Dios y de enseñanza ante los hombres.

HUÉSPED

Cuando Jesús echó a los mercaderes del Templo, que lo habían convertido en «guarida de ladrones», como él los llamó, el Maestro exclama: «Por ventura no está escrito: ¿mi casa será llamada casa de oración?» Así volcó de sus mesas las monedas de los cambistas y expulsó de sus asientos a los que vendían palomas para el sacrificio. El Templo ha de ser para la plegaria, y el culto, sin sangre y sin usura.

MONSEÑOR

Eso prueba que el Señor buscaba en todo la máxima pureza.

HUÉSPED

Jesús también dijo a los fariseos: «Quiero la misericordia, que no el sacrificio.» Reprochó a

los sacerdotes no comprender esta sentencia. La misericordia es la caridad verdadera, y el sacrificio, la oblación simbólica del culto.

MONSEÑOR

¿Queréis destruír el Templo?

HUÉSPED

No, Monseñor. Pero cómo negar que Cristo dijo a la clase sacerdotal de su tiempo: «Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos a los hombres, porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que entrarían, impidiéndoles que crean en mí.» Protesta clara, de una significación perdurable.

MONSEÑOR

Supongo que no condenáis a los sacerdotes y teólogos que hoy sirven a Jesucristo, porque Él condenó a los escribas y fariseos de Jerusalén, que harto se lo merecían, hace veinte siglos.

HUÉSPED

Yo a nadie condeno, porque no tengo derecho para condenar. Simplemente rememoro lo que el Maestro dijo. Tan claramente como de la vida terrenal o externa separó la vida espiritual o íntima del hombre, marcando así la diferencia que hay entre el rito y la fe, o sea en-

tre el sentimiento religioso y las ceremonias eclesiásticas.

MONSEÑOR

Dió en ellas formas nuevas al sentimiento religioso.

HUÉSPED

Cuando la Samaritana, según Juan, le dijo: «Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, y los judíos dicen que en Jerusalén debemos adorarlo.» Jesús respondióle: «Mujer, créeme a mí; ya llega el tiempo de que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis. Llega el tiempo en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y por lo mismo quienes lo adoraran, deben adorarlo en Espíritu y en Verdad.» El significado de esta respuesta me parece bien claro.

MONSEÑOR

Lo es, sin duda, por lo que se refiere a la abolición del antiguo culto. Cristo lloró ante Jerusalén, apostrofándola como la ciudad que mata a sus profetas. Él anunció su ruina, y las legiones de Tito la destruyeron pocos años más tarde. En cuanto al Templo, condenó con

rigor las prácticas de los escribas y fariseos, nada más. «Vosotros, fariseos, limpiáis el exterior de los vasos, pero el interior de vuestros corazones está lleno de rapiña y de maldad.» Eso dice el Maestro sobre el culto sin fe de los fariseos.

HUÉSPED

Esa frase basta para comprobar que él opone a la copa del rito externo, el corazón del hombre, que es un cáliz vivo. Pero el Maestro dijo cosas más expresivas sobre esto. Entre dos publicanos que rezaban, uno ensalzándose y con ostentación; otro con humildad y sentimiento, declaró preferir a este último. Él aconsejó guardarse de los escribas que hacen pompa de pasearse con vestiduras rozagantes y ocupan los primeros puestos en las sinagogas, pero que devoran las casas de las viudas so pretexto de hacer larga oración. Él condenó a los hipócritas que van a luengas tierras para convertir a gentiles, y luego les hacen con sus ejemplos dignos del infierno. Él enseñó que obliga más jurar por el Templo y no por el oro del Templo, jurar por el altar y no por la ofrenda del altar, porque el Templo santifica el oro y el altar santifica la ofrenda. Él llamó raza de víboras a los fariseos, y para ellos compuso la parábola de los sepulcros blanqueados, que lucen de por fuera y ocultan, dentro de sí, podre-

dumbre y muerte. Todo ello induce a pensar que Jesús estimaba en poco los ritos.

MONSEÑOR

Los ritos, no. Condenaba las ceremonias sin vida espiritual, la hipocresía de los hombres, las prácticas de un culto que agonizaba cuando Él vino. Sobre las ruinas de la antigua Jerusalén, edificó la nueva.

HUÉSPED

Una Jerusalén espiritual, la ciudad de Dios, la Iglesia de las almas.

MONSEÑOR

En el primer capítulo del Evangelio de San Juan se lee lo siguiente: «Vino a su propia casa y los suyos no lo recibieron. Pero a todos los que lo recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios.» Esta es la nueva Iglesia, la nuestra, la santa.

HUÉSPED

Pero en el mismo pasaje que citáis se agrega lo siguiente, sobre los hijos de Dios: «los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios por la gracia, y por eso el Verbo se hizo carne». Luego, en la gracia está el sendero, no en el rito.

MONSEÑOR

El rito es un modo de propiciar la gracia.

HUÉSPED

Pero el Señor, dice: «No se viene al Padre sino por mí. Yo soy la puerta, el que por mí entre se salvará.» Eso dice el Señor.

MONSEÑOR

La llave de esa puerta es la de Pedro, que nuestra Iglesia custodia. Los primeros discípulos de Jesús fundaron nuestra Iglesia, y en una de sus últimas oraciones al Padre, el Hijo habló así de los apóstoles: «Ellos han puesto por obra tu palabra. Yo les di la palabra que Tú me diste. Como Tú me enviastes al mundo, Yo los envié al mundo.» La Iglesia empezó así.

HUÉSPED

Así empezó la Iglesia, para guardar el Evangelio, y su misión fué propagarlo en el corazón de todas las gentes. Pero Cristo dice: «Cuando venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades necesarias para la salvación.» Yo busco ahora al Espíritu de Cristo, después de haber contemplado sus imágenes y haber oído sus palabras. Para muchos creyentes la Iglesia consiste en el templo o en el rito; pero yo desearía referirme a algo más impalpable

que ésta, como detrás de un velo, más allá de esas formas.

MONSEÑOR

Más allá del culto terrenal, sólo hallaréis la muerte, con el Reino de Dios y su justicia.

HUÉSPED

Antes de la muerte, está la vida, y después de la muerte, la resurrección, que es otra vez la vida. De la vida habló el Maestro, más que de la muerte. En cuanto al Reino de Dios, no se realiza en el espacio ni en el tiempo, sino en el espíritu del hombre. La única plegaria que el Maestro enseñó a sus discípulos, no pide a Dios ir a su reino, sino que su reino venga a nosotros.

MONSEÑOR

Para realizarlo aquí abajo, fundó el Señor su Iglesia, que es, desde hace dos mil años, escuela de su doctrina, arca de su recuerdo y altar de su adoración.

HUÉSPED

Todo ello es cierto, y aun podéis agregar que es la Casa del Señor; pero necesitaría, desde luego, establecer la diferencia que hay entre el morador y la morada.

MONSEÑOR

No me sorprende en vos semejante distingo, pues harto he podido ver, en diálogos anteriores, cuánto os complacen las sutilezas dialécticas; pero no olvidéis que San Pablo, en su epístola a Timoteo, dice que «la Iglesia es la casa de Dios vivo».

HUÉSPED

Yo os recuerdo a mi vez que el mismo San Pablo llama «templos de Dios» a los cuerpos de los cristianos.

MONSEÑOR

¿Estáis seguro de ello?

HUÉSPED

Lo he leído en la primera Epístola a los Corintios, cuando el de Tarso escribe a sus fieles: «¿No sabéis vosotros que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?»

MONSEÑOR

Trátase ahí de algo que requeriría larga explicación.

HUÉSPED

Para entenderlo, bastaría recordar aquellas palabras de Cristo: «Destruid el Templo, y yo

en tres días lo reedificaré.» Algunos creyeron que se refería al Templo de Jerusalén; sin embargo, San Juan las explica así: «... pero les hablaba del templo de su cuerpo». En efecto, destruyeron el templo de su cuerpo, y en tres días lo reedificó, resucitando.

MONSEÑOR

El cuerpo de Cristo es único y santo.

HUÉSPED

Pero el hombre debe cristianizar su cuerpo, sucitando en su conciencia el Espíritu de Cristo según su doctrina.

MONSEÑOR

La teología y la mística han ahondado en esos problemas.

HUÉSPED

La interpretación de San Pablo coincide con la de Santa Teresa cuando ésta habla del «Castillo interior». Después de haber descrito las siete moradas y de referir cómo en la más recóndita de todas se encuentra el alma con Jesús vivo, la Santa de Ávila dice que ni el Castillo existe ni el morador se presenta en la luminosa imagen que pinta, porque todo ocurre en los ámbitos de la conciencia, donde el éxtasis no es una sensación, sino un deliquio

del espíritu individual en comunión con el Espíritu universal. Esto nos hace concebir el cristianismo como una realización de lo divino que hay en nosotros.

MONSEÑOR

La realización terrenal del cristianismo es la Iglesia cristiana.

HUÉSPED

Ciertamente, como institución social.

MONSEÑOR

Como cuerpo místico de Cristo, real y verdadero.

HUÉSPED

No discuto eso. Digo simplemente que la Iglesia ha justificado la realización individual del cristianismo en sus santos, ya llegaran a esa realización por la inteligencia, como Santo Tomás, Ángel de las escuelas, o por la acción, como San Vicente de Paúl, apóstol de la caridad, o por el sentimiento, como San Francisco de Asís, hermano de todas las criaturas. La Escolástica, la Ascética y la Mística son la justificación de esas realizaciones. El cuerpo de cada hombre puede y debe ser la morada del Cristo invisible.

MONSEÑOR

La Iglesia y Cristo son una sola y misma cosa.

HUÉSPED

Cristo y el cristianismo también debieron serlo.

MONSEÑOR

A fe mía lo son.

HUÉSPED

Y también el cristianismo y la humanidad. En nuestro primer diálogo hemos reducido las diversas efigies de Jesús a la imagen del hombre, y ésta a la forma simbólica de la Cruz, que es el cuerpo humano con los brazos abiertos. En nuestro segundo diálogo hemos reducido los diversos evangelios del Maestro, al sentido moral de su doctrina, y ésta a un lacónico mandamiento de amor. En este diálogo, sobre el Espíritu del Mesías, simplemente pregunto: ¿en dónde hallaremos al Dios vivo: en el templo de piedra o en el templo de carne?

MONSEÑOR

En el templo de piedra, donde se da la Eucaristía, y en el templo de carne, el hombre que la recibe.

HUÉSPED

El autorizado libro del Abad de Solesmes, Dom Guéranger, sobre el Santo Sacrificio, dice que cuando el oficiante exclama en la misa: *Hoc est enim corpus meum*, levantando la hostia, y luego exclama: *Hic est calix sanguinis mei*, levantando el cáliz, desaparecen el pan y el vino para convertirse en la carne y la sangre de Cristo.

MONSEÑOR

Así es.

HUÉSPED

El gran misterio de la Transubstanciación consiste, pues, en convertir unas especies materiales, en otras igualmente materiales, aunque divinas.

MONSEÑOR

Se comulga con el cuerpo del Redentor sacrificado efectivamente.

HUÉSPED

Así comulgaron hoy los indios del fundo en vuestra misa.

MONSEÑOR

Sin duda alguna.

HUÉSPED

Mas cuando el sacerdote oficiante dice al que recibe la hostia en la boca: *accipit et manducate*, «recibidlo y comedlo»; y al levantar el cáliz de sangre: *qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum*, «que por vosotros se derramó para la remisión de los pecados», el libro del padre Guéranger, *La explicación de la misa*, enseña que esto se hace, como lo mandó Jesús en la última Cena, para evocar el sacrificio del Calvario, y que el Señor, resucitado en vida eterna, da así, inagotablemente, su carne y su sangre para la salvación de los fieles.

MONSEÑOR

Por eso el que lo da, debe ser puro, y puro el que lo recibe.

HUÉSPED

Pero esto es, como se ve, la comunión con el cuerpo de Jesús, no con el Espíritu del Cristo, que os he propuesto como tema de este diálogo.

MONSEÑOR

El Espíritu Santo es quien obra la Transubstanciación.

HUÉSPED

Comprendo que la Eucaristía—*misterium*

fidei—posea una gracia regeneradora por acción del Espíritu Santo, pero la Iglesia misma exige del creyente la purificación previa, por la penitencia y por la piedad. Muchos son, no obstante, los que reciben el Sacramento sin conciencia de él ni de sí mismos. Algunos hay que comulgan todos los días y que no mueren en olor de santidad.

MONSEÑOR

Desgraciadamente eso es verdad, pero la Iglesia no es culpable de tan enorme sacrilegio.

HUÉSPED

Los *Autos sacramentales* de Calderón, revelaron al pueblo durante el siglo XVII, bajo los auspicios de la Iglesia, todo el significado recóndito de la Eucaristía, sacando al teatro los misterios cristianos, como Esquilo en Grecia los paganos.

MONSEÑOR

Calderón era clérigo.

HUÉSPED

Clérigo y poeta... He leído casi todos sus *Autos* con devoción y estudio. Según ellos, la substancia material del mundo está simbolizada por la harina que nos alimenta y el vino que nos embriaga; el alma, prisionera de la

carne por la caída en el amor sensual, se libertará de la materia terrena por el amor del espíritu; y el Mesías que se encarnó y derramó su sangre por nosotros, nos enseña en su sacrificio el camino de esa liberación.

MONSEÑOR

No es fácil comprender el misterio de la Eucaristía. El abate de Salesmes, a quien habéis citado hace un instante, lo llama «el temible sacrificio cristiano». La Muerte de Jesús en la Cruz habría quedado como un simple hecho histórico, si el Señor no hubiera instituído el Gran Misterio. Lo que pasó una vez en el Calvario, se renueva hasta el fin de los tiempos. Por su divino amor, Cristo viene cada día y se inmola en la hostia. La misa es el Evangelio dramatizado para el común de los fieles; la Teología es el desenvolvimiento dialéctico de la doctrina evangélica; la Eucaristía es el bien de todos.

HUÉSPED

Para muchos fieles, sin embargo, la caridad es una fiesta mundana; el sacrificio de amor, una virtud elegante; la perfección íntima, una ceremonia exterior. La misión espiritual del Mesías, no puede realizarse en esa forma. Cristo, según sus Misterios, no salva sino a aque-

llos que lo resucitan en la propia alma individual.

MONSEÑOR

No es otro el concepto de la Iglesia en la doctrina de sus doctores y de sus santos.

HUÉSPED

El Kempis, sin embargo, dice que el cuerpo de Cristo se le da en la Eucaristía y el espíritu en el Evangelio, porque la palabra de este libro es la lámpara que dejó el Señor para nuestros pasos en este mundo.

MONSEÑOR

No pretendamos entender lo que es impenetrable para nuestro entendimiento. El Kempis aconseja no disputar con nuestras ideas, ni responder a las dudas que el demonio propone cuando se lee las Escrituras. Hagamos, hijo mío, lo que Kempis nos aconseja, porque eso es lo mejor.

HUÉSPED

Al hacerse universal, el catolicismo necesitó ponerse en contacto con las más diversas culturas. Dentro de la cristiandad pululan hoy desde las supersticiones más groseras hasta las intuiciones más sublimes. Largo es el trecho intelectual que media entre el *Catecismo* del padre Astete y el *Apocalipsis* de San Juan en-

tre la plática de un cura de aldea y la *Suma* de Santo Tomás. La Iglesia cristiana nació de una excelsa iniciación que no todos comprenden, y de la cual es sólo pálido reflejo su liturgia magnífica. Hay, sin duda, un cristianismo esotérico.

MONSEÑOR

La Verdad es una para todos los fieles.

HUÉSPED

Pero cada alma no recibe de la Verdad sino la parte que puede caber en ella. La fe de un indio converso, poco tiene de común con la fe de un San Agustín. Cristo dice: «Yo soy la luz del mundo»; pero su luz espiritual, filtrándose a través de las almas, pinta en cada conciencia figuras diferentes, como la luz del sol en las vidrieras historiadas de las catedrales.

MONSEÑOR

Bella imagen, que espero no pretenderéis aducir contra las catedrales.

HUÉSPED

Yo no sé si vos querréis contarme en la comunidad católica, pero yo sé que todo el cristianismo está dentro de mí, con sus escrituras y sus ritos. Vos habéis escuchado con cuánta pasión he hablado al estudiar la iconografía

de Cristo y al comentar los Evangelios. Vos, acaso, me condenaríais por hereje, aunque el fondo de mi sensibilidad religiosa es cristiana; pero yo siento que el Espíritu de Cristo es, como su imagen y su palabra, algo vivo y dinámico.

MONSEÑOR

Los atributos de Dios, en el Padre, en el Hijo y el Espíritu, han sido fijados por el dogma.

HUÉSPED

Vos miráis a Cristo desde lo alto de vuestra cátedra, yo lo siento desde lo profundo de mi vida. Yo intuyo que hay una invisible Iglesia de las almas, que el Maestro preside, y cada conciencia puede comulgar en el Espíritu de Cristo, como los pequeños innumerables puntos de una circunferencia pueden unirse por sendos radios infinitos al centro que los ordena en su ley eterna.

MONSEÑOR

Encubrís con habilidad las más perversas ideas.

HUÉSPED

No, Monseñor. Cristo es fuente de aguas vivas, y ésta se escapa de los vasos inmóviles, para fecundar el espíritu del hombre. El Maes-

tro dijo: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.» Eso hago yo.

MONSEÑOR

Erráis el camino y equivocáis la fuente.

HUÉSPED

San Juan pone en boca de Jesús una reminiscencia de Isaías: «Del seno de aquel que cree en mí, manarán ríos de agua viva.» El Maestro profetizó que el Espíritu de la Verdad es su Espíritu y que él volvería en Espíritu para que la Verdad fuese revelada. Las aguas vivas que bebieron el Profeta y el Maestro, son las de la fe consciente y creadora.

MONSEÑOR

Su Espíritu anima a nuestra Iglesia desde los orígenes. Si los profanos la estudiaran mejor, habría menos disidentes y sería más admirada por los que se creen sus adversarios.

HUÉSPED

¿Me contáis entre estos últimos?

MONSEÑOR

Lo parecéis a ratos.

HUÉSPED

Mi ideal religioso, Monseñor, no es otro que

revivir al Cristo invisible en mi conciencia, por misterio espiritual, como lo hicieron de un modo heroico los antiguos místicos; tal actitud no es hostil a las formas del culto externo, que otros necesitan o prefieren.

MONSEÑOR

La herejía luterana fué menos funesta que las insidiosas herejías de los que pretenden permanecer católicos sin serlo. Nosotros sabemos quiénes son nuestros enemigos, ya estén afuera o adentro de nuestros fosos. Esa es nuestra fuerza.

HUÉSPED

La Iglesia puso en duda, más de una vez, que el Espíritu de Dios hablara por boca de sus místicos. Juana de Arco, cristiana de la acción; Luis de León, cristiano de la ciencia; Teresa de Ahumada, cristiana del sentimiento, fueron sospechados de herejía y padecieron persecución de la justicia eclesiástica. Bienaventurados fueron, como lo anunció el Señor de la Montaña.

MONSEÑOR

La Iglesia es infalible con sus santos. La cautela inicial no importa el error definitivo. Evitamos la transacción con la herejía. Tememos al enemigo dentro de la ciudadela. Por

eso el Papa ha fulminado en su Encíclica *De Pascendi* a los llamados «modernistas».

HUÉSPED

Quizá para canonizarlos más tarde... Yo estaba en Roma cuando salió esa Encíclica, y la he comentado en uno de mis libros.

MONSEÑOR

No se ve que hayáis aprovechado las advertencias que ella contiene.

HUÉSPED

Me es imposible eludir las necesidades de mi propio entendimiento, y ya véis que mi tesis se reduce a señalar la sugestión dinámica que encuentro en los múltiples iconos de Jesús, en las diferentes versiones de los cuatro Evangelios, en las varias interpretaciones del Espíritu de Cristo como salvador.

MONSEÑOR

Si estuvierais en Estados Unidos, ya habríais fundado una nueva secta...

HUÉSPED

Veo, Monseñor, que os burláis de mí, y esto me apena.

MONSEÑOR

Sectas efímeras como el humo, en tanto que

la Iglesia de Pedro, piedra ella misma, desde hace veinte siglos permanece.

HUÉSPED

Yo no propongo sectas nuevas, porque mi actitud es individualista. Por lo contrario, más bien aspiro a la fusión de todas las sectas en una sola emoción cristiana; creación, como véis, no de carácter disciplinario, sino espiritual, esotérico, invisible. Y esto no podría realizarse sino en el templo que es cada hombre, y en las conciencias capaces de esa elevada iniciación. Adopto, según creo, no la actitud de los teólogos disidentes, sino más bien la de los místicos individualistas.

MONSEÑOR

La adoptáis con un cierto aire de rebeldía que no se aviene a sentimientos verdaderamente cristianos.

HUÉSPED

Quizá os parezca así por el acento de mis palabras, pero éste sólo proviene de mi temperamento y de mi convicción.

MONSEÑOR

Además, intelectualizáis demasiado la mística.

HUÉSPED

Los doctores de la Iglesia la intelectualizaron, también, en sus diversos tratados.

MONSEÑOR

Ningún reproche os hago; señalo el hecho, simplemente; y no me resta agregar sobre ello sino que os oígo con delectación, y que la Iglesia católica ha criado los mayores místicos, esclareciendo en luminosos libros la doctrina que explica este singular fenómeno de la gracia. Pero hay diferencia entre el misticismo práctico y la mística teórica. Esta última es un puente dialéctico tendido entre la Teología, ciencia de Dios, y la Psicología, ciencia del Hombre. El misticismo práctico es ya el don divino excepcional, la vía unitiva del Espíritu. A veces Cristo da en un solo ser el santo de contemplación y el docto que lo enseña, como en San Juan de la Cruz o en el Serafín de Ávila. Yo no sé si vos habéis andado por esos caminos.

HUÉSPED

Por el estudio de los libros, mucho; por la introspección contemplativa, también. Permitidme, sin embargo, que guarde alguna reserva sobre todo ello. Yo apenas quería con estas reflexiones justificar el carácter ortodoxo de mi

punto de vista, a fin de exaltar la supremacía de la vida íntima del hombre, su verdadero ser espiritual, sobre las formas externas del culto, que apenas son una apariencia histórica.

MONSEÑOR

El Espíritu descendió como lenguas de fuego sobre los Apóstoles, y quedó en la Iglesia.

HUÉSPED

Quedó para iluminar el sentido oculto del mensaje, porque el Verbo se hizo carne para articular la palabra, a fin de que los hombres la oyeran; porque Jesús es el hombre y porque su palabra es también espíritu.

MONSEÑOR

La Iglesia es la depositaria de la palabra.

HUÉSPED

Cristo dijo a los fariseos: «Vosotros sois de aquí abajo; yo soy de allá arriba.» Deslindados ambos mundos, anunció que Él vendría en Espíritu al alma de los que creyeran en Él. A todos, paternalmente, nos advierte: «Estad vestidos y con las luces prontas, como siervos diligentes, para cuando venga el Señor.» Este es el *Maran Atha*, que en sirio quiere decir «el Señor llega». Cristo enseña: «Si me conocieras a mí, conocerías a mi Padre.» El Hijo

anuncia al Padre, como los Profetas anunciaron al Hijo; pero ambos son uno solo con el Espíritu, que vendrá al espíritu de cada hombre. Cuando el Espíritu está en nosotros, se manifiesta por dones de conocimiento, de beatitud o de amor. El sabio doctor místico, en su libro *De imitatione Christi*, nos dice: «Muchos siguen a Jesús hasta partir el pan, pocos hasta beber el cáliz.» El pan es la Eucaristía, el cáliz es el sacrificio personal. Por eso agrega: «Muchos aman su reino, pocos llevan su Cruz.» Y luego exclama Kempis: «¡Oh, ánima mía! Mira bien esto: cierra las puertas de tu sensualidad, para que puedas oír lo que el Señor habla en ti.» Eso es lo que yo hice, Monseñor, con devoción profunda, en un tiempo de soledad y de tristeza...

MONSEÑOR

A pesar de la mucha esperanza que en favor de vuestra salvación dejan en mi ánimo esas palabras, me permito deciros que, como a Don Quijote, los libros de falsas caballerías, los libros de falsa religión, os han sorbido el seso. Reportaos con humildad, y hallaréis el camino. Orad con fe y desechad tanto libro peligroso.

HUÉSPED

Durante años y años he peregrinado como

un sediento por desiertos áridos, a través de la literatura religiosa de todas las razas, buscando la fuente que saciara mi sed espiritual. Leí los libros sagrados en que se fundan las diversas religiones, el Génesis, el Koran; leí los tratados metafísicos en que se fundan las filosofías, Platón, Kant; leí las obras de los autores místicos, doctores de la doctrina o poetas de la emoción, desde Pitágoras hasta Swedemborg, y nada, Monseñor, satisfacía mi ansiedad. La razón hallaba alimento en esas páginas; la imaginación, recreo; pero el sentimiento vivo de Dios no lograba encarnarse en mi vida. Aquellos monumentos de la humanidad, aunque esclarecidos por historiadores y comentadores, me resultaban oscuros, enigmáticos, estériles.

MONSEÑOR

Me acongoja el oiros.

HUÉSPED

Creí, por un breve lapso, allá en mis primeras mocedades, que la *Bhâgavâd-Gitâ* podría ser mi oasis en aquel desierto.

MONSEÑOR

Recuerdo que anteanoche habéis citado ese libro, pero os confieso que yo no lo conozco.

HUÉSPED

Es un libro hindú que en nuestra lengua se llama *El canto del bienaventurado*, traducción literal del título en sánscrito. Emile Bournouf, que lo vertió al francés, lo considera uno de los libros más hermosos que hayan salido de manos de los hombres, y recomienda su lectura a las sociedades que se pretenden cristianas, fundadas, como él dice, sobre la más estrecha forma del egoísmo: el interés. La obra es un poema dialogado que se liga como episodio al Mahâbhârata, y su personaje principal es Krishna, décima encarnación de Vishnu, fundador de una de las religiones posteriores a Budha y que tiene grandes analogías con el cristianismo.

MONSEÑOR

Contadme algo de su argumento.

HUÉSPED

La acción ocurre en la llanura de Kuruxetra, donde se libra el combate entre Krishna y Arjuna. Sanjaya refiere el diálogo entre ambos. Los carros y tropas, con escudos y lanzas, prontos a combatir, se detienen frente a frente, y el guerrero Arjuna pregunta quiénes son los adversarios, quiénes toman partido por la causa de los criminales hijos de Dhritarâsthra.

Krishna detiene el carro ante Bhishma[8] Droña y *todos los guardianes de la tierra*, diciendo: «Príncipe, he aquí reunidos a todos los kurus.» Arjuna ve entonces a sus padres, abuelos y parientes; comprende que la guerra es fratricida, y con el ánimo desfallecido, dice: «No combatiré más»; y entonces Krishna, décima encarnación de Vishnu, le explica en sucesivos diálogos, los misterios de la acción y de la contemplación, del bien y del mal, de la vida y la muerte, de los renacimientos como camino de perfección, de la sabiduría como medio de alcanzar la Unidad divina.

MONSEÑOR

Pero ¿quién es el Bienaventurado?

HUÉSPED

El Bienaventurado es el Dios Único, y es también el Hombre que llega a unirse con Él. Su doctrina se funda en el conocimiento del Creador y en el amor de sus criaturas, aunque no como en la doctrina cristiana. «Una ciencia que muestra al Ser indivisible en los seres divisibles—enseña Krishna—es una ciencia de verdad.» «Una ciencia, agrega, que se liga a lo particular como si fuese el todo, es una ciencia de tinieblas.» La crítica del conocimiento es asombrosa, porque supera el positivismo, el

racionalismo y el intuicionismo. En cuanto al amor, excede a las enseñanzas platónicas, y me atrevo a afirmar que se acerca mucho a algunas enseñanzas evangélicas.

MONSEÑOR

Es demasiado afirmar...

HUÉSPED

Quizá, pero escuchadme: Yo poseía, por sentimiento estético, más que religioso, la intuición natural del Dios Único infundido en el mundo, cuando leí el diálogo indio por primera vez; mas yo era entonces muy joven, mis ideas no muy claras, escasa mi experiencia de los libros y de los hombres. La enseñanza de Krishna y la revelación de Arjuna me conmovieron porque me iluminó en las sucesivas yogas la diferencia que hay entre Dios y el mundo, entre el alma y el cuerpo, entre el Dios y los dioses, entre el Hombre y los hombres, entre la materia y la idea, hasta que vi como el guerrero de Mahâbhârata, la Forma Universal, el sendero de ascensión hasta el Principio Supremo, la distinción entre la condición demoníaca y la condición divina manifestada por los atributos del conocimiento, de la renunciación y de la fe.

MONSEÑOR

Lástima es que no debierais tales progresos espirituales a nuestros libros cristianos.

HUÉSPED

No os aflijáis, Monseñor. He vuelto a leer la *Bhagâvad-Gitâ* en estos últimos tiempos, y me ha conmovido menos que los *Evangelios*, para los cuales era entonces casi insensible.

MONSEÑOR

Luego, ya no lo sois.

HUÉSPED

Muy lejos de eso.

MONSEÑOR

Es una confesión que me tranquiliza.

HUÉSPED

Hoy tengo en los *Evangelios* mi más segura guía espiritual. Todos los libros sagrados y la historia que los encadena y la filosofía que los explica, son lecturas que lejos de serme perniciosas, me sirven para desentrañar el profundo sentido, cada vez más humano y luminoso, del mensaje cristiano. Ahora comprendo por qué el Señor dijo que no sólo de pan vive el hombre, sino de las palabras que Dios dice, y cuan-

do oígo hablar al Maestro del Hombre, las contradicciones del fanatismo desaparecen en la luz de su Verdad, serenamente.

MONSEÑOR

En el capítulo IX de San Marcos se lee: «Si tú puedes creer, todo es posible para el que cree.»

HUÉSPED

Hoy sé lo que hay de común en todas las religiones, bajo la aparente diversidad de las alegorías y de los nombres, y estimo más que una definición teológica de la Divinidad, una inspiración mística que pueda servir a los hombres actuales para su consuelo, su resurrección y su perfeccionamiento moral. Esa inspiración creo que debemos buscarla en el Espíritu de Cristo. La doctrina de la *Bhâgavad-Gitâ* es demasiado intelectual o abstracta, lleva al nirvana y no puede servir para la cultura integral que nosotros perseguimos. Solamente Cristo podría hablar al corazón de los hombres occidentales, hoy sumidos en la materia como en una tumba, y resucitarlos por el amor, como entes invisibles, porque esa es la misión cristiana más premiosa de nuestro tiempo.

MONSEÑOR

¿Con qué objeto?

HUÉSPED

Para la superación del hombre y la pacificación de la tierra. El dominio de la naturaleza mediante una ciencia materialista y un arte mecánico, están apagando las luces del espíritu, y el mundo recuerda hoy los peores días de la decadencia pagana.

MONSEÑOR

Días análogos precedieron la venida de Cristo.

HUÉSPED

La ciencia y la mecánica no bastan para realizar la unidad de la Tierra. Los medios materiales necesitan ser superados por un renacimiento moral. La humanidad, originariamente separada en grupos creados por la configuración geográfica, las razas, las lenguas, los instintos, necesita una sola religión para crear la Unidad Espiritual del género humano. Esa es la misión del Espíritu de Cristo; crear en los individuos el Amor y en la especie la Fraternidad.

MONSEÑOR

No es fácil conseguirlo, dada la relajación de las costumbres, la soberbia de los amos del mundo, la impiedad de las clases populares.

Las bacanales vuelven. La mujer se ha desnudado de nuevo para danzar en la orgía.

HUÉSPED

Así estaba la tierra hace veinte siglos, cuando Cristo vino.

MONSEÑOR

San Pablo, en su primera Epístola a los Corintios, dice que no fué el hombre creado para la mujer, sino la mujer para el hombre, y que aquella debe estar callada y llevar en su cabeza los signos de la sumisión, por respeto a los Ángeles. Pero la mujer se ha revelado contra el hombre.

HUÉSPED

La mujer se ha revelado porque ha adquirido la conciencia de sí, como el ciudadano, el obrero y el estudiante. Si la mujer en el hogar, como el ciudadano en el foro, el obrero en la fábrica y el mozo en el aula, no saben utilizar su vida para el bien, nuestro deber es guiarlos en el aprendizaje espiritual. La libertad del individuo es el don cristiano por excelencia, y arduo su aprendizaje.

MONSEÑOR

La lucha con el mal se ha tornado terrible.

HUÉSPED

Terrible, ciertamente, y la victoria será del mal, es decir, de la pasión, del instinto y de la fuerza, si las religiones siguen cristalizadas en ritos sin vida espiritual, y si todas las instituciones civiles, como la Prensa, el teatro, la escuela, la fábrica y el Estado mismo, olvidan que tienen cura de almas, misión de fraternidad en la tierra, de justicia entre los hombres.

MONSEÑOR

Todo el desastre empezó cuando la Iglesia de Roma perdió el gobierno del mundo.

HUÉSPED

Empezó, Monseñor, cuando el hombre se olvidó de Cristo, como hoy se olvidan de Él, que es el hombre invisible, la ciencia, el arte y la política. Cuando Cristo sea una realidad en la conciencia de cada hombre, como lo he explicado en los dos diálogos anteriores, su Espíritu trascenderá al pensamiento, a las costumbres y a las instituciones.

MONSEÑOR

Declaro, hijo mío, que vuestras ideas me parecen cada vez más contradictorias e incomprensibles.

HUÉSPED

La efigie de Cristo concentra la liturgia católica que empieza con San Pedro; la palabra de Cristo concentra la dialéctica protestante que empieza con Lutero; el Espíritu de Cristo concentra la nueva revelación que empieza con Swedemborg. La primera se fundó en la autoridad; la segunda, en la inteligencia; la tercera, en la intuición. El sueño individualista de un Cristo invisible, concentra a los tres, en una visión integral del Hombre. El cuerpo humano de Jesús mostró en la tierra el misterio de Cristo; la palabra de Cristo, despertó la conciencia del hombre; y el espíritu de Dios alumbró en la Vida de cada hombre una Vía posible de la Sublime Verdad. Los Iniciados en el Misterio Cristiano, podrían constituír en la Tierra una fraternidad invisible por medio de la cual las fuerzas providenciales que rigen la historia obraran en la evolución humana.

MONSEÑOR

¿Sois teósofo?

HUÉSPED

No lo soy, ni jamás he participado en las Logias, ni creo que mi punto de vista pueda confundirse con el de los teósofos. Almas de una sensibilidad impresionable y de un carác-

ter ingenuo, los adherentes de la teosofía han creado un movimiento religioso que no merece la fulminación, porque él carece de eficacia, ni el desdén, porque se inspira en un ideal filosófico muy elevado. He leído casi todos sus libros, a partir de la *Doctrina Secreta*, moderna Biblia caótica y enorme, y al cabo de esas lecturas, así como después de haber leído los textos sagrados de las antiguas religiones, he hallado en los Evangelios, como ya os lo dije, la guía espiritual más clara para el perfeccionamiento del hombre.

MONSEÑOR

Cuando anteanoche os pregunté si sois católico, pude ver en vuestra respuesta que, aunque lo sois de origen, acaso habéis dejado de serlo; y cuando anoche os pregunté si sois protestante, me respondisteis que no, como ahora me respondéis negativamente cuando os pregunto si sois teósofo, budista o algo por el estilo... Declaro que no me resulta muy sencillo el entenderos.

HUÉSPED

Si para entenderme necesitáis, Monseñor, ponerme una denominación colecticia, podéis llamarme simplemente cristiano.

MONSEÑOR

¿Cristiano?...

HUÉSPED

Cristiano soy, por linaje y por sentimiento. En nombre de Cristo, reconozco un hermano en cada hombre, sea éste católico, protestante o budista, y aún podéis agregar las otras confesiones. Ahí tenéis mi definición más breve y simple.

MONSEÑOR

Breve, sí; pero no simple.

HUÉSPED

En la Catedral católica de Buenos Aires, el frontis con su columnata es griego; el relieve del tímpano reproduce un argumento judío: la cúpula es romana, y bajo de ella está la tumba del general San Martín, que fué un laico revolucionario, lo cual no obsta a que fuese, como libertador, el más perfecto caballero cristiano.

MONSEÑOR

¿Y qué buscáis probar con ese ejemplo?

HUÉSPED

Que en materia de religión, aun las cosas que parecen más simples son, desde luego, tan complejas en su intimidad, como lo es el hombre en la naturaleza y en la historia.

MONSEÑOR

Todo cuanto decís no sería censurable, si aceptarais una autoridad en materia religiosa.

HUÉSPED

La acepto en Cristo y su Evangelio es mi ley.

MONSEÑOR

Habláis con demasiada altanería.

HUÉSPED

Invoco, para hablar así, el recuerdo de San Pedro de Alcántara. En carta dirigida a Santa Teresa, fechada en Ávila el 14 de abril de 1562, protestando de que la santa avileña hubiera pedido el parecer de teólogos sobre sus fundaciones, San Pedro de Alcántara dice a su amiga: «La perfección de la vida no se ha de tratar sino con los que la viven, porque no tiene ordinariamente alguno más conciencia ni buen sentimiento de cuanto bien obra, y en los consejos evangélicos no hay que tomar parecer, si será bien seguirlos o no, porque el consejo de Dios no puede dejar de ser bueno, y el que dió el consejo dará el remedio.» Como véis, Monseñor, un santo español, en el gran siglo de la contrarreforma, es quien me ayuda con su sentencia.

MONSEÑOR

Pero es lástima que insistáis en proclamar el individualismo religioso, forma de la anarquía espiritual.

HUÉSPED

Ya os dije que los más exaltados místicos fueron anarquistas de esa especie, y la Iglesia, después de censurarlos, los ha canonizado.

MONSEÑOR

Cuando no se rebelaron contra ella.

HUÉSPED

En su excelsa inconsciencia, creo que se rebelaron Francisco de Asís y Teresa de Ahumada, a quienes hoy llamamos santos. *Las florecillas* y *Las moradas* son dos confesiones de cómo sintieron el amor cristiano aquellas almas solitarias. Más viva que la lámpara de los ritos, ardió en ellas la llama de la transverberación.

MONSEÑOR

Fueron almas excepcionales, y no todas llegan al Señor para esas puertas de fuego.

HUÉSPED

Llegaron a Dios sin mediación de la Iglesia,

y eso es lo grave para la Iglesia. La vía unitiva de los místicos, no es el oficio, sino el éxtasis, o bien la ciencia, el dolor, la caridad, que es el amor a Dios en sus criaturas. Los caminos son muchos y Cristo no dió a nadie el derecho de vedarlos.

MONSEÑOR

La Iglesia no los ha vedado, aunque ella es quien los vigila; y bien sabe que sin ella, ni San Francisco ni Santa Teresa hubieran podido acercarse a Cristo como se acercaron. De modo que no tenéis razón al decir que sin la Iglesia o contra la Iglesia, la unión del hombre con Cristo sea posible.

HUÉSPED

Yo no proclamo la rebelión de los creyentes, sino la necesidad de que el culto católico franquee los caminos de la vida interior para las almas que no se conforman con sólo estar dentro de la Iglesia, porque la Iglesia está dentro de ellas, y anhelan recibir al Cristo invisible en su conciencia.

MONSEÑOR

Eso depende de la gracia divina y de la virtud individual. La Iglesia es el hogar común de los fieles. En ella se salvó a través de los tiempos la luz inicial de la Verdad cristiana.

HUÉSPED

Sin duda la Iglesia es un espejo mágico en el cual persiste con su resplandor originario la lumbre de los Evangelios, y de ese foco secular se irradia, como en una serie de halos concéntricos, la libre interpretación de los individuos y de las sectas.

MONSEÑOR

Halos de luz cada vez más tenue, hasta tocar las sombras de la herejía o del ateísmo, y en eso consiste el peligro.

HUÉSPED

Si se procede por transiciones, buscando los matices espirituales del Cristo como arquetipo del Hombre Invisible, podemos pasar del Evangelio realista de Mateo al Evangelio místico de Juan, y de éstos a las diversas interpretaciones confesionales, hasta llegar a una evocación filosófica más libre, sin apartarnos del Cristo evangélico, por círculos de luz que parten de un mismo centro luminoso.

MONSEÑOR

No se me alcanza qué os proponéis con ello.

HUÉSPED

Intuír el Espíritu de Cristo a fin de subjeti-

varlo como Maestro del Hombre y guía de la vida.

MONSEÑOR

La Iglesia ha realizado ya lo que deseáis, presentando en Jesús el ideal del hombre en la tierra y el juez de las almas en el Reino de los Cielos.

HUÉSPED

Mas yo no quiero hacer de Jesús un Hombre triste y un Dios inmóvil, demasiado alejado de nosotros en el espacio infinito; yo desearía humanizarlo como animador romántico y místico de cada conciencia, para perfeccionar al hombre en el entendimiento y en la acción.

MONSEÑOR

Eso es también lo que la Iglesia procura.

HUÉSPED

La Iglesia instituye para ello un culto litúrgico; yo propongo una norma de la vida individual, inherente a cada conciencia.

MONSEÑOR

También la Iglesia lo propone.

HUÉSPED

La Iglesia excluye de su seno a los que no

practican sus ritos, y la cuestión que yo planteo es si el Espíritu de Cristo puede ser el Salvador de un hombre libre, para llegar a ser el Mesías de todo el género humano.

MONSEÑOR

Soñáis cosas que podrían conducirnos a un verdadero caos. El mundo occidental se ha salvado porque Roma no abdicó a su cetro. Ella es, desde hace veinte siglos, la brújula de la historia humana.

HUÉSPED

Sin duda el cristianismo católico ha sido el meridiano de referencia a través de toda nuestra Era. A su inspiración debemos la universalidad de la Biblia, la resurrección de Roma, la salvación de la cultura grecolatina, la conversión de los bárbaros, la creación de la Europa moderna, la realización de los descubrimientos geográficos, la unificación de la cultura humana, el renacimiento de las artes y de las ciencias, y hasta sucesos que parecen hostiles a esa tradición, como la Reforma religiosa del siglo XVI y la Revolución democrática del siglo XIX, no son sino ramas del tronco cristiano, que necesitan referirse a aquel meridiano histórico para fijar su significación. Pero esto mismo obliga a la Iglesia de Roma, después de la última guerra y en medio de la crisis con-

temporánea, a asumir una actitud creadora, como lo hizo en otras ocasiones análogas de los tiempos pasados. El mundo necesita nuevamente la venida del Mesías; y si hace veinte siglos vino a la tierra, como hombre de carne, el Cristo de los ritos y de los templos, hoy esperamos al Cristo social, que vendrá en Espíritu, como Él lo anunció, para la elevación de las almas y la paz de los pueblos.

MONSEÑOR

La humanidad lo esperó en vano al llegar el primer milenario, y al cabo de mil años volvemos a esperarlo en la tribulación; pero el Espíritu de Cristo, cuando Él vino en la carne, quedó en su Iglesia para consuelo de los hombres.

HUÉSPED

Recordad aquel pasaje de Lucas: los fariseos le preguntaron a Jesús cuándo habría de venir el Reino de Dios, y respondió Jesús: «El Reino de Dios no vendrá manifiesto; ni dirán hele aquí o hele allí»; y luego agregó: «El Reino de Dios está dentro de vosotros.» He aquí una declaración capital en boca de Cristo: *El Reino de Dios está dentro de vosotros.* Su nueva venida no será, pues, un advenimiento material, sino una realización humana, que trascenderá de la vida íntima a las ideas, a las costumbres

y a las instituciones. Hartmann, en su *Vida de Jehoshua*, pretende que los Evangelios fueron redactados mucho después de Jesús y que de ellos se eliminó una parte de la enseñanza esotérica que alentaba a interpretaciones materialistas influídas por el deísmo judío y por la política romana. Para Hartmann, Jesús es un profeta inspirado por la sabiduría celestial, y Cristo una alegoría de su doctrina. Yo creo, por lo contrario, que la enseñanza esotérica de los Evangelios empieza ahora a revelársenos en todo su poder; que Jesús fué una realidad histórica, como Hombre, como Maestro, como Dios; y que Cristo no es una alegoría, sino un Espíritu vivo y dinámico, que desde hace veinte siglos trabaja en las entrañas de la especie para su redención.

MONSEÑOR

He leído, sin embargo, en los periódicos, que hay actualmente quienes aguardan una segunda venida corporal de Nuestro Señor Jesucristo.

HUÉSPED

Sí, Monseñor; y hasta se han organizado sectas para esperarlo, enseñando los signos del reconocimiento, a fin de que los hombres no vuelvan a crucificarlo: una de origen budista, es «La Estrella de Occidente» y tiene adeptos

en Buenos Aires. Análogo es el movimiento ahmaddiyya, nacido en el Punjab, y que ha fundado en Londres un centro de propaganda. Hay quienes dicen que el nuevo Cristo ya ha nacido en Ahmad de Quadian, o en otro que vive preparándose para su misión, en el Tibet, en la Siria, en vagos lugares misteriosos. Todo ello, sin embargo, está en contradicción con la palabra de Cristo. Pues no olvidemos que sobre el Hijo del Hombre y su segunda venida, Lucas, en el capítulo XVII de su Evangelio, pone en boca de Cristo estas palabras: *«Desearéis ver entonces al Hijo del Hombre y no le veréis, y si alguien os dice hele aquí o hele allí, no vayáis tras ellos, porque como el relámpago relampagueará desde una parte que está debajo del cielo.»* Esto declara que el Cristo, el Hijo del Hombre, volverá, pero no materialmente, sino en Espíritu, y que se anunciará por una nueva luz que ascienda en cada ser humano desde los abismos de la subconciencia, porque eso es el relámpago que relampagueará desde una parte que está debajo del cielo. En la tribulación de nuestro tiempo, cada hombre debe de buscar dentro de sí mismo a aquel excelso Animador, cuyo influjo encenderá a la ciencia, al arte y a la moral, en un nuevo renacimiento idealista.

MONSEÑOR

Malgrado vuestro optimismo, no puedo substraerme a las sombras que cubren todo el horizonte de nuestra época, y reconoceréis conmigo que la humanidad se halla completamente desorientada.

HUÉSPED

El Espíritu de Cristo puede volver a señalar el camino.

MONSEÑOR

¡Sólo Él podría hacerlo!

HUÉSPED

Para que Él pueda hacerlo de nuevo, es menester que los hombres lleguemos a la conciliación de todos los cultos en la Excelsa Verdad, y que restauramos la supremacía del hombre invisible sobre los instrumentos materiales de la ciencia, del arte y de la política. Si la Iglesia dijo: Fe, Esperanza y Caridad; si la Revolución ha dicho: Libertad, Igualdad y Fraternidad; la sociedad de nuestro tiempo ha de decir: Justicia, Trabajo y Amor. Esta es, sin duda, la nueva consigna cristiana.

MONSEÑOR

¡Justicia, Trabajo y Amor!... Pero ¿quién

podría definir esta nueva consigna y propagarla?

HUÉSPED

El Espíritu de Cristo la propagará, y la definiremos los hombres mismos, cuando hayamos definido a Cristo según las necesidades de nuestra época. Definir a Cristo es definir al Hombre en el Hijo del Hombre, y el Evangelio es su clave. Nuestros dos diálogos anteriores nos han enseñado «el camino» y «la verdad»; éste puede enseñarnos «la vida», o sea el cristianismo como realización.

MONSEÑOR

La realización cristiana consiste para los fieles en la obediencia y en la caridad.

HUÉSPED

En la obediencia a Cristo, y en la caridad, ciertamente; pero ésta no consiste en la simple limosna, en la que el pordiosero es un hombre claudicante y el dadivoso un especulador que compra acciones en el cielo. La caridad es algo menos fácil y más puro. En cuanto a la obediencia, ésta consiste en el trabajo al servicio de un ideal, y para obedecer a Cristo es necesario conocerlo. El arte litúrgico nos ha mostrado su cuerpo; la palabra evangélica nos ha descubierto su alma. Jesucristo es el hombre

en la plenitud de sus posibilidades espirituales.

MONSEÑOR

Sin duda, Jesucristo es el Hijo de Dios...

HUÉSPED

El Hijo de Dios es el Hijo del Hombre; y, según el Evangelio de San Marcos, Jesús ha dicho: «El Hijo del Hombre no vino a que lo sirvieran, sino a servir, y a dar su vida por la redención de muchos.» Jesús dice también: «Quien a costa de su alma conserva su vida, la pierde; y quien la pierde por mí, volverá a hallarla.» «El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que la hacen, lo arrebatan.» Han llegado tiempos, Monseñor, en que estas sentencias deben ser recordadas.

MONSEÑOR

Recordadas y explicadas...

HUÉSPED

Imitar a Cristo es servir a los hombres; conservar la vida, es salvar su ideal; y vencerse a sí mismo, a viva fuerza, es entrar en el reino de los cielos.

MONSEÑOR

Todo eso debe hacerse dentro de nuestra Iglesia, pues el Señor ha dicho: «Quien no recoge conmigo, desparrama.»

HUÉSPED

Pero Cristo también ha dicho: «La mies de la verdad es mucha y los trabajadores pocos»; «el que trabaja merece que lo sustenten»; «donde dos o tres se hallen reunidos en mi nombre, yo estaré con ellos».

MONSEÑOR

Eso dijo el Señor antes de que su Iglesia se hubiera organizado.

HUÉSPED

Veinte siglos después, el mundo ha crecido y ha crecido el hombre. Cuando nació la Iglesia, el orbe de Roma cabía en las costas del Mediterráneo y la humanidad rendía culto a divinidades materiales; hoy el orbe se extiende a todos los mares de la tierra, que se ha hecho redonda, y el hombre libertado por el Espíritu de Cristo, siente que le han nacido nuevas alas. Si el Maestro dijo entonces: «El que acogiere a un niño a mí me acoge», fué porque entregaba su obra a la humanidad del porvenir.

MONSEÑOR

Cristo es Dios.

HUÉSPED

Es Dios, pero en el Hijo. Y tal como el Pa-

dre se manifiesta en su creación, que es el Universo, y en ella lo descubrimos y adoramos, según la pasión de San Francisco de Asís y según la doctrina de Fray Luis de Granada, así en la creación del Hijo, que es el arte cristiano, debemos también descubrirlo para conocerlo mejor.

MONSEÑOR

Cristo está en su Iglesia y allí debéis buscarlo.

HUÉSPED

De la Iglesia de Cristo ha nacido el arte cristiano como la más bella manifestación de su Espíritu. Entre las grandezas del catolicismo cuéntase, a no dudarlo, de haber refundido en un solo culto las necesidades metafísicas, estéticas y morales, que constituyen la vida espiritual del hombre. Si el Viejo Testamento reveló la religión del Dios Único, el Nuevo Testamento reveló la religión del Hombre Único. La liturgia responde a aquellas necesidades de la conciencia.

MONSEÑOR

Cierto es cuanto afirmáis y cierto es también que la Iglesia tuvo el mecenazgo del arte en nombre de Cristo, aunque el arte se decía hijo de Grecia. La Iglesia católica que salvó del olvido la cultura griega y de la ruina el latín y

las instituciones romanas, fué, por el culto a las imágenes, madre fecunda del arte moderno.

HUÉSPED

Tenéis razón, y en cuanto a la belleza creo que son dos formas diversas de creación estética: la clásica más externa y formal, la cristiana más subjetiva y libre, como lo es todo el cristianismo en cuanto se lo considera como una resurrección del hombre espiritual. El paganismo griego creó, sobre todo, la escultura y la arquitectura canónicas; el catolicismo, en cambio, infundió en los mármoles antiguos la animación pasional de la vida humana, y del pequeño templo, morada de los dioses, hizo la casa de los hombres, levantando la fábrica tumultuosa de las catedrales góticas, henchidas de aliento místico. Por su parte, la pintura trajo a los altares una nueva revelación: el retrato humano, espejo del alma individual, y el paisaje de la naturaleza indiferente al dolor, y las vestiduras que envuelven el cuerpo con su opulencia ilusoria, como la carne envuelve al espíritu. De las Iglesias medievales salió el teatro moderno con los conflictos del albedrío cristiano, con el gusto por los escenarios fastuosos, con su lirismo y su popularidad. La Misa, como drama litúrgico, contenía en germen estos nuevos misterios, y a impulsos de su

inspiración se dilataron luego la mística, la poesía y la música, como otros tantos reinos de la belleza que Cristo ensanchó para el hombre.

MONSEÑOR

¡Me conmueve el oíros!

HUÉSPED

En cuanto a los asuntos, todo consistió en reemplazar a la Venus pueril de la mitología por las Eva, las Susana, las Salomé, las Judith, las María, mujeres con alma, y a poner en el sitio de los antiguos héroes de mármol, al Adán de carne, a David, a Salomón, a Herodes, al Bautista y a Jesucristo por encima de todos. Los Cristos vejados del Pretorio, los Cristos desesperados del Huerto, los Cristos sangrientos del Calvario, poseen una belleza innegable cuando la creación sale de manos de un Angélico, de un Leonardo o de un Greco; pero la hay, sobre todo, cuando se descubre en la literatura y en la música la cuarta dimensión del drama humano, la dimensión espiritual. Entonces el arte cristiano exalta la belleza del dolor, con más profundidad que la tragedia antigua. Entonces el arte entra en la zona de sombra de la subconciencia, y el protagonista no necesita ser visible.

MONSEÑOR

La música y la poesía cristianas son las artes de la conciencia, y los misterios del destino se han revelado en ellas con más profundidad que en el arte pagano.

HUÉSPED

Mejor que en las artes plásticas, las mujeres de la Biblia han alcanzado su plena personalidad en la poesía, como personajes literarios, porque la conciencia humana es infinita en sus posibilidades. De un episodio impresionante pero sobrio ha nacido la *Judith* de Hœbel, y de un simple versículo, la *Salomé* de Oscar Wilde. Ambas revelan todo el misterio femenino en el amor espiritual que corta la cabeza del sombrío Holofernes, y en el amor carnal que obtiene la cabeza de Jokanam el puro.

MONSEÑOR

El arte pagano buscó la inmovilidad externa del canon; el arte cristiano, la fecundidad interna de la vida.

HUÉSPED

Sin el cristianismo, no existirían ni Segismundo que sueña su reino, ni Hamlet que sueña su acción, ni Fausto que sueña su juventud, ni Madame Bovary que sueña su amor, ni Don

Quijote que sueña su heroísmo; personajes mucho más profundos y significativos que todos los protagonistas de los poemas paganos, cuyos gemelos aparecen en las formas heladas de los plintos y de las metopas.

MONSEÑOR

Ciertamente la poesía no llegó a su plenitud sino después de Cristo.

HUÉSPED

Sólo después de Cristo pudo la poesía aventurar sus pasos en las más tenebrosas regiones del misterio humano, y descender a los infiernos de la miseria...

MONSEÑOR

El Verbo de Dios, en la palabra del hombre divinizada por el Evangelio, cobró nuevas potencias para el arte.

HUÉSPED

Y aún había para el alma invisible un lenguaje más sublime, que bajaba, hecho armonía, de las esferas celestiales. La música es el arte cristiano por excelencia. Antes de Cristo existió la música, sin duda, pero sólo después de Cristo llegó a su plenitud sinfónica, porque el misterio interior del hombre es la fuente mística del canto. La *Novena sinfonía* de Beetho-

ven y el *Parsifal* de Wágner, no existirían sin el cristianismo. Sus armonías nacen, convertidas en belleza, de las mismas fuentes recónditas de donde nacieron, convertidas en moral, las parábolas del Evangelio. Beethoven escribió la *Misa solemne* en el mismo período de madurez en que escribió la *Novena sinfonía;* y Wágner escribió el *Parsifal,* después de haber escrito la *Tetralogía,* como una superación de ésta. Por otra parte, la misma onda cósmica fluye por toda la obra de ambos genios, fecundando la vida interior del hombre en el seno de Dios. Y eso es el cristianismo. Toda la música moderna expresa la tortura íntima del amor elegíaco, al mezclar al goce del instinto las congojas del pecado y de la muerte, mitigando las tristezas de la ausencia en los inefables consuelos de la soledad, o superando la impávida grandeza del mundo externo con la frenética emoción del heroísmo.

MONSEÑOR

Cristo es, indudablemente, el gran explorador de todos los reinos espirituales.

HUÉSPED

Su figura se mueve más en el tiempo que en el espacio, y por ello su propia forma fué imprecisa, cambiante, múltiple, como el tema de una sinfonía. Su retrato pertenece más a las

artes subjetivas que a las artes plásticas.

MONSEÑOR

Se diría, sin embargo, que el dolor es en Jesús lo humano y pasajero, en tanto que lo eterno y divino es en Él la belleza, la serenidad y el amor.

HUÉSPED

La fascinación estética de Jesús, creo yo también, es el rasgo definitivo de su persona física y moral. La Iglesia ha multiplicado las imágenes que muestran ese irresistible encanto personal del joven Maestro, a veces con demasiada pulcritud y dulzura. El bello Nazareno que habló a la Samaritana junto a la fuente, ha conquistado tantos corazones como el pálido Cristo hambriento de los Olivos. Ha obrado iguales milagros la belleza que la piedad. Por eso la música beethoviana supera siempre a la naturaleza y al dolor, con el canto sereno de la bondad cristianamente dichosa.

MONSEÑOR

¿Por qué hablar de una fealdad cristiana y de una belleza pagana?

HUÉSPED

Se habla de eso como se habla de una alegría pagana y de una tristeza cristiana, por sofisma o por frivolidad.

MONSEÑOR

¡La alegría pagana! ¡Lugar común de mentecatos! ¡Bagatela de ciertos necios tocados de falsa erudición! ¿Podría hablarse de la alegría pagana ante el dolor de Prometeo y la desesperación de Fedra y la amargura de Edipo? ¿Qué alegría hay en la religión de los misterios eleusinos y en la fatalidad de las tragedias esquilianas? Ninguna alegría puede hallarse en la crueldad primitiva de las rapsodias de Homero, ni en la bestialidad monstruosa de los mitos de Hesíodo, ni en la pasión tiránica de los dramas de Sófocles. La vida cotidiana que Plutarco describe con precisión de anécdotas y lugares, no es menos triste que la del hombre en todas las épocas. Las obras de Aristóteles me parecen tan aburridas como las de cualquier sociólogo moderno. La política griega es una sucesión de tiranías, guerras y crímenes miserables. La república de Platón consiente la esclavatura, que no es, seguramente, la alegría del esclavo. El alma griega linda de un lado con la lógica, y del otro con los más bajos instintos: dijérase un Centauro con la cabeza de Sócrates. Semejante símbolo no es alegre tampoco. Alegría y serenidad no las hubo ni en el Olimpo donde moraban las díscolas divinidades de aquel pueblo.

HUÉSPED

Cuando el espíritu de Grecia ríe, en la comedia burlesca de Aristófanes, en el epigrama erótico de Anacreonte, en la fábula satírica de Luciano, su risa es grotesca, superficial y triste. El arte helénico aprisionó el cuerpo del hombre en el canon, y el alma del hombre en la moira. El arte cristiano libertó al hombre. El arte y la política griegas fueron superados por el cristianismo; y del legado de su cultura, sólo subsisten sus instrumentos dialécticos. Maestra fué Atenas en el arte de razonar, y después de Cristo, seguimos usando su arte de razonar, porque en eso consistió su verdadero genio.

MONSEÑOR

Así es, en efecto: Atenas enseñó al mundo el arte de organizar las ideas, como Roma el de organizar las voluntades. A eso se reducen los aportes definitivos de la civilización pagana.

HUÉSPED

Por eso, cuando hoy las evocamos, la vida ateniense se nos aparece con una seductora claridad, y la vida romana con una grandeza dominadora. La una, reina en la filosofía; la otra, en la política; pero ambas son incomple-

tas, y la civilización europea de los tiempos modernos, asimilando a las dos, las supera y las perfecciona con el cristianismo que incorpora el sentimiento del hombre a la cultura occidental, haciendo del hombre, no el adorador de la Naturaleza, sino el Señor de ella mediante la ciencia, y no el siervo del César, sino el colaborador del Estado mediante la libertad.

MONSEÑOR

Esta manera de explicar la historia de nuestra civilización no está de acuerdo, sin embargo, con lo que se enseña en los manuales de los colegios.

HUÉSPED

¡Ah, Monseñor: los manuales de los colegios están deformados por los mitos históricos! Nada es tan necesario a la salud intelectual de nuestro tiempo como la revisión de ciertos lugares comunes y de ciertos sofismas milenarios que flotan en las aguas vivas de la tradición como residuos de los pueblos muertos y de las culturas desaparecidas. Por mi parte, os confieso que siempre me he defendido de esas perniciosas leyendas.

MONSEÑOR

No todos pueden reconocerlas para precaverse de ellas.

HUÉSPED

Lo sé; pero siempre he creído que con la técnica fría del arte pagano, el sentimiento cristiano creó una belleza más auténtica, y en cuanto a la grandeza política de Roma, la vida de sus Césares, contada por Suetonio, bastó para mostrarme la repugnante vileza del Imperio, de nivel humano tan inferior a la discutida moralidad de las democracias modernas. Para preservarme del error, tuve por guía el arte, que es, como os lo dije hace dos noches, la más concreta revelación de los misterios humanos.

MONSEÑOR

¿El arte?

HUÉSPED

Sí, Monseñor. Ya en el siglo XIII lo purificaron los arquitectos que levantaron las catedrales góticas, y pintores como Giotto, y poetas como Dante y, después, músicos como Palestrina. En el Renacimiento, la pintura con Leonardo de Vinci y la escultura con Miguel Ángel, mostraron en la plástica el valor del hombre espiritual, haciendo de la técnica un medio, no un fin. Pues lo que se llama el Renacimiento, no lo es con respecto al arte pagano, sino como una renovación de los medios, pero para

otros fines, y en este sentido el Renacimiento es una creación esencialmente cristiana, como antes lo fuera el misticismo medieval, y después el romanticismo democrático. Aquellos tres siglos, el XIII, el XVI y el XIX, los más grandes de nuestra Era, nacieron del humanismo cristiano. Cuando el Santo de Asís tomó para hábito suyo la túnica burda de un campesino y un simple trozo de soga, creando la vestidura con que Dante glorioso bajaría al sepulcro, quiso enseñarnos la nada que es el hombre corporal entre sus pompas mundanas, y cómo el hombre invisible puede transfigurar la vida en su propia lumbre de amor. La naturaleza, exorcisada del priapismo antiguo por aquel fuego de la locura franciscana, rindióse desde entonces al hombre espiritual, y por los senderos místicos así alumbrados hasta los más remotos horizontes del porvenir, llegaron posteriormente dos genios (o dos santos) del arte cristiano: Cervantes en la poesía del Renacimiento y Beethoven en la música de nuestra edad, angustiados y generosos arquetipos de una misma inspiración evangélica.

MONSEÑOR

Me habéis traído, amigo mío, a un punto en que no sé si debo dar mi beneplácito a cuanto acabáis de decir.

HUÉSPED

Podéis darlo sin peligro, Monseñor.

MONSEÑOR

No me atrevo de pronto.

HUÉSPED

Lo deploro, porque hace ya buen rato que dialogamos de acuerdo y no desearía que termináramos en disputa nuestra última conversación.

MONSEÑOR

Tampoco lo deseo yo; pero siempre me parecieron sospechosas las síntesis históricas demasiado esquemáticas.

HUÉSPED

Entendí que no hablábamos ahora de historia en el sentido que suele darse a esta palabra.

MONSEÑOR

Pues ¿de qué hablabais entonces?

HUÉSPED

De la vida espiritual del hombre en sus fuentes más misteriosas, de donde manan las aguas vivas de la Escritura; elevada región de las almas para la cual la cronología de los historiadores es cantidad desdeñable.

MONSEÑOR

Pero habéis acercado bruscamente a San Francisco, a Cervantes y a Beethoven.

HUÉSPED

Hombres fueron los tres...

MONSEÑOR

Eso no basta.

HUÉSPED

Y quizá contemporáneos en el misterio de su dolor, de su bondad y de su gloria.

MONSEÑOR

El uno es santo de nuestra Iglesia; los otros dos no lo son.

HUÉSPED

Podrían llegar a serlo...

MONSEÑOR

No lo creo.

HUÉSPED

Cervantes perdió una mano en Lepanto, defendiendo a la cristiandad; fué cautivo de la morisma en Argel; padeció cárceles injustas en su propia patria; arrastró su miseria por los

caminos, soñando con la verdad, la belleza y el bien, y, al cabo de tan penosas andanzas, escribió su autobiografía mística, creando un paladín que pone en acción la piedad heroica del Evangelio. Don Quijote, héroe de la caballería cristiana, es el mayor discípulo de Jesús, y, como su Maestro, fué tenido por loco. En las flaquezas de su carne y en su ideal de justicia absoluta, sirviendo a los hombres que no lo reconocieron, resucita el Espíritu de Cristo bajo las apariencias del poema...

MONSEÑOR

Asociáis y disociáis las ideas con seductora sutileza, pero desconfío de vuestros razonamientos...

HUÉSPED

En cuanto a Beethoven, vivió en la angustia y no dejó de amar a los hombres. Sordo como era, oyó la música de Dios, de la Naturaleza y del Alma, con antes no igualada agudeza, y reveló esa armonía sublime al corazón de sus hermanos. ¿No véis también en todo esto una realización del cristianismo? Sobre la carne mortificada, el Espíritu potente que viene de mundos superiores, trayendo a la tierra los dones de la alegría en la belleza. Por eso he comparado a Beethoven y a Cervantes con el Santo de Asís. La mística, la poesía y la mú-

sica han sido, gracias a tales hombres, la revelación estética más clara del Cristo invisible que puede estar en el hombre.

MONSEÑOR

Yo no pongo en duda la pureza de vuestras intenciones, pero, francamente, hijo mío, me desazonáis con tan extravagantes ideas.

HUÉSPED

Como al cura de la Mancha desazonaba con sus discursos Don Quijote, con quien me habéis comparado hace un instante...

MONSEÑOR

Razonáis como un loco, desgraciadamente.

HUÉSPED

Cuando se razona sobre cosas muy escondidas del alma, es imposible señalar los límites que median entre la razón y la locura.

MONSEÑOR

Perdonadme, y continuad, pues deseo escucharos hasta el fin, ya que esta noche habrá de ser la última de nuestras pláticas.

HUÉSPED

Lleno de gratitud por la hospitalidad con que me habéis acogido y por la benevolencia

con que me habéis escuchado, yo partiré mañana de esta casa, y no sé si volveremos a vernos; pero sé que nuestras pláticas no quedarán interrumpidas, porque, en la ausencia, yo seguiré dialogando con vos, y vos conmigo...

MONSEÑOR

Proseguid, que algo más os quedaba por decirme...

HUÉSPED

En el museo Poldi Pezzoli, de Milán, vi, hace muchos años, algunos Cristos muertos, verdosos y horribles, como los yacentes de Mantegna y Holbein, y algunos Cristos niños, pintados por Luini y por Beltraffio, en cuyas telas el pequeño Dios lactante chupa con avidez el seno desnudo de la Virgen. Desde esas extremadas formas del realismo, el arte cristiano debía elevarse en su espiritualidad, iluminando la carne de Jesús con el reflejo de su ser divino, o trascendiendo a otras artes en que la personalidad del Dios humano ya no necesitaría ni siquiera mostrarse bajo la forma de una figura visible. Tal es el profundo misterio del arte cristiano, y el sentido místico de lo que os dije hace dos noches, cuando hablábamos de la efigie de Cristo. Pero hoy, habiendo hablado ya sobre la palabra de Cristo, podemos entender lo que el Espíritu de Cristo ha

dado al hombre en el misterio de su realización estética, que culmina en el arte moderno.

MONSEÑOR

¿Creéis que el hombre moderno pueda comprender ese misterio, como vos lo llamáis?

HUÉSPED

Conozco, Monseñor, un drama italiano que presenta el episodio de la mujer pecadora; los personajes evangélicos hablan de Cristo, pero éste no aparece en escena: hasta el público llega tan sólo, en el momento patético, *La voce di Cristo*, como si fuese un personaje invisible. Y cuando se le oye decir: «El que se sienta sin pecado que arroje la primera piedra», las piedras caen de manos de los acusadores. Ahora bien, Monseñor, yo he visto en un teatro de Buenos Aires, al público heterogéneo y sensual, temblar él mismo como si fuese parte del drama, bajo el misterio de aquella Voz incorpórea, que viene de lejos y que penetra hasta el fondo de cada conciencia.

MONSEÑOR

Es conmovedor lo que acabáis de contarme, y creedme que, en mi retiro provinciano, desearía experimentar emociones estéticas de tan elevada moralidad.

HUÉSPED

Algo semejante he comprobado en las audiciones de *Parsifal*, especie de misa laica, que nos revela toda la profundidad mística del arte cristiano, y hasta dónde llega el afinamiento que el alma contemporánea debe a la acción espiritual del cristianismo.

MONSEÑOR

El arte sólo es una creación individual; pero la moral no lo es, y mucho menos la política, su trascendencia en la historia.

HUÉSPED

El arte es una revelación individual, pero su obra determina, por la emoción que produce, formas de sensibilidad colectiva. Toda la cultura es, en sus primeras fuentes, una creación individual, y lo que se nos aparece en la historia con formas colectivas, no es sino la consecuencia de modalidades individuales. El Espíritu de Cristo, incorporado a la vida individual de cada conciencia, conduce a la fraternidad de todos los hombres, porque el valor religioso de mi propia personalidad reconoce un valor idéntico en la personalidad de todos mis semejantes, y el Cristo invisible muéstrase así como un solo Espíritu divino en el alma de la humanidad. Ante Él, las diversas reli-

giones y castas y razas se refunden en una sola religión, en una sola casta, en una sola raza espiritual. Las formas históricas son caminos de esa realización, todavía remota, pero que ya se vislumbra en el ámbito de algunas conciencias. Cristo no propuso en el Evangelio una reforma política, sino una reforma individual mediante el reinado de su Espíritu en cada hombre, sabedor de que al realizarse ésta, la otra nos sería dada en añadidura.

MONSEÑOR

La ciencia materialista ha cerrado el Reino de Dios para el hombre contemporáneo.

HUÉSPED

La ciencia puede purificarse en el ideal, y ejemplo de ello dieron un Newton, un Pascal, un Pasteur. Toda ciencia verdadera conduce a la unidad del mundo y al misterio de la vida. Las claudicaciones de la ciencia contemporánea sólo provienen de que negó aquella Unidad y aquel Misterio. Con sólo reafirmarlos de nuevo, la ciencia se purificaría, y Dios recobraría su reino en la vida mental.

MONSEÑOR

Si tal cosa ocurriese por ventura, siempre nos quedaría el fetichismo de las máquinas, como funesto legado de la ciencia materialista.

HUÉSPED

¿Por qué consideráis a las máquinas como un funesto legado de la ciencia? Ellas son, por lo contrario, un hallazgo del espíritu iluminado. Ellas afirman el señorío del hombre sobre la materia y dan nuevos cuerpos al Espíritu para dominar el espacio y el tiempo, que lo limitan en la carne. Mientras la humanidad anterior a Cristo sólo descubrió el fuego e inventó la rueda, después de Cristo ha multiplicado sus hallazgos, hasta remedar en nuestro tiempo la fuerza de los titanes y el poder de los ángeles. El mal no está en las máquinas, sino en el hombre que las maneja. La reforma moral del hombre, eso es lo que necesitamos.

MONSEÑOR

Contra esa reforma se alzan hoy dos problemas casi insolubles: el sexo y el dinero; el problema erótico y el problema económico, orígenes de la sensualidad que está sumiendo el mundo en un nuevo paganismo.

HUÉSPED

No creo en un nuevo paganismo, porque el paganismo ha muerto y ya no puede volver; pero sí puede volver una nueva barbarie, por obra de los instintos desencadenados. El problema sexual, tal vez, se ha exacerbado por el

problema económico, y el problema económico, se complica a su vez con los problemas morales. El egoísmo de los amos ha engendrado el odio de los siervos. El sentimiento cristiano como inspiración de la vida, contribuiría sin duda a la paz de los hogares y de las sociedades. Los instintos conservadores del individuo y de la especie pueden transformarse en flagelos terribles, y su quietud se halla en el amor y en la justicia.

MONSEÑOR

A pesar de todo, no veo yo en qué pueblo de la tierra podría hoy encenderse la nueva esperanza. La China con su clausura enigmática, la India con sus castas inmutables, Israel con su mesianismo excluyente, no pueden ser hoy los iniciadores de esa nueva realización cristiana. Europa con sus odios de motivación materialista y su olvido de la unidad espiritual, tampoco puede serlo. El Islam con su fanatismo en derrota, menos aún; ni Estados Unidos con su imperialismo capitalista, ni el Japón con su europeísmo industrial y militar.

HUÉSPED

Yo creo, en cambio, que nuestra América, y en ella nuestra Argentina, es la tierra predestinada para servir de vehículo político a la realización de un nuevo ideal cristiano. La tie-

rra que nos sobra y la población que nos falta, han permitido aquí la creación de una democracia hospitalaria; una democracia en que sólo cuentan los valores individuales, sin prejuicios de raza, religión o casta, de modo que aquí el individuo debe llegar a sentirse en la plena posesión de sus posibilidades humanas, que son sus posibilidades divinas. Todo hombre es aquí nuestro hermano, aunque venga de afuera, y toda patria, por más distante, es el hogar de otros hermanos, puesto que son hombres también. Este sentido de la vida inspira nuestra Constitución y deberá animar todas nuestras instituciones. El niño es el futuro latente; la mujer es la vida latente; el obrero es el trabajo latente, capaces todos de una creación posible, que exige instituciones adecuadas a esa posibilidad. Si realizamos tal predestinación, los demás pueblos aprenderán de nosotros su destino. Para ello necesitamos emanciparnos espiritualmente de los fanatismos de Asia y de los odios de Europa, a fin de superarlas en la creación del hombre nuevo.

MONSEÑOR

Si antes me habéis hablado como un artista, ahora me habláis como un patriota; pero no sé si de tales sentimientos estéticos o políticos, puede alimentarse una verdadera inspiración cristiana.

HUÉSPED

Antes hablé como un artista, porque tratábamos de las imágenes de Jesús y de las parábolas evangélicas y de todo el arte cristiano, y os hablo ahora como un patriota, porque he hallado en mi patria medio apropiado para mi propia realización espiritual. La asociación cívica de una democracia como la nuestra, puede ser una hermandad religiosa, en el más amplio sentido de esta palabra. El mundo atribulado espera en medio de las tinieblas un mensaje de esperanza, y harta dicha sería para nosotros si ese mensaje pudiera llegarle de nuestra América latina, como un llamado a la cristiandad universal. Europa sigue enterrando a sus muertos, y si este es el tiempo anunciado por la profecía de San Juan, no querría que fuese argentina la ciudad que el visionario de Patmos vió en forma de mujer, con un letrero en la frente, que decía: «*Misterio: Babylonia la grande, la madre de las fornicaciones y de las abominaciones de la Tierra...*» Ya véis, Monseñor, cómo los sentimientos estéticos y políticos pueden alimentar una verdadera inspiración cristiana o viceversa.

MONSEÑOR

Ahora lo veo, pero desearía que concretarais

el sentido de la cita del *Apocalipsis*, que acabáis de hacer.

HUÉSPED

Yo creo, Monseñor, que el *Apocalipsis*, cuyo nombre quiere decir «la revelación», es la profecía de nuestro tiempo, y que sus signos corresponden a la venida de Cristo invisible, del Cristo social.

MONSEÑOR

¡Pues vaya una fantástica ocurrencia!

HUÉSPED

Escuchadme. El capítulo XIX describe la guerra mundial en complicados símbolos, que los versículos 17 y 18 aclaran de esta manera: «Y vi un ángel que estaba de pie en el sol, y clamó con gran voz, diciendo a todas las aves que volaban por medio del cielo: «Venid y congregaos a la cena del gran Dios, para que comáis carne de reyes y carne de capitanes, y carne de fuertes y carne de caballos y de los que están sentados sobre ellos, y carnes de todos, libres y siervos, pequeños y grandes.» Esta carnicería coincide con las abominaciones de la mujer y con el desastre de los mercaderes, los dos máximos problemas de nuestra época, a que habéis aludido vos mismo.

MONSEÑOR

¡Sería terrible, verdaderamente, si por vuestra boca hablara en este momento la Verdad que se esconde en el libro de los siete sellos!

HUÉSPED

San Juan dice en su *Apocalipsis:* «Y vino uno de los siete ángeles y me llevó en espíritu al desierto, y vi una mujer sentada sobre una bestia de color de grana, llena de nombres de blasfemia y que tenía siete cabezas y siete cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura, y dorada con oro y adornada con perlas, y tenía un cáliz lleno de abominaciones y de la suciedad de su fornicación. Y vi a la mujer embriagada con la sangre de los santos y los mártires de Jesús, y cuando la vi, fuí maravillado con grande maravilla.» Y el ángel me dijo: «¿Por qué te maravillas? Yo te diré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva.» El misterio de esta alegoría, ya sabemos cuál es.

MONSEÑOR

Da miedo el oiros.

HUÉSPED

Y lo que dice sobre las tribulaciones económicas en la profecía, es más claro aún: «Y los mercaderes de la tierra llorarán y se lamenta-

rán sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías. Las mercaderías de oro y de plata y de piedras preciosas y de margaritas y de tela de lino fino y de púrpura y de seda y de grana y de toda madera y todo vaso de marfil y de bronce y de hierro y de mármol. Y canela y olores y ungüentos y vino y aceite y flor de harina y trigo y caballos y ovejas y carros y siervos e incienso... y almas de hombres.»

MONSEÑOR

Y almas de hombres...

HUÉSPED

Y los mercaderes de estas cosas que se enriquecieron por ellas, se pondrán a lo lejos, por el temor de su tormento, llorando y lamentando y diciendo: «Ay de aquella gran ciudad que estaba vestida de púrpura, porque en una hora han sido desoladas tantas riquezas.» Y todo gobernador y toda compañía que conversa en las naves y todos los que trabajan en la mar, se tuvieron de lejos, viendo el humo de su incendio, y echaron polvo sobre sus cabezas, y llorando decían: «Ay de aquella gran ciudad, en la cual todos los que tenían naos en la mar se enriquecieron por su costosa magnificencia, porque toda en una hora fué asolada...» Vos recordáis, Monseñor, lo que sigue a estas palabras.

MONSEÑOR

Sí la recuerdo, mas lo decís con tal acento, que desearía olvidarlo.

HUÉSPED

Es el versículo 20 del capítulo XVIII: «Regocíjate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, porque Dios os ha vengado en ella.» Esto clama San Juan, el dulce Apóstol, discípulo predilecto de Cristo. El que dió la clave mística de los sinópticos en el Evangelio del Verbo encarnado, anuncia en el libro que él llamó de la profecía, el destino ulterior del cristianismo. El *Apocalipsis* profetiza la caída de los temerosos, de los incrédulos, de los embusteros, de los abominables, de los fornicarios, de los idólatras. y esto coincide con la descripción de una catástrofe como la del mundo moderno y con el advenimiento espiritual del Cristo.

MONSEÑOR

Se me han estremecido las carnes al oír esas palabras milenarias, que fueron escritas en el Libro de la Vida, con la pluma arrancada a las alas de un águila, y sopada en la sangre del cordero. No sé si mi emoción se hace más turbadora por el timbre misterioso y sacerdotal de vuestra voz en el silencio de este valle, con los cerros sombríos en el horizonte y la Cruz

del Sud brillando como un candelabro de oro en lo alto de la noche; pero os pido, amigo mío, que no continuemos hablando más. Vámonos, que es tarde ya. Quiero esta noche orar por la paz de la tierra y por la dicha de todos los hombres, diciendo como el Señor nos enseñó: *Adveniat regnum tuum...*

HUÉSPED

Llevemos con dignidad, en la carne de la frente, nuestra corona de espinas, y el alma viva en el seno de su Cristo invisible, para una obra de Amor.

FIN

ÍNDICE

Págs.

Introducción a los diálogos..... 7

I.—La efigie de Cristo..... 17

II.—La palabra de Cristo..... 131

III.—El espíritu de Cristo..... 247

PQ7797. R7C7 1928

a39001 004128586b

6/70